



Master Langues, Littératures et Civilisations Étrangères et  
Régionales  
Études ibériques et latino-américaines

Violencias y supervivencias de las mujeres en  
*Casas vacías* (2019) de Brenda Navarro

Jorge Rubén JIMÉNEZ MÁRQUEZ

Bajo la dirección de Mme Nathalie Besse

## Agradecimientos

Quiero agradecer en este espacio a todas las personas que con su compañía y con su apoyo han contribuido a la redacción de esta tesis de máster.

En primer lugar, mis agradecimientos son para mi directora, la señora Nathalie Besse, por haber aceptado dirigir esta tesis, por sus valiosos consejos a lo largo de esta investigación, las discusiones en torno al tema, así como su claridad y sus acertadas correcciones en la escritura de este trabajo. Sin duda alguna, el haber disfrutado la realización de esta tesis no habría sido la misma sin su guía.

Mis gracias también a los profesores que durante mi formación de máster han sabido transmitir su pasión por la lengua y la literatura hispánica en cada una de sus clases: la señora Carole Egger, la señora Marie-Hélène Maux y el señor Jean-Noël Sanchez. Agradezco en particular a la señora Maux por aceptar la lectura de este trabajo y formar parte de mi jurado.

Mis más sinceros agradecimientos son para los profesores Refugio Chávez y Belén Tortosa, por su disposición en todo momento, los espacios para escuchar mis inquietudes y aconsejarme en mi proyecto profesional y así poder ver un poco más allá.

Finalmente, quiero expresar mi enorme gratitud a mi familia, quienes aun en la distancia me han acompañado en mis proyectos. A Carolina, por su gran amistad durante todos estos años. A mis compañeras de máster, quienes con su afecto me han hecho sentir como en casa. Entre mis seres queridos, agradezco especialmente a Javier, quien ha estado de cerca en todo momento con tan sinceras palabras de aliento y cariño, con quien los simples detalles se han vuelto un cúmulo de recuerdos y experiencias de vida.

Le monde y recommençait  
tous les jours dans une lumière toujours neuve. [...]

Ce recours dernier était aussi le nôtre  
et je le savais maintenant.

Au milieu de l'hiver,  
j'ai découvert en moi un été invincible.

**Albert Camus, L'été**

## Tabla de contenidos

Introducción.....	5
Capítulo I. Figuras femeninas: oposiciones y paralelos .....	8
1. La literatura mexicana .....	8
a) Literatura mexicana y voces femeninas.....	14
b) Brenda Navarro: una nueva generación de escritoras .....	19
2. Dos narradoras: un diálogo especular.....	24
3. Las figuras femeninas: entre tensión y conflicto .....	29
a) Mujer – madre .....	29
b) Mujer – hija .....	38
Capítulo II: Modalidades de la violencia en Casas vacías.....	48
1. Un contexto sociohistórico violento .....	48
a) Guerra sucia y Guerra contra el narcotráfico.....	48
b) Las desapariciones: un problema de Estado.....	58
2. Las representaciones de la violencia en Casas vacías .....	65
a) Violencias sociales .....	65
b) Violencias físicas y sexuales .....	71
c) Violencias verbales y psicológicas .....	81
Capítulo III: Modalidades de la supervivencia.....	87
1. El deseo y el arrepentimiento .....	88
2. La culpabilidad .....	94
3. La soledad.....	101
Conclusiones.....	108
Bibliografía.....	111

## Introducción

«¿Casas vacías son vidas vacías?», se le cuestionaba a Brenda Navarro durante una entrevista con la revista cultural *Letras Libres*. «Quizás son las vidas vacías que pasan a un país que se está quedando vacío», respondió<sup>1</sup>. Durante casi dos décadas la mortandad parece haberse apoderado de México, una nación en la cual la crueldad inunda las calles, con ciudadanos que desaparecen a manos de la violencia para después quedar en el olvido de la sociedad y en la impunidad por parte de las instituciones de gobierno.

En tal contexto de extrema violencia y brutalidad, las escritoras mexicanas se han apropiado de la realidad a través de la ficción, retratando una atmósfera profundamente convulsiva desde distintas ópticas, desde una literatura con perspectiva propia y de la cual las mujeres son protagonistas. El surgimiento de textos en los últimos años, en particular novelas, que abordan el tema de la violencia de maneras cada vez más crudas viene a confirmarlo. Brenda Navarro, socióloga y economista de profesión, toma la pluma con la cual decide trazar la violencia para después difuminarla en su obra, cuestionándose cuan normalizada e interiorizada se encuentra la violencia en la vida de aquellas personas que habitan en el México contemporáneo.

Con esa problemática de por medio, la obra *Casas vacías* (2019) se une al conjunto de la literatura mexicana en donde la voz femenina no sólo denuncia la violencia a la que está sujeta como parte de la sociedad, sino que también reconfigura las feminidades por medio de personajes que se cuestionan los roles de género tradicionales a su condición de cuerpos de mujeres como una forma de sobrevivir a dicha violencia.

Teniendo en cuenta estos aspectos, nos parece relevante reflexionar en los siguientes cuestionamientos: ¿En qué medida la violencia constituye un eje central de *Casas vacías* y cuáles son las múltiples formas de representación que se plantean de ésta en la diégesis? ¿De qué manera se representa a la figura femenina? ¿Es posible hablar de ésta como un símbolo de supervivencia ante la violencia? Lo anterior es clave para emprender nuestro estudio sobre la novela y así lograr profundizar en el complejo fenómeno de la violencia en México, aunque esta vez con una realidad que es retratada desde la estética literaria. Para ello, optaremos por

---

<sup>1</sup> Carlos MADRID, «Entrevista a Brenda Navarro: “México es un perfecto ejemplo de un Estado feminicida», *Letras Libres*, 2020. <https://letraslibres.com/literatura/entrevista-a-brenda-navarro-mexico-es-un-perfecto-ejemplo-de-un-estado-feminicida/>

abordar estos cuestionamientos, en mayor o menor medida, desde una perspectiva histórica, sociológica y psicológica.

Habiendo mencionado esto, nuestro plan se desarrollará en tres etapas. En primer lugar, realizaremos una contextualización de la literatura mexicana durante el último siglo con la cual podamos determinar una estética propia de las letras del país. Un aspecto que consideramos clave para entender a las escritoras mexicanas y la nueva generación de voces femeninas en la literatura. A partir de ahí realizaremos una descripción biográfica de Brenda Navarro y su obra para después adentrarnos en lo que consideramos es el primer contacto con la novela: las figuras femeninas y el diálogo que se establece entre ellas desde su condición de mujer en la sociedad. Dicho capítulo llevará por título «Figuras femeninas: oposiciones y paralelos».

En segundo lugar, abordaremos el tema de la violencia por medio de la historia mexicana con el fin de comprender la complejidad del fenómeno en el pasado y en el presente. Concretamente, en lo que concierne a las guerras que surgieron a mitad del siglo XX entre el Estado y los ciudadanos, y que en la actualidad tienen su repercusión en una atmósfera de crueldad e impunidad en la sociedad mexicana. Acto seguido, estudiaremos la manera en que esta violencia llega a ser representada en sus múltiples formas en la novela de la mano del impacto que conlleva para las figuras femeninas. Este capítulo se titulará «Modalidades de la violencia en *Casas vacías*».

En tercer lugar, trataremos la relación entre la violencia y la supervivencia a través de las figuras femeninas. Con particular atención a la manera en que se desarrolla la supervivencia y bajo qué modalidades las mujeres hacen frente a la adversidad en la que se encuentran inmersas. Si consideramos que en la violencia hay un manejo de poder, este implica alguna forma de resistencia. Por lo tanto, indagaremos en los recursos emocionales y simbólicos que las protagonistas emplean en su cometido de sobrevivir en el espacio público, aquel de la sociedad, y en el ámbito privado, aquel de lo familiar. A este último capítulo lo titularemos «Modalidades de la supervivencia». Bajo esta premisa, nos adentraremos entonces al universo que Brenda Navarro propone en *Casas vacías*. Por lo tanto, la motivación que guía nuestra afinidad por este tema no es más que la de propiciar al diálogo en torno a las manifestaciones de la violencia, al enriquecimiento de la reflexión

social y literaria de modo que sea posible comprender el dolor de quienes se encuentran en contextos colmados de intranquilidad y contradicción.

## Capítulo I. Figuras femeninas: oposiciones y paralelos

### 1. La literatura mexicana

A inicios del siglo XX el escritor jalisciense Carlos González Peña ya planteaba que las letras mexicanas iban «nacionalizándose cada vez más y más, penetrando hondamente en el alma y en las cosas de México»<sup>2</sup>. Una literatura que sin lugar a dudas ha tomado varios rumbos, mas no sin dejar de lado la composición y el estilo que la hacen parte de la literatura latinoamericana toda vez que también la hacen distinguirse de ella. Kohut comenta que el término mismo de «literatura latinoamericana» está fundado en toda una generación de escritores tales como Borges, García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes, Cortázar, entre muchos otros que lograron posicionarse como una generación que logró deslumbrar al mundo entero a través de sus obras<sup>3</sup>.

El boom «boom latinoamericano» o la «nueva novela» que surgió a partir de 1960 fue el momento en el que la autenticidad y la originalidad latinoamericana se hicieron presentes a través de un modelo que, en palabras de Cortázar:

En vez de imitar modelos extranjeros, en vez de basarse en estéticas o en “ismos” importados, los mejores de entre ellos han ido despertando poco a poco a la conciencia de que la realidad que les rodeaba era su realidad, y que esa realidad seguía estando en gran parte virgen de toda indagación, de toda exploración por las vías creadoras de la lengua y la escritura, de la poesía y la invención ficcional<sup>4</sup>.

De alguna manera, el boom fue el momento internacional de la literatura latinoamericana en el cual se desarrollaba como perteneciente a una sola cultura. No obstante, ¿es posible afirmar que las literaturas nacionales pueden resumirse a un denominador común como lo fueron las literatura latinoamericanas? O por el contrario, cabría pensar en esta última como una extensión de la literatura nacional, con sus similitudes y diferencias pero en

---

<sup>2</sup> Carlos GONZÁLEZ, *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, México, Editorial Porrúa, 1949, p. 403.

<sup>3</sup> Karl KOHUT, «Introducción», *Literatura mexicana hoy: Del 68 al ocaso de la revolución*, Madrid, Iberoamericana, 1995 (2da ed.), p. 9.

<sup>4</sup> Julio CORTÁZAR, «La literatura latinoamericana de Nuestro Tiempo», en *Los años de alumbradas culturales*, Barcelona, Muchnik Editores, 1984, p. 112.



la que finalmente podemos encontrar dualidad en la unidad, es decir, cada literatura nacional del continente es, a su vez, latinoamericana<sup>5</sup>.

Bajo tal razonamiento, es preciso definir entonces a la literatura mexicana como una literatura nacional que se inscribe justamente en las letras latinoamericanas. Por tanto, y al igual que otras de las literaturas del continente americano, la literatura mexicana siempre se preocupó por relatar al país y a su gente, en particular a través de la novela<sup>6</sup>. La escritora mexicana Rosario Castellanos la define así como un instrumento para captar nuestra realidad y conferirle sentido y perdurabilidad<sup>7</sup>. El nacimiento de la nación en México a principios del siglo XIX implicó también el surgimiento de la novela, como lo explica Sefchovich, desde la Independencia a la anarquía y desde la intervención extranjera a la Reforma, que en términos estéticos se tradujo del costumbrismo y la picaresca al romanticismo y el realismo<sup>8</sup>.

Durante la Revolución mexicana, el realismo logró llegar a las raíces de la cultura mexicana por medio de la novela. Un suceso que según Ponce «eut une influence immédiate sur la pensée des intellectuels et sur leur production et provoqua une relecture dynamique du passé pour mieux se projeter vers l'avenir»<sup>9</sup>, de este modo la llamada Novela de la revolución antepuso las memorias y los relatos, historias de los acontecimientos, de los hechos armados y las luchas del poder. La novela de ese entonces mostraba a una sociedad en movimiento haciendo uso de la autobiografía, la historia y la literatura para dar cuenta de las dimensiones de un país en proceso democrático<sup>10</sup>.

Entre los escritores y las obras que destacan por la narrativa en torno al tema encontramos a Mariano Azuela con *Los de abajo* (1916), Martín Luis Guzmán con *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929), al igual que Nellie Campobello con *Cartuchos: Relatos de la lucha en el Norte de México* (1931), quien es considerada como la primera narradora moderna del siglo XX mexicano. La producción de dichas obras comenzó alrededor de 1910 y 1917, es decir a la par del movimiento, y culminó hacia los 1940 con un cambio notorio en el tratamiento de los temas revolucionarios en las novelas<sup>11</sup>.

---

<sup>5</sup> Karl KOHUT, *op. cit.*, p. 12.

<sup>6</sup> Sara SEFCHOVICH, «Una sola línea: la narrativa mexicana», en Karl KOHUT, *op. cit.*, p. 47.

<sup>7</sup> Rosario CASTELLANOS, «La novela mexicana contemporánea y su valor testimonial», *Hispania*, vol. 47, núm. 2, 1964, p. 223.

<sup>8</sup> Sara SEFCHOVICH, *op. cit.*, p. 48.

<sup>9</sup> Néstor PONCE, *Le Mexique. Conflits, Rêves et Miroirs*, *op. cit.*, p. 86.

<sup>10</sup> Sara SEFCHOVICH, *op. cit.*, p. 49.

<sup>11</sup> Néstor PONCE, *op. cit.*, p. 88.

Los escritores ahora ya pertenecientes a otra generación «se dégagent des contraintes du réalisme et se servent de techniques modernes»<sup>12</sup>. Y así los testimonios directos sobre los hechos revolucionarios se vuelven progresivamente un retrato crítico de la sociedad. Para Sefchovich, esta nueva narrativa daba cuenta «de lo histórico y de lo mágico, de los mestizo y lo indígena, de lo rico y lo pobre, de lo moderno y lo atávico»<sup>13</sup>. Juan Rulfo fue el autor que transformó las letras mexicanas durante esos años con el libro de cuentos *El llano en llamas* (1953) y la novela *Pedro Páramo* (1955), dos obras en las que el peso de las convenciones sociales, los años de explotación y de miseria resultan demasiado difíciles para pensar en la mínima reacción<sup>14</sup>.

La voz de las mujeres en la literatura de la época encontró asimismo el medio para hacerse escuchar. En Chiapas, estado del sur de México, Rosario Castellanos (1925-1974) mostraba una nueva mirada de los efectos de la revolución bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas con su obra *Balún Canán* (1957). Una novela que oscila entre la ficción y la no ficción ya que convergen dos grupos marginados de la sociedad: las mujeres y los indígenas explotados por los terratenientes blancos. La labor de Castellanos fue más allá con *Poesía no eres tú. Obra poética: 1948-1971* (1972) una antología de poesía en las que otorga a la condición femenina un lugar importante, así como ensayos polémicos y lucidos sobre la situación de las mujeres en el país<sup>15</sup>.

Castellanos se une a la lista de mujeres que a través de sus obras lograron llevar lo personal a la esfera pública, expresar lo que implica ser mujer en un país en el que el machismo parecía incuestionable. Escritoras como Nellie Campobella, Elena Garro, Elenia Poniatowska, María Luisa Puga y Margo Glantz optaron por tratar la realidad desde la mirada femenina, con personajes fuertes y desafiantes ante la autoridad del hombre:

Poemas, cuentos y novelas pueden o no incluir alegatos y denuncias, pero lo característico es la sucesión de “expropiaciones” o apropiaciones de los que han prohibido el Buen Gusto, la Decencia, la Sensibilidad Femenina, el Ocultamiento Prudente de los Deseos Sexuales<sup>16</sup>.

---

<sup>12</sup> Néstor PONCE, *op. cit.*, p. 88.

<sup>13</sup> Sara SEFCHOVICH, *op. cit.*, p. 51.

<sup>14</sup> Néstor PONCE, *op. cit.*, p. 89.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>16</sup> Carlos MONSIVÁIS, «De algunas características de la literatura mexicana contemporánea», en Karl KOHUT, *op. cit.*, p. 29.

La literatura de estas escritoras, como lo menciona Carlos Monsiváis, acentúa más el tono realista y la naturalidad de la visión feminista. Una corriente extraordinaria en la que la presencia de la voz doble y triplemente marginada de las mujeres logra ir más allá de las exigencias morales y políticas de la época. Elena Garro construye en sus cuentos, novelas y obras de teatro un mundo intenso a la manera del universo rulfiano. Elena Poniatowska en *Hasta no verte Jesús mío* (1969) nos muestra a Jesusa Palancares, una mujer que vive en carne propia la lucha armada y la urbanización a la par que el desencanto progresivo por la sociedad<sup>17</sup>.

El México de los años 60, en particular los sucesos del 68 con los movimientos universitarios y de la clase media, se enfrentó a un «autoritarismo gobernante, la impunidad concedida a sus dirigentes, la impotencia que le aguarda a quien desee ejercer sus derechos ciudadanos y la manipulación extrema de la información»<sup>18</sup>. En dichas condiciones, parece bien fundado el que investigadores y escritores consideren al 68 como una fecha clave no solo para la historia de la sociedad sino también para las letras mexicanas<sup>19</sup>.

Indudablemente, las circunstancias sociales produjeron un movimiento intelectual en el que, según Sefchovich, se volvió el interés por México, por estudiarlo y conocerlo al mismo tiempo que permeaba en las ciencias sociales y a la historia, y por su puesto a la literatura. Los escritores abandonaron entonces la metaficción y continuaron con la tradición mexicana de hacer retratos críticos de la sociedad, aquella que intenta la representatividad histórica en la literatura toda vez que asume un compromiso social<sup>20</sup>.

A propósito, Cosío pone sobre la mesa una pregunta relevante «¿Se puede hablar de una cultura antes o después de Tlatelolco?». Es evidente que existe una cultura que precede a los acontecimientos del 68, no obstante, teniendo en cuenta el desarrollo de la crítica política, social e histórica podemos decir que más bien impulsó las líneas narrativas y poéticas tradicionales mexicanas en las cuales las mujeres se mantuvieron a la vanguardia<sup>21</sup>. Ejemplo de ello es la ya mencionada escritora Elena Poniatowska con su obra *La noche de*

---

<sup>17</sup> Carlos MONSIVÁIS, *op. cit.*, p. 29.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>19</sup> Karl KOHUT, *op. cit.*, p. 15.

<sup>20</sup> Sara SEFCHOVICH, *op. cit.*, p. 52.

<sup>21</sup> Daniel COSÍO, *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 1998, p. 1508.

*Tlatelolco* (1971), una narración que a la manera de testimonios y entrevistas se añade el poema «Memorial de Tlatelolco» de Rosario Castellanos.<sup>22</sup>

La obra da cuenta no solo del lugar que las mujeres comenzaron a explorar en la literatura mexicana desde otras perspectivas, sino también la manera en que el trabajo en conjunto de las mujeres puede desembocar en una gran obra. Al respecto, la escritora Margo Glantz ya comentaba que «una de las cosas más importantes desde 1968 es la aparición de esta nueva literatura de mujeres»<sup>23</sup>. Es así que mediante la recreación testimonial y la consigna de «darle voz a los que no la tienen», son las propias escritoras, ya sin intermediarios quienes, también se inician en una corriente narrativa que mezcla ficción y crónica<sup>24</sup>.

Los escritores despliegan en sus personajes, estructuras narrativas y atmósferas una nueva sensibilidad que supone ante todo la posibilidad de elegir en materia de comportamiento<sup>25</sup>. Y a medida que aumenta el número de escritoras en la literatura mexicana, también lo hace la preocupación por la genealogía familiar. La escritura femenina evidencia el tema de las madres como esencial, ya sea manifestándose desde la continuidad o la ruptura, la aceptación o el rechazo<sup>26</sup>.

Por tanto, las primeras proposiciones planteadas por Rosario Castellanos durante la década de los 70 son acertadas si consideramos que los libros publicados por mujeres no solo son genealógicos sino que también pretendían integrar la representación literaria de esa mayoría marginada, ocultada, despreciada y solo imaginada a través del ridículo. Lo anterior, permite en pocos años, la transformación del repertorio mediante nuevos actores: «mujeres que ya no son símbolos ni víctimas complacientes ni devoradoras»<sup>27</sup>.

Sin lugar a dudas, la literatura femenina supuso una nueva mirada que va de lo personal a lo social, asimismo significó una revisión de las concepciones de la familia, de la mujer, de la sociedad y hasta de su lugar en la historia<sup>28</sup>. La generación posterior no dudará en acentuar el tono realista y la naturalidad de la visión feminista, escribir desde su

---

<sup>22</sup> Armando PEREIRA *et al.*, «Literatura del 68», *Enciclopedia de la literatura en México*, 2018. <http://www.elem.mx/estgrp/datos/36>

<sup>23</sup> Margo GLANTZ, «Las hijas de la Malinche», en Karl KOHUT, *op. cit.*, p. 127.

<sup>24</sup> Carlos MONSIVAIS, *op. cit.*, p. 29.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>26</sup> Margo GLANTZ, *op. cit.*, p. 122.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>28</sup> Sara SEFCHOVICH, *op. cit.*, p. 53.

experiencia vital y desechar los chantajes de la sensibilidad exacerbada<sup>29</sup>. Entre las escritoras destaca María Luisa Puga quien publica *Las posibilidades del odio* (1978), *Cuando el aire es azul* (1980) y más tarde *Pánico o peligro* (1983); Elena Garro, con *La casa junto al río* (1983), Carmen Boullosa, con *Mejor desaparece* (1987); Silvia Molina, con los cuentos *Lides de estaño* (1984); Laura Esquivel, con *Como agua para chocolate* (1989) y Ángeles Mastretta con *Arráncame la vida* (1985)<sup>30</sup>.

Estas últimas son quizás las novelas que destacaron en México y contaron con una amplia proyección en otros países<sup>31</sup>. Y ambas obras con un paisaje histórico en la que el relato del amor apasionado y el desprendimiento picaresco de la narrativa de la Revolución Mexicana se hacen presentes. Todo ello desde un desenfado abiertamente sexual, con mujeres protagonistas que observan el paso del machismo revolucionario desde el humor y la lujuria<sup>32</sup>.

Retomando la dualidad que caracteriza a las literaturas de América en tanto que son nacionales y latinoamericanas, cabría mencionar las palabras de Alejo Carpentier al respecto:

Las novelas latinoamericanas tenían que hacer suyas las realidades latinoamericanas por sórdidas que éstas fueran, para cimentar un lenguaje propio. Para que el tratamiento literario de estas realidades nazca de ellas y no suceda a la inversa, es decir, que la realidad se vea obligada a encajar en un tratamiento ajeno<sup>33</sup>.

Las mujeres son precisamente quienes han hecho suya la realidad para plasmarla en la narrativa contemporánea. Novelas que producen la sensación de estar hechas a base de esquinzos, espacios en los que uno pasa de un siglo a otro, de una convicción a otra, de una identidad a otra. Todos encerrados de algún modo en su inmediatez y contenidos en una realidad llamada México<sup>34</sup>.

---

<sup>29</sup> Carlos MONSIVÁIS, *op. cit.*, p. 29.

<sup>30</sup> Armando PEREIRA *et al.*, «Literatura escrita por mujeres», *Enciclopedia de la literatura en México*, 2018. <http://www.elem.mx/estgrp/datos/94>

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> Carlos MONSIVÁIS, *op. cit.*

<sup>33</sup> Alejo CARPENTIER en María Luisa PUGA, «El solapado realismo en la novela mexicana», en Karl KOHUT, *op. cit.*, p. 173.

<sup>34</sup> María Luisa PUGA, *op. cit.*, p. 172-173.

## a) Literatura mexicana y voces femeninas

Distinguir a la literatura de mujeres dentro de la práctica literaria es un tema que ha propiciado la discusión en cuanto a la diferencia de género y cómo cada uno ve el mundo. Virginia Woolf planteaba en su libro *A room of one's own* (1929) si era posible hablar de la relación de la mujer y la literatura desde su apariencia, desde su escritura o desde lo que se escribe sobre ellas<sup>35</sup>. Desde el surgimiento del pensamiento feminista en la década de los 60 a los 70 hasta la actualidad, cabría subrayar el hecho de que las circunstancias sociohistóricas y culturales son un factor esencial que ha permitido establecer y considerar el papel de las mujeres dentro de la literatura.

En el caso de la literatura mexicana, investigadoras como Castillo han empleado los estudios de Elaine Showalter para exponer la manera en que la escritura femenina se amolda a la estructura de la sociedad. Showalter propone una división en tres etapas: 1) escritura femenina, que se adapta a la tradición y acepta el papel de la mujer tal como existe; 2) escritura feminista, que se declara en rebeldía y polemiza; 3) escritura de mujer, que se concentra en el autodescubrimiento<sup>36</sup>.

A partir de tal planteamiento, Castillo afirma que la literatura mexicana escrita por mujeres aborda el enfoque femenino puesto que no se acepta del todo el papel de la mujer tal como existe. No obstante, más que limitarse a ser una literatura feminista las autoras mexicanas mantienen una lucha razonada y justificada ante el canon y el falocentrismo que rige la norma. De este modo, la actitud de dichas autoras sigue siendo la de buscar su propia voz y expresar su palabra, encontrar una identidad propia que no esté en función del orden masculino<sup>37</sup>.

En ese sentido es preciso preguntarse si asimismo el hecho de definir una literatura como femenina no supone encerrar a «la mujer» en un criterio estético masculino. Resulta absurdo que se pretenda caracterizar desde el grupo socialmente y literariamente dominante, un grupo que quizás es el menos indicado para determinar lo femenino, las manifestaciones de un sector en emergencia como es el de las mujeres escritoras. Bastará con cuestionarse si,

---

<sup>35</sup> Virginia WOOLF en Nora CASTILLO, «La identidad femenina dentro de la novela mexicana», Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, vol. IV, 2004, p. 91.

<sup>36</sup> Elaine SHOWALTER en Nora CASTILLO, *op. cit.*, p. 92.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 93.

en los debates actuales que pugnan por una igualdad de circunstancias, alguna vez se habla de una literatura propiamente masculina<sup>38</sup>. Por el contrario, «a la primera se le llama literatura escrita por mujeres mientras que la segunda recibe el nombre simple de ‘literatura’»<sup>39</sup>.

Pese a ello, una circunstancia que ambos grupos de escritores comparten no solo entre sí, sino también con el grupo de lectores es aquel de la incomodidad de ser mexicano. Pues si bien la democracia ha logrado inmiscuirse en la escritura literaria desde una producción libre, crítica e innovadora de la realidad, en la vida de los mexicanos no siempre es el caso. Las letras han permitido entonces hablar, escribir y leer con un lente crítico de la cotidianeidad, un espacio en el que a través de la narrativa es posible juzgar y reformular la realidad. Y precisamente con la «conciencia de que la literatura somos nosotros; de que la incomodidad en la que estamos inmersos puede ser un motor y no un destino»<sup>40</sup>.

¿No es acaso esa «incomodidad» de circunstancias la que permite una mirada lúcida de la realidad? La escritora María Luisa Puga mencionaba a finales del siglo XX que la literatura mexicana siempre había merodeado la realidad sin saber cómo abordarla. Como si esta fuera demasiado brutal y no se fuera capaz contenerla en un lenguaje organizado, medido o consciente. Según ella, a la literatura mexicana no es que le falte valor, que no quiera rozarse con la fealdad o la violencia. Por el contrario, afirmaba que la literatura contemporánea está compuesta de esas texturas más que de cualquier otras<sup>41</sup>.

Como hemos constatado, la novelística mexicana actual aprendió del sesenta y ocho cierta forma de mirar lo social y de los años cincuenta y sesenta un modelo de escritura. Sus límites son aquellos que están marcados por el poder, por la moral del día, por su afán de vivir la vida cotidiana e inevitablemente por la crisis<sup>42</sup>. Hoy en día es la población mexicana la que atraviesa por esa crisis en la que las letras mexicanas se manifiestan no como una mera experiencia literaria sino dotadas de una vitalidad sorprendente en lo que concierne a las narrativas de las mujeres<sup>43</sup>.

---

<sup>38</sup> Armando PEREIRA *et al.*, «Literatura escrita por mujeres», *Enciclopedia de la literatura en México*, 2018. <http://www.elem.mx/estgrp/datos/94>

<sup>39</sup> Nora CASTILLO, *op. cit.*, p. 97.

<sup>40</sup> María Luisa PUGA, *op. cit.*, p. 174.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 167.

<sup>42</sup> Sara SEFCHOVICH, *op. cit.*, p. 53.

<sup>43</sup> María Luisa PUGA, *op. cit.*, p. 173.

De esta manera, «las narradoras comienzan a crear un tono nuevo y a mostrar la riqueza de su visión»<sup>44</sup>. Quizás sean los espacios internos intocados fuentes de las que nutrirse, de una mirada fresca sobre los viciados modos del mundo, de un lenguaje más directo, de una determinación más natural. Pues el tema de la mujer no es lo único que interesa a las narradoras contemporáneas, sino otros más como el deterioro en la calidad de vida, en las relaciones afectivas, en la manera de ver el cambio desde distintas perspectivas de narración ahora renovadas y subversivas<sup>45</sup>.

Teniendo en cuenta lo anterior, Paloma Uría expresa que en el análisis de la realidad las mujeres se sitúan en complejas relaciones personales y sociales. Lo que da pie a múltiples identificaciones que tiene que ver con el hecho de ser mujer desde la interseccionalidad. Es decir, desde el color de su piel, su nacionalidad, su nivel económico, su cultura, sus creencias, y su orientación sexual con la situación política de su país<sup>46</sup>. De ahí que la obra literaria se nutra de un sustrato social, histórico y político que tal vez no refleja la realidad, pero sí las circunstancias colectivas del momento preciso en el que se representa dentro de la obra de ficción<sup>47</sup>.

Una característica que podemos destacar en la escritura de mujeres es que muchas de las narradoras hablan de sí mismas, en otras palabras, encontramos una revelación del yo en sus obras. Por ende, es preciso decir que la palabra es la extensión de ella, producto de una escritura más inmediata. Entonces, ¿es posible mencionar que dicho discurso autobiográfico nace como una respuesta a la represión? Castillo expone que la novela femenina sigue una dirección en la cual la configuración del yo tiene algún punto de contacto con el proceso de concienciación de formación en la obra misma. Ejemplo de ello, son las primeras novelas que narran las experiencias en la lucha por reivindicarse como un ser independiente y con el derecho a establecer un lenguaje aparte que se adapta a la vida<sup>48</sup>.

Por consiguiente, encontramos que en muchas de las novelas, la protagonista no es únicamente mujer, además es escritora. Una forma de emancipación en la cual el autoanálisis se aproxima al problema de la expresión, en tanto que la reflexión de la escritura se vuelve

---

<sup>44</sup> María Luisa PUGA, *op. cit.*, p. 173.

<sup>45</sup> *Ibid.*

<sup>46</sup> Paloma URÍA en Nora CASTILLO, *op. cit.*, p. 94-95.

<sup>47</sup> Laura FREIXAS, *Literatura y mujeres: escritoras, público y crítica en la España actual*, Barcelona, Destino, 2000, p. 137.

<sup>48</sup> Nora CASTILLO, *op. cit.*, p. 96-98.



una reflexión sobre la propia identidad y en la que el proceso creativo funge como una vía para la autorrealización. Si retomamos los inicios del feminismo en la década de los 70, el cuerpo, funge también como un punto de referencia con relación al cual las mujeres pueden aproximarse a sí mismas y a la realidad que las rodea. Castillo precisa que de ese cuerpo depende su ubicación en el mundo, lo corporal constituye una manera propia de experimentarlo, intuirlo y organizarlo, pues a través de él se modela y recrea la realidad y a sí misma<sup>49</sup>.

Si consideramos que en ese proceso de creación y recreación femenina en un contexto patriarcal que, como hemos visto, también se infiltra la literatura. Parece necesario preguntarse, ¿hasta qué punto lo corporal puede estar libre del juicio y del sometimiento masculino? Al respecto, las palabras del sociólogo francés Pierre Bourdieu en su obra *La domination masculine* (1998) pueden aportar una respuesta:

Tout, dans la genèse de l'habitus féminin et dans les conditions sociales de son actualisation, concourt à faire de l'expérience féminine du corps la limite de l'expérience universelle du corps-pour-autrui, sans cesse exposé à l'objectivation opérée par le regard et les discours des autres<sup>50</sup>.

Por su parte, escritoras como Margo Glantz sugieren que ante tal objetivación no hay mejor acción que la de resaltar la imagen de la mujer mexicana que la que ofrece a través de su cuerpo en la literatura<sup>51</sup>. Lo mismo ocurre con las palabras de Aralia López, investigadora en literatura mexicana, quien sostiene que «el cuerpo es el único bien de estas mujeres... Este cuerpo [que] opera también como metáfora del país»<sup>52</sup>.

México, ese país históricamente machista en el que la violencia de género ha estado presente en todos los ámbitos de la vida íntima y pública. Aunados a una violencia física y económica en la que el silencio se vuelve también un arma del sistema hegemónico. No obstante, después de siglos de una tradición literaria eminentemente masculina, «la voz de

---

<sup>49</sup> Nora CASTILLO, *op. cit.*, p. 99-100.

<sup>50</sup> Pierre BOURDIEU, *La domination masculine*, Francia, Seuil, 1998, p. 70.

<sup>51</sup> Margo GLANTZ, *La lengua en la mano*, México, La Red de Jonás, 1983, p. 37.

<sup>52</sup> Aralia LÓPEZ, «Dos tendencias en la evolución de la narrativa contemporánea escrita por mujeres» en *Mujer y literatura mexicana y chicana*, México, El Colegio de la Frontera Norte y El Colegio de México, 1990, p. 42.

las escritoras mexicanas se escucha más fuerte que nunca»<sup>53</sup>. Ejemplo de ello, es el hecho de que cada vez son más las mujeres que se publican y los premios que ganan. Como lo comenta Jazmina Barrera «las escritoras» tienen un protagonismo fundamental en el escenario de la literatura de hoy en día»<sup>54</sup>. De forma que sería un error negar su existencia, si consideramos que ahora son ellas quienes han retomado su lugar.

De esta manera, el estudio de la literatura mexicana contemporánea está marcado de plumas femeninas que retratan a México, la violencia, el arte y la ficción. De la mano de la cuarta ola del feminismo ahora presente en el país y en toda América Latina, las escritoras han impregnado la literatura con un halo de vitalidad que llegó para quedarse. Entre las escritoras que destacan por su quehacer literario, encontramos a Fernanda Melchor quien no ha vacilado en retratar la ignominia que se vive en un México violento, al acecho del narcotráfico y la política. Sus obras *Temporada de huracanes* (2017), *Aquí no es Miami* (2013) y *Falsa Liebre* (2013) nos muestran un mundo áspero que le otorga sentido a la realidad de aquellos que habitan en ella<sup>55</sup>.

Brenda Lozano es, al igual que Melchor, una de las voces más jóvenes pero enérgicas de la literatura mexicana. Con su primera novela *Todo nada* (2009) Lozano inició su trabajo en las letras y ahora se ha construido toda una trayectoria con obras como *Cuaderno ideal* (2014) y *Brujas* (2020). Un trabajo en el que el México rural y el México urbano convergen en sus historias para dar voz a «la identidad femenina y de cómo las mujeres se conocen entre sí para conocerse mejor ellas mismas, sanar heridas y encontrar el propio camino»<sup>56</sup>.

Cristina Rivera Garza, escritora y profesora con más de treinta años de carrera, se distingue por combinar la ficción y la no ficción en sus obras. Su trabajo lleva el sello de archivos, personas, memorias y referencias a obras literarias, a artistas y sin lugar a dudas a ella misma. Con su último libro *El invencible verano de Liliana* (2021), Rivera Garza narra

---

<sup>53</sup> Marcela VARGAS, Kenia SOTELO, «Escritoras mexicanas: feminismo y reivindicación en la literatura», *Corriente Alterna*, 2020. <https://corrientealterna.unam.mx/genero/escritoras-mexicanas-feminismo-y-reivindicacion-en-la-literatura/>

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> Julieta SANGUINO, «Las escritoras mexicanas que deberías conocer este 8M», *El País*, 2022. <https://elpais.com/mexico/2022-03-08/las-escritoras-mexicanas-que-deberias-conocer-este-8m.html>

<sup>56</sup> AGENCIA LITERARIA CARMEN BALCELLS, «Brenda Lozano», *Agencia Literaria Carmen Balcells*. <https://www.agenciabalcells.com/autores/autor/brenda-lozano/#autor-bio>

el feminicidio de su hermana después de abrir los archivos de su caso, dándoles forma en esta fenomenal novela<sup>57</sup>.

Otra de las grandes referentes de la literatura mexicana es Guadalupe Nettel, quien se ha posicionado como una excelente narradora de historias que se escapan a simple vista de la sociedad. Las figuras femeninas son un punto de referencia en sus libros, con novelas como *El Huésped* (2006) nos adentramos en la mente de una niña que cree estar habitada por un parásito<sup>58</sup>. Y en *La hija única* (2020), conocemos la vida de tres mujeres mexicanas en torno a la maternidad y lo que implica ser mujer a la sombra del machismo en México.

Bajo esa misma premisa, Brenda Navarro nos habla de un México en el que la violencia parece haberse apoderado del país y de las vidas de los ciudadanos, en especial de las mujeres. Con obras como *Ceniza en la boca* (2022) y *Casas vacías* (2019), Navarro se ha convertido en pocos años en una figura tanto de la literatura mexicana como de la española.

Con este recuento de las escritoras mexicanas contemporáneas podemos retomar las palabras de Ponce en tanto que «la littérature mexicaine est foisonnante de propositions et de découvertes»<sup>59</sup>. Esta nueva generación de escritoras se ha convertido en heredera de la tradición literaria hispanoamericana, pero esta vez por medio de voces que rompen los moldes<sup>60</sup>, que reivindicán las formas de narración y toman en cuenta nuevas concepciones de la literatura con el fin de retratar una imagen del mundo contemporáneo<sup>61</sup>.

## **b) Brenda Navarro: una nueva generación de escritoras**

Durante la última década son las autoras latinoamericanas quienes han encabezado una renovación literaria con tanto éxito y desde tantos frentes<sup>62</sup>. Brenda Navarro (Ciudad de México, 1982) es precisamente una de las escritoras mexicanas más reconocidas y celebradas que en los últimos tres años ha llegado a ser una poderosa voz de la literatura contemporánea. Y a su vez, una figura comprometida con los temas sociales tales como las políticas

---

<sup>57</sup> Julieta SANGUINO, *op. cit.*

<sup>58</sup> *Ibid.*

<sup>59</sup> Néstor PONCE, *op. cit.*, p. 91.

<sup>60</sup> EL UNIVERSAL, «Brenda Navarro expondrá sobre el "nuevo boom femenino" en España», *El Universal*, 2021. <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/brenda-navarro-expondra-sobre-el-nuevo-boom-femenino-en-espana/>

<sup>61</sup> Néstor PONCE, *op. cit.*, p. 91.

<sup>62</sup> EL UNIVERSAL, *op. cit.*

migratorias, la violencia de género y los feminicidios<sup>63</sup>. Su trabajo como activista la ha llevado a colaborar con diversas ONG, entre ellas Artículo 19 Capítulo México y Cátedra UNESCO de Derechos Humanos de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM<sup>64</sup>.

Tales convicciones han ido a la par de su formación en Sociología y Economía Feminista en la Universidad Nacional Autónoma de México, así como en el máster en Estudios de Género, Mujeres y Ciudadanía en la Universidad de Barcelona<sup>65</sup>. Su tránsito entre España y México, la trayectoria en estos países es lo que le ha permitido crear un universo literario y un estilo propio: «he escrito lo que he escrito justo por este ir y venir»<sup>66</sup> en palabras de la misma Brenda Navarro.

Como fundadora de #EnjambreLiterario, Navarro llevó a cabo un proyecto editorial que estuvo vigente entre 2016 y 2020, cuyo objetivo era publicar obras escritas por mujeres, visibilizar el trabajo de estas en la literatura y con ello hacer frente a la discriminación. En España ha participado en el comité organizador del Encuentro Escritoras y Cuidados en el marco del Día de la Escritora en España, así como en la red de mujeres feministas «Ellas cuidan» en la cual coordina charlas en cuanto a los temas de escritoras y cuidado, y la triple jornada que conlleva para las mujeres<sup>67</sup>.

El interés de Brenda Navarro por «todo lo que tenga que ver con relaciones de género y literatura»<sup>68</sup> fue lo que la llevó a crear *Casas vacías* (2019), primera novela que editó con Kaja Negra, proyecto independiente que apuesta por las plataformas digitales como un ejercicio de derecho cultural y así desplegar nuevos puntos de encuentro que rompan o permitan replantear las relaciones entre periodistas, escritoras y escritores<sup>69</sup>. Con el éxito de la novela en las redes, Sexto Piso decide publicarla y en poco tiempo es galardonada con el XLII Premio Tigre Juan en España, el *English Pen Translation Award* en Reino Unido, hasta llegar a la traducción de la obra a siete lenguas<sup>70</sup>.

---

<sup>63</sup> Yanet AGUILAR, «Brenda Navarro: una voz en la literatura que visibiliza a escritoras», *El Universal*, 2022. <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/brenda-navarro-escritura-pesar-de-la-deseesperanza/>

<sup>64</sup> *Ibid.*

<sup>65</sup> SEXTO PISO, «Brenda Navarro», *Sexto Piso*, 2019. <https://www.sextopiso.es/esp/autor/385/brenda-navarro>

<sup>66</sup> Yanet AGUILAR, *op. cit.*

<sup>67</sup> *Ibid.*

<sup>68</sup> *Ibid.*

<sup>69</sup> KAJA NEGRA, «Libros», *Kaja Negra*, 2019. <https://kajanegra.com/libros/>

<sup>70</sup> SEXTO PISO, *op. cit.*

Con tal telón de fondo «su obra se ha convertido en un referente entre la militancia feminista y posee un extenso público lector, sobre todo, entre jóvenes y académicos interesados por las literaturas emergentes»<sup>71</sup>. Brenda Navarro es consciente de que ha entrado a la literatura con el pie derecho, por lo que no duda en afirmar que «quienes marcan la tendencia son mujeres que apuestan por reinventar el realismo mágico y moverlo hacia la literatura gótica o de terror, o abordar asuntos como la maternidad desde nuevas perspectivas»<sup>72</sup>. De ahí que *Casas vacías* tenga como protagonistas a dos mujeres frente a la maternidad: una mujer cuyo hijo desaparece en el parque donde estaba jugando, y otra mujer que se lleva al niño para criarlo como propio<sup>73</sup>.

Lo anterior cobra sentido cuando a la autora se le cuestiona por las razones que la motivaron a crear la obra, entre ellas el «retratar lo que se vive en las casas de las personas que han perdido a un ser humano»<sup>74</sup>. En ese sentido, Navarro se autodefine como una escritora de ficción pura, dado que afirma que su «apuesta es hablar desde la ficción como un acto de imaginación para crear historias que si bien están relacionadas con el contexto en el que vivimos son historias inventadas»<sup>75</sup>.

Con ello, la autora no solo pretende dar rostro a las personas desaparecidas sino también humanizar los datos del Registro Nacional de Personas Extraviadas o Desaparecidas (RNPED) en México. Por tanto, *Casas vacías* se gesta como un relato de ficción alimentado de la realidad y que extrae ideas y voces como la de los padres de los estudiantes desaparecidos en Ayotzinapa<sup>76</sup>.

Aunque la autora pretendía abordar únicamente las desapariciones, sus personajes la llevaron por otras problemáticas como la de los feminicidios, la precarización de la mujer, la maternidad como imposición y confinamiento, la sociedad patriarcal y aquellas otras que se dan tanto en México como en España, país en el que vive desde hace ocho años<sup>77</sup>.

---

<sup>71</sup> Juan MARTÍNEZ, «Desaparición y otras formas de violencia en tres autoras mexicanas: Diana del Ángel, Sara Uribe y Brenda Navarro» en Vicente DE AGUINAGA, Teresa GONZÁLEZ, *Este cuerpo podría ser el mío. Escritoras mexicanas del siglo XXI ante la interpelación de la violencia*, México, Universidad de Guadalajara, 2021, p. 54.

<sup>72</sup> EL UNIVERSAL, «Brenda Navarro expondrá sobre el "nuevo boom femenino" en España», *op. cit.*

<sup>73</sup> Yanet AGUILAR, *op. cit.*

<sup>74</sup> EL UNIVERSAL, «Brenda Navarro da rostro a las personas desaparecidas», *El Universal*, 2018. <https://www.eluniversal.com.mx/estados/brenda-da-rostro-las-personas-desaparecidas/>

<sup>75</sup> Yanet AGUILAR, *op. cit.*

<sup>76</sup> EL UNIVERSAL, «Brenda Navarro da rostro a las personas desaparecidas», *op. cit.*

<sup>77</sup> Yanet AGUILAR, *op. cit.*

Entonces, es mediante la voz de dos mujeres que Navarro desarma la idea de la desaparición como una simple ausencia física. ¿Acaso existen muchas otras maneras de desaparecer? ¿No es la maternidad una de ellas? ¿Un rol que en muchos de los casos obliga a las mujeres a hacerse a un lado? Como lo menciona Isabel Zapata, ser madre implica de algún modo poner las necesidades y aspiraciones propias en segundo plano<sup>78</sup>. De suerte que la novela trata de poner en relieve dicho conflicto, es decir, aquellos círculos de violencia que no siempre están a simple vista.

Por consiguiente, es una novela cuya desaparición se vuelve un medio para «hablar del vacío, de algo que es peor que la muerte; del maltrato y de la violencia, que es física, emocional y estructural»<sup>79</sup>. Son las mujeres quienes están en el centro de un relato, son ellas quienes «resisten al dolor de la sangre que corre por sus venas, y que ven sus cuerpos cambiar a causa de embarazos y de golpes»<sup>80</sup>. Entonces, las figuras femeninas encuentran la forma de sobrevivir a pesar de la precariedad emocional y afectiva a manos de sus violentas parejas. Son ellas mismas quienes se mantienen «a flote» como lo menciona la misma Navarro:

Las mujeres siempre estamos haciendo cosas, sosteniéndonos, cuidándonos, pero no lo sabemos porque no lo platicamos. No reconocemos que estamos cuidándonos. ¿Quiénes son las que están haciendo cosas por los desaparecidos? Las mujeres. ¿Quiénes pelean por recursos naturales? Las mujeres. ¿Quiénes luchan por sacar a sus hijos de la cárcel? Las mujeres. Tenemos que voltear a ver que estamos en un momento en que somos las mujeres que estamos sosteniendo la red social, el tejido social y aun así nos están matando<sup>81</sup>.

En tal caso, son las dos voces principales quienes le dan estructura al relato, dos vidas que se entienden en la contraposición para otorgar sentido a la novela. Para la autora, la razón de definir dos tonos entre opuestos y paralelos responde a la intención de hacer de ambas voces la de cualquier mujer y que ésta se pudiera ver representada con las circunstancias de ambas<sup>82</sup>. A la par de personajes adyacentes: la abuela, la madre o la hija, que asimismo viven

---

<sup>78</sup> Isabel ZAPATA, «Modos de desaparecer», *Letras Libres*, 2018. <https://letraslibres.com/revista/modos-de-desaparecer/>

<sup>79</sup> Marta PÉREZ, «Verdades y maternidades», *Letras Libres*, 2021. <https://letraslibres.com/libros/verdades-y-maternidades/>

<sup>80</sup> *Ibid.*

<sup>81</sup> Daniela REA, «¿Por qué debemos seguir escribiendo sobre el dolor?», *Pie de página*, 2018. <https://piedepagina.mx/por-que-debemos-seguir-escribiendo-sobre-el-dolor/>

<sup>82</sup> Carlos MADRID, «Entrevista a Brenda Navarro: “México es un perfecto ejemplo de un Estado feminicida», *op. cit.*

en carne propia la violencia. A propósito, Rosa Mayorga en su artículo *Maternidades robadas y suplantadas en Casas vacías*, de Brenda Navarro, afirma que:

Sin duda, la violencia de género que plantea *Casas vacías* muestra la intención de contar las experiencias que comúnmente permanecen en un plano oculto de escenarios familiares. De este modo, a través de las dos madres, Navarro transita espacios poco explorados literariamente, y los expone de manera abierta para instar a la discusión<sup>83</sup>.

Por lo tanto, podemos afirmar que el hilo conductor de todos los personajes y la novela es la violencia. Para Navarro, este fue el cuestionamiento que surgió al momento de escribirla: discernir lo que estaba pasando en México. Llegar a contextualizar al país como un perfecto ejemplo de un estado feminista en el que la violencia, desde lo más mínimo hasta lo estructural, acaba matando a las mujeres<sup>84</sup>.

Una violencia que se mueve entre el ir y venir, pues en la novela la línea entre víctimas y victimarios se difumina. Los personajes, tanto hombres como mujeres, realizan actos de supervivencia que son violentos. La literatura de Navarro conduce a esta reflexión a fin de romper con ese tabú: en el terreno de las mujeres, las madres también ejercen violencia sobre sus hijos<sup>85</sup>. En contraste, las palabras de la antropóloga argentina Rita Segato son exactas en cuanto a dichos espacios violentos en tanto que:

Cuando un sistema de comunicación con un alfabeto violento se instala, es muy difícil desinstalarlo, eliminarlo. La violencia constituida y cristalizada en forma de sistema de comunicación se transforma en un lenguaje estable y pasa a comportarse con el casi-auto-matismo de cualquier idioma<sup>86</sup>.

Con *Casas vacías* nos encontramos entonces con una obra que pone sobre la mesa discursos que hasta hace poco no se hacían públicamente y ahora están presentes en la literatura. Un juego literario que funciona no solo para «romper con el tabú sobre la maternidad, sino que también le sirve a la escritora mexicana para hablar del mundo de la mujer desde vacíos, soledades, desigualdades sociales, cuidado, dolor, culpa, amor y

---

<sup>83</sup> Rosa MAYORGA, «Maternidades robadas y suplantadas en *Casas vacías*, de Brenda Navarro», *iMex Revista*, vol. 2, 2022, p. 6.

<sup>84</sup> Carlos MADRID, *op. cit.*

<sup>85</sup> *Ibid.*

<sup>86</sup> Rita SEGATO, *La guerra contra las mujeres*, Argentina, Prometeo Libros, 2018, p. 48.

violencia. Sobre todo violencia»<sup>87</sup>. Problemática que representa una reflexión sobre los contextos sociales y culturales de dos personajes que sobreviven, cada una a su manera, a la condición de ser mujeres en la época contemporánea<sup>88</sup>. Eje que durante las siguientes líneas guiará nuestra investigación.

## **2. Dos narradoras: un diálogo especular**

Durante los tres capítulos de la obra, la diégesis nos presenta de manera alterna los contextos, los registros lingüísticos, las personalidades y los rasgos familiares de la protagonista y la coprotagonista. Por un lado, la protagonista no deseó jamás ser madre. Sin embargo, ante la muerte de su cuñada Amara, asesinada a manos de su pareja Fran en España, debe hacerse cargo de Nagore, la sobrina de Fran, su esposo. Luego ella misma queda embarazada de Daniel, un niño después diagnosticado con espectro autista. Por otro lado, la coprotagonista siempre quiso ser madre. No obstante, y pese a la vida conyugal con su pareja Rafael e intentarlo todo, no logra cumplir su anhelo<sup>89</sup>.

El narración cobra vida una vez que la protagonista sale al parque con Daniel, y en un descuido el niño se pierde. Aunque en realidad, es la coprotagonista quien decide robárselo para criarlo como suyo, llegando a cambiarle el nombre a Leonel. A partir de este momento, la desaparición de Daniel/Leonel nos permitirá conocer la perspectiva de dos mujeres que se enfrentan a la maternidad que tradicionalmente les habían dicho que experimentarían<sup>90</sup>. Dos personajes femeninos que análogamente nos revelan la violencia en el espacio público y privado, así como el dolor que atraviesa a las mujeres.

Un primer aspecto que resulta interesante es el hecho de que ninguna de las protagonistas posea un nombre en la novela. Cabría preguntarse, ¿con qué motivo? Las palabras de Gabriela Trejo en su artículo *El silencio en Antígona González de Sara Uribe y*

---

<sup>87</sup> Carlos MADRID, *op. cit.*

<sup>88</sup> Juan MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 45.

<sup>89</sup> Richard LEONARDO, «Maternidad no normativa, violencia y desapariciones en *Casas vacías* de Brenda Navarro», *Desde el Sur*, vol. 14, núm. 3, 2022, p. 2-3.

<sup>90</sup> Brenda MORALES, «Maternidades y violencia contra las mujeres: reflexiones a partir de *Casas vacías*, de Brenda Navarro», en Cecilia EUDAVE, Juan MARTÍNEZ (coords.), *Imaginar el pasado, reconstruir futuro. Literatura mexicana del siglo XXI: entre nuevas textualidades y la reivindicación de tradiciones*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2021, p. 238.



*Casas vacías de Brenda Navarro*, aportan una posible respuesta al explicar que «Navarro parece proponer que la maternidad puede minimizar la posibilidad de las mujeres para ser ellas mismas, sin otras etiquetas que acompañen su identidad»<sup>91</sup> más que la de ser madre.

En cuanto a los tres capítulos, cada uno está compuesto por una primera parte: la historia de la protagonista y una segunda parte: la historia de la coprotagonista. Siempre en el mismo orden: a y b. La voz que abre tanto la novela como los capítulos es la que corresponde a la de la protagonista: «Daniel desapareció tres meses, dos días, ocho horas después de su cumpleaños»<sup>92</sup>, y a manera de espejo, es la coprotagonista quien le da el cierre o respuesta a algunos de los mismos: «Mejor no hubiera llegado Leonel a nuestras vidas»<sup>93</sup>. A su vez, cada uno de los seis fragmentos presenta una epígrafe, todos versos de Wislawa Symborska, escritora a quien Navarro ha mencionado como fuente de inspiración para sus obras.

Dentro de esa búsqueda de equilibrio, encontramos a dos narradoras que a su vez funcionan como personajes que, en términos del teórico literario francés Gérard Genette, se describen como un narrador homodiegético<sup>94</sup>. No existe un narrador omnisciente, y sin embargo, encontramos un discurso que pareciera expresarse hacia el lector. En ambos relatos se establece una comunicación en torno a la presión social y los imaginarios del amor, la sexualidad y la maternidad bajo un entorno de violencia<sup>95</sup>. No obstante, en el plano narrativo la confección de los estilos es diferente para cada protagonista de la novela.

Por un lado, la madre de Daniel se caracteriza por un monólogo interno o un discurso inmediato que más allá de la interioridad, está libre de cualquier tutelaje narrativo si tomamos en cuenta que emerge desde el epicentro de las emociones<sup>96</sup>. Un lenguaje estándar que se acompaña de recursos retóricos como metáforas en las que la mujer aparece referida como un habitáculo, una casa<sup>97</sup>: «nosotras mirábamos confundidas e impávidas, porque eso era lo que había que hacer: ser las casas vacías para albergar la vida o la muerte, pero al fin y al

---

<sup>91</sup> Gabriela TREJO, «El silencio en Antígona González de Sara Uribe y Casas vacías de Brenda Navarro», *Acápite. Revista de literatura, teoría y crítica*, 2022, p. 89.

<sup>92</sup> Brenda NAVARRO, *Casas vacías*, Madrid, Sexto Piso, 2019, p. 15.

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>94</sup> Gérard GENETTE, *Figures III*, París, Éditions du Seuil, 1972, p. 252.

<sup>95</sup> Juan MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 57.

<sup>96</sup> Gérard GENETTE, *op. cit.*, p. 193.

<sup>97</sup> Juan MARTÍNEZ, *op. cit.*

cabo, vacías»<sup>98</sup>, y sus hijos referidos como aves, particularmente carroñeras: «Daniel se convertía en el carroñero que nos devoraba el tiempo y nos dejaba sudar la putrefacción que emana cuando lo humano se evapora ante el cansancio y luego, otra vez, nos volvía a comer»<sup>99</sup>.

El lenguaje de la protagonista conlleva un estilo poético que según menciona Roberto García en su reseña crítica *La vida y la muerte en la concepción humana: Casas llenas y vacías*, va «creando así una sinergia que culmina en la prosa poética»<sup>100</sup>. El monólogo parece entonces fragmentarse por el texto, pues la protagonista presenta sus reflexiones para después desarrollarlas en el espacio material, y culminar una vez más con el sentimiento original.

Por lo tanto, el discurso de la madre de Daniel es un monólogo interior que al ser expresado no representa mayor problema en su confesión. De ahí que las preguntas que hace y se dirigen a sí misma no siempre obtienen una respuesta, por el contrario, algunas permiten desplegar reflexiones adyacentes cuyo centro se constituye por su papel como mujer y la relación que tal rol tiene con la maternidad. Asimismo, conocemos detalles sobre la familia de su esposo Fran, pero sabemos poco o nada de su pasado, o en todo caso de sus relaciones sentimentales anteriores.

El aspecto existencialista es un punto que cabría recalcar en el relato de la protagonista. Para Roberto García, los «pensamientos cargados de pesimismo y muerte... [nos hacen] sentir su dolor, su agonía, la desesperación de no poder hacer nada frente [a] la pérdida»<sup>101</sup>, así lo reitera en numerosos pasajes del relato: «Hay personas, como yo y como Fran, que deberíamos morir en cuanto se demuestra que no sabemos ser padres. Por selección natural»<sup>102</sup>.

Es precisamente esa articulación de la voz y la situación narrativa la que permite identificar ciertas características en el relato de la protagonista tales como un lenguaje no lineal con el uso de analepsis, un ir y venir entre pasado y presente, para después rematar con la crudeza de sus reflexiones y la carencia de inhibiciones. Por ende, la situación deriva en

---

<sup>98</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 82.

<sup>99</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>100</sup> Roberto GARCÍA, «La vida y la muerte en la concepción humana: Casas llenas y vacías», *Humanitas*, vol. 2, núm. 3, 2022, p. 217.

<sup>101</sup> *Ibid.*, p. 220.

<sup>102</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 24.

un universo que se mantiene cerrado por su no exteriorización en la diégesis, y sin embargo, abierto para el lector por su total carencia de contención<sup>103</sup>.

Por otro lado, la madre de Leonel se diferencia por una narración en cuyo epicentro se encuentra la constante violencia conyugal. Una coprotagonista tan inmersa en los roles de género que, en el anhelo de ser madre, optará por robarse a Leonel no sin antes afrontar las consecuencias. Tal entorno marcado por la violencia se agrava en el seno de una familia disfuncional en la cual la coprotagonista sufre agresión por su pareja y padece la presión por el hecho de ser madre. La narrativa se distingue por un lenguaje que pasa de lo estándar a lo coloquial, y en ocasiones a lo vulgar con el uso de palabras altisonantes y mexicanismos abundantes:

Por eso, los primeros días, y aunque me daba mucho miedo salir a la calle con Leonel y que alguien fuera de chivato, pues salía, poquito, primero nomás a las tortillas o la leche, y si me decían y ora, y yo decía, y ora qué, ándele, deme mis tortillas que tengo que hacer un pedido de gelatinas y no puedo con el estómago vacío, y me miraban raro, pero me daban mis tortillas porque yo les pagaba, yo no andaba diciendo que si en la quincena les pasaba, o que si mañana que cayera la tanda, no, yo, en efectivo, al momento, siempre fui buena clienta<sup>104</sup>.

De ahí que el relato de la madre de Leonel llegue a ser fluido por la sencillez del lenguaje. La voz narrativa alterna entre oraciones largas o demasiado cortas, con descripciones extensas del lugar y de la violencia que se ejerce en el contexto<sup>105</sup>. Los párrafos, las oraciones e incluso los capítulos son ligeramente más largos por los detalles relativos a su infancia, a su situación familiar y socioeconómica. Sin embargo, se sigue un orden de acontecimientos lineales, cuya voz se articula en la causalidad y se modela en función de un narratario implícito que por momentos pareciera desarrollar preguntas a las que la coprotagonista atiende<sup>106</sup>. En otras palabras, es posible afirmar que la coprotagonista y el narratario comparten, hasta cierto punto, referentes clave en el robo de Leonel.

Un aspecto a remarcar es el hecho de que su relato no reflexiona acerca de las emociones, no obstante, el trasfondo de las frases y las descripciones conlleva una

---

<sup>103</sup> Juan MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 60.

<sup>104</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 48.

<sup>105</sup> Roberto GARCÍA, *op. cit.*, p. 219.

<sup>106</sup> Juan MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 58-60.

interpretación que se origina, al igual que la protagonista, desde un sentimiento de dolor y rabia<sup>107</sup>. Lo anterior no hace más que recalcar esa «búsqueda de equilibrio constantemente cuestionado por la misma obra, [pero también, la] de mostrar dos polos de la tragedia»<sup>108</sup>. Sin lugar a dudas, las dos mujeres comparten la desesperación. La protagonista por la pérdida de Daniel: «¿Qué fue lo que pasó? Vi poco. Y aunque caminé entre la gente gritando su nombre repetidas veces, el oído se me volvió sordo. ¿Pasaron carros?, ¿había más gente?, ¿cuál? ¿quién?»<sup>109</sup>. Y la coprotagonista por la llegada de Leonel a su vida:

Pero aunque la casa estaba chiquita y aunque yo no era un obsesiva con la limpieza, sí que me gustaba que todo estuviera limpio y cuando llegó Leonel el problema es que ensuciaba todo, ya fuera porque manchaba las paredes, o porque se meaba y cagaba a cada rato. Era desesperante estar trapeando todos los días a todas horas<sup>110</sup>.

Pese a los abismos lingüísticos de cada relato, ambos se caracterizan por la narrativa del contexto, los acontecimientos y los tipos de violencia que afectan a las mujeres. Brenda Navarro nos presenta así una novela en la cual la ficción y la narración están ligadas con el fin de hacernos un participante más de la trama: «Un tipo de confesionario donde, de manera descriptiva, las voces narrativas nos van contando algunos de sus pensamientos y recuerdos»<sup>111</sup>.

En todo caso, si conjuntamos el relato de las dos voces, protagonista y coprotagonista, obtenemos una narración que se construye sobre la yuxtaposición. Una suerte de recurso por el que transcurren paradójicamente dos vasos comunicantes, dos universos aparentemente alejados. Dicho diálogo especular es el que precisamente permite considerar a *Casas vacías* como una obra que va construyendo identidades y figuras femeninas que paulatinamente se degradan hasta mostrarnos dos imágenes distintas de la interioridad de las mujeres<sup>112</sup>.

---

<sup>107</sup> Roberto GARCÍA, *op. cit.*, p. 219.

<sup>108</sup> Juan MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 56.

<sup>109</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 16.

<sup>110</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>111</sup> Roberto GARCÍA, *op. cit.*, p. 221.

<sup>112</sup> Juan MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 61.

### **3. Las figuras femeninas: entre tensión y conflicto**

En *Casas vacías*, la narración nos lleva hacia un retrato hiperrealista de la vida de miles de mujeres en México. La estética con la que trabaja Brenda Navarro no oculta un mal sentimiento, por el contrario, «echa luz sobre la psique humana para resaltar la veracidad con la que escribe. Mujeres que no están filtradas, mujeres que sienten con toda la tripa, mujeres que sufren violencia y violentan a cambio»<sup>113</sup>.

Las protagonistas son quienes problematizan el cuerpo femenino y el lugar social de la mujer. No obstante, otras figuras femeninas también están presentes en dinámicas familiares violentas. Mujeres que sienten temor, incompreensión y abandono frente a sus roles de madre e hija. En dichas representaciones, adquieren relevancia las relaciones familiares, pues permiten cuestionar los vínculos afectivos con las parejas y los hijos. Toda vez que se desacraliza la figura femenina y se pone en jaque, precisamente, a una imagen construida desde el patriarcado y los contextos socialmente violentos<sup>114</sup>.

#### **a) Mujer – madre**

La figura de la madre es quizás la más representativa de la obra de Brenda Navarro. A la madre de Daniel, la protagonista, y la madre de Leonel, la coprotagonista, se le añaden otras figuras más: la madre de Nagore, la madre de Fran, la madre de Rafael y la madre de la coprotagonista. Teniendo en cuenta la pluralidad de dichos personajes, la representación que desarrolla la novela de la mujer-madre como protagonistas se caracteriza por una maternidad no normativa. En términos de la antropóloga mexicana Marcela Lagarde entendemos a la maternidad como:

El conjunto de hechos de la reproducción social y cultural, por medio del cual las mujeres crean y cuidan, generan y revitalizan, de manera personal, directa y permanente durante toda la vida, a los *otros*, en su sobrevivencia cotidiana y en la muerte<sup>115</sup>.

---

<sup>113</sup> Sara ANDRADE, «*Casas vacías* de Brenda Navarro», *Redoma*, vol. 1, núm. 4, 2022, p. 96.

<sup>114</sup> Rosa MAYORGA, *op. cit.*, p. 2 y 11.

<sup>115</sup> Marcela LAGARDE, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 248.

Dicho mandato social pesa sobre las mujeres, de ahí que las madres no normativas no se ajusten a tal concepción. Por lo tanto, no todas las mujeres quieren o pueden ejercer la maternidad como el patriarcado sostiene y difunde<sup>116</sup>. Es así que la protagonista o la madre de Daniel, nos hace saber su posición al respecto de la maternidad y la figura ideal de la madre desde las primeras líneas del relato: «Hay quienes nacemos para no ser buenas madres y, a nosotras, Dios debió esterilizarnos desde antes de nacer»<sup>117</sup>.

La madre de Daniel rechaza así la maternidad como una capacidad que acompañe a la mujer por instinto biológico. Sin embargo, es posible identificar la coexistencia de sentimientos opuestos en sus confesiones, pues algunas de éstas también evidencian el deseo de ser madre:

Hubo momentos en que quise ser de esas madres que, con los pies pesados, surcan caminos. Salir a pegar papeletas con el rostro de Daniel, todos los días, todas las horas, con todas las palabras. También, muy pocas veces, quise ser la madre de Nagore, peinarla, darle de desayunar, sonreírle<sup>118</sup>.

Por lo tanto, la protagonista vive una suerte de ambivalencia en la que es consciente de que en la sociedad existen madres que realizan una serie de sacrificios por sus hijos, pero ella no se siente capaz de asumir tal rol. Ese rol Lagarde lo denomina como «madresposa», el cual, para las mujeres, consiste en:

Vivir de acuerdo con las normas que expresan su ser —para y de— otros, realizar actividades de reproducción y tener relaciones de servidumbre voluntaria, tanto con el deber encarnado en los otros, como con el poder en sus más variadas manifestaciones<sup>119</sup>.

En ese ser para y de otros es que la protagonista no sólo debe hacerse cargo de Daniel, sino también de Nagore, la sobrina huérfana: «Fran nos impuso el cuidado de Nagore. Yo me volví madre de una niña de seis años mientras engendraba a Daniel en mi vientre. Luego

---

<sup>116</sup> Richard LEONARDO, *op. cit.*, p. 4.

<sup>117</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 24.

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 21-22.

<sup>119</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 363.

no fui madre y ése fue el problema. El problema es que seguí viva por mucho tiempo»<sup>120</sup>. La protagonista es obligada por su pareja a asumir el rol de madre de Nagore por su condición de mujer. Una figura que en la sociedad patriarcal se asocia precisamente al trabajo doméstico, al cuidado de los niños, de los enfermos, de los viejos y la atención del marido, la preparación de los alimentos, el orden y el aseo de la casa<sup>121</sup>. Una responsabilidad que se le impone a la protagonista a la par de un constante recordatorio de la parte de su esposo y del entorno que la rodea:

Algunas veces, Fran me llamaba por teléfono para recordarme que teníamos otra hija. No, Nagore no era mi hija. No. Pero la cuidamos, pero le ofrecimos un hogar, me decía. Nagore no es mi hija. Nagore no es mi hija. (Respira. Prepara comida, tienen que comer). Daniel es mi único hijo, y cuando yo preparaba la comida, él jugaba en el piso con soldaditos y yo le llevaba zanahorias con limón y sal. [...] (El aceite arde, la pasta se quema. El agua no está en la licuadora). Nagore no es mi hija. [...] Entonces, muchas veces me llamaban de la escuela de Nagore y me recordaban que ella me esperaba y que tenían que cerrar la escuela. Lo siento, les decía, aunque el es que Nagore no es mi hija se me quedaba en la lengua, y colgaba ofendida de que me reclamaran la maternidad no pedida<sup>122</sup>.

La madre de Daniel no se alinea con tales preceptos, los niega rotundamente: «No sabía qué hacer con dos niños. Nunca quise ser madre, ser madre es el peor capricho que una mujer puede tener»<sup>123</sup>. Un rechazo que del mismo modo se extiende hacia sus hijos. Por un lado Daniel, con quien desde su gestación hasta su nacimiento parece vivir en el calvario:

Con la cintura quebrada, los coágulos arañando las paredes de mi útero y los ojos arenosos de no dormir, los primeros días con Daniel en mi vida, más que una dicha, eran un suplicio ahogado. Cállate, le decía en un silencio amordazado entre los ojos, por miedo a que alguien escuchara el escozor que me causaba oírlo llorar por ese no saber sobrevivir solo en el mundo. Si en el embarazo, triste, pedregoso y mohoso que había pasado ya sentía un arrepentimiento de tener útero y hormonas e instinto maternal, en la maternidad misma cada llanto de Daniel me rechinaba en el oído para constatarlo<sup>124</sup>.

---

<sup>120</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 21.

<sup>121</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 104.

<sup>122</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 19.

<sup>123</sup> *Ibid.*, p. 30.

<sup>124</sup> *Ibid.*, p. 80.

Y por el otro Nagore, con una relación que poco a poco se torna hacia el desdén y el maltrato. Al límite en el que la protagonista, en ocasiones, desea que fuera ella la niña desaparecida en lugar de Daniel:

¿Por qué no desapareciste tú?, le dije aquella vez a Nagore, cuando me llamó desde la regadera para pedirme que le alcanzara la toalla que no bajó del estante del baño. Ella me miró con sus ojos azules, muy sorprendida de que se lo hubiera dicho a la cara. La abracé casi inmediatamente y la besé repetidas veces. Le toqué el cabello mojado que me mojaba la cara y los brazos y la tapé con la toalla y la estrujé contra mi cuerpo y nos pusimos a llorar. ¿Por qué no desapareció ella?<sup>125</sup>.

La desaparición de Daniel suscita entonces en la protagonista una serie de libertades expresivas que incluso en la interioridad, dan cuenta de las reflexiones que la protagonista se hace como mujer y madre de un hijo que quizás nunca deseó, y de una hija que jamás tuvo intenciones de cuidar. Ante tal problemática, el aborto es un tema que la mujer trae a la mesa como una acción que consideró por momentos como algo posible:

Respiré profundo. Yo tenía un feto en el vientre, estaba tan segura como de que ya no quería seguir ahí. Pensé en abortar, lo pensé, por eso es que si alguien fue culpable de lo que pasó después fui yo, porque decidí ignorar ese pensamiento que pudo salvarnos a todos. Lo ignoré, lo ignoré. Otra pudo haber sido nuestra historia<sup>126</sup>.

La protagonista es consciente de su acción, pues con ello su vida pudo haber sido otra. Aquella en la que no había una obligación de ejercer la maternidad: cuidar de Fran, de Daniel, y también de Nagore. Con ello, las palabras de Lagarde cobran sentido en tanto que «evitar la maternidad y que los otros conozcan su falta transgresora son evidencias de que al abortar voluntariamente (a fuerza) las mujeres rehúsan ser de y para los otros»<sup>127</sup>.

En esa misma línea, el aborto no es la única decisión que la protagonista considera en su rechazo hacia esa maternidad, sino también la muerte como acción:

No parir. No engendrar, no dar pie a las células que crean la existencia. No ser vida, no ser fuente, no dejar que el mito de la maternidad se prolongara en mí. Truncar las posibilidades de Daniel mientras seguía en mi vientre, encerrar a Nagore hasta que

---

<sup>125</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 18.

<sup>126</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>127</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 758.



dejara de respirar. Ser la almohada que la ahogaba mientras dormía. Recontraer las contracciones por las que ellos dos nacieron. No parir. (Respira, respira, respira). No parir, porque después de que nacen, la maternidad es para siempre<sup>128</sup>.

Con una maternidad incisiva que se afianza en la vida de la protagonista, su respuesta podría remitirnos lo que Lagarde define como «maneras de romper la obligatoriedad de la progenitura y de la maternidad mediante el aborto, el abandono, el regalo, y en el extremo, la muerte del hijo»<sup>129</sup>. Aunque dichas acciones no llegan a concretarse, es evidente que aun en la interioridad, la protagonista transita por tales extremos que la van caracterizando como una madre no normativa.

En ese juego de espejos, la coprotagonista manifiesta también su deseo por la maternidad a medida que nos adentramos en la diégesis:

Con lo que no podía vivir era sin ser madre. ¿Que por qué la aferración? Pues porque sí, ¿qué tiene de malo querer ser madre, qué tiene de malo querer dar amor? Yo quería educar una niña que fuera distinta a mí, a mi madre, a la madre de Rafael, a mis primas. Una mujercita distinta que no se dejara de nadie pero que fuera amorosa, ¿por qué eso podía ser malo?<sup>130</sup>.

Una «aferración» que con el robo de Leonel encontrará progresivamente sus contradicciones y afianzará su carácter de madre no normativa que, como ya hemos señalado, sucede al igual que con la madre de Daniel. En un primer momento, el entorno familiar de la coprotagonista se inserta en esa constante social que refuerza la idea de que la mujer se realiza a través de la maternidad:

Luego para darme una respuesta sí he llegado a pensar que todo empezó cuando mis primas empezaron a tener hijos, de la noche a la mañana las casas de mis tías se llenaron de niños que gritaban por todos lados. Primero dejé de ir a visitarlas, no sé, me sentía incómoda, pero luego empecé a salir con Rafael y al mes de andar le dije que yo quería tener una hija, que si se animaba, que estaba muy guapo, que nos iba a salir bonita. Rafael se rio y me aventó, no estés chingando, me la voy a creer, me dijo. Pues créetela, porque es en serio. Me dijo que lo pensaría, pero ni pensó nada. Así me trajo un año<sup>131</sup>.

---

<sup>128</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 22.

<sup>129</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 760.

<sup>130</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 99.

<sup>131</sup> *Ibid.*, p. 42.

Es interesante recalcar la manera en que la madre de Leonel llega a reflexionar sobre el hecho que la llevó al anhelo de ser madre. La interacción con sus familiares; tías y primas, quienes pronto devinieron madres, le permite discernir cierto grado de conciencia en cuanto a su rol de progenitora. Una «incomodidad» que de acuerdo a Lagarde podría interpretarse en un cumplimiento de sus atributos sexuales, como eje social y cultural de su feminidad; como madresposa. Dicha representación ideológica se establece como un atributo genérico de las mujeres. De forma que «aquellas que no reproducen a los otros son consideradas menos mujeres, menos femeninas»<sup>132</sup>.

En esa búsqueda de responder a dicho cumplimiento, de obtener el valor que la sociedad atribuye a las mujeres a partir de la reproducción y la maternidad, la coprotagonista inicia su relación con Rafael, un hombre violento y controlador con quien creía que era posible formar una familia, aquella que nunca pudo llegar a tener con la propia. Aunque en la realidad la relación con su pareja sería completamente diferente:

Yo lo que quería de Rafael era una familia. Si además me preguntaran que si yo lo amaba, diría también que sí. Que lo amaba como se aman las cosas que te traen recuerdos [...] Pero que si yo sentía que podía vivir sin él, pues yo sí diría que claro que podía vivir sin él, como pude vivir sin mi padre, sin mi hermano, sin mi madre<sup>133</sup>.

Rafael, por su parte, no muestra el mismo interés en la relación. Y ante los deseos de la coprotagonista por embarazarse, por formar una familia con él, Rafael parece deslindarse en todo momento: «¿Qué has pensado de lo que te dije? Pues lo sigo pensando, me dijo y me dio un beso para callarme la boca. Oh, Rafa, te estoy hablando en serio, pero él nada más se reía y me besaba o me metía mano»<sup>134</sup>. En lo que involucra al acto sexual, y teniendo en cuenta que Rafael no desea un hijo, éste realiza la práctica del *coitus interruptus*:

Yo nomás me quedé tumbada viéndolo moverse encima de mí con los ojos cerrados. ¿Me vas a hacer a mi hija?, le pregunté y nomás abrió los ojos y sonrió burlón. No me la hizo, cuando estuvo a punto de llegar se salió y me echó todo el semen en la panza<sup>135</sup>.

---

<sup>132</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 121.

<sup>133</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 99.

<sup>134</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>135</sup> *Ibid.*, p. 45.

La práctica de Rafael desconcierta a la protagonista: «El mayor «pero» que yo le ponía a Rafael era que cogíamos y cogíamos y él nomás no se venía dentro de mí. Así no me vas a hacer una hija, le decía, y él con fastidio me decía que lo esperara»<sup>136</sup>. De este modo, podemos constatar que en su propósito de ser madre llegar a asociar el coito como el medio para poder afianzar tal rol: «Yo creía que para eso una se acostaba con un hombre, para hacer hijos»<sup>137</sup>.

Ahora bien, entre los múltiples intentos de la coprotagonista por el embarazo, este se cumple. No obstante, sufre un aborto que, como consecuencia, parece recalcarle su imposibilidad de ser progenitora:

Y me preñó, pero yo no lo supe hasta que la doctora del turno de las seis de la mañana me dijo que ojalá no hubiera provocado el aborto porque me podían meter a la cárcel y yo no sé qué cara habré puesto que se dio cuenta que yo ni sabía que estaba así, y ya nada más me puso la mano en el brazo y me dio una palmadita y se fue<sup>138</sup>.

Como hemos comentado, la visión social de la maternidad se gesta como una condición que reafirma la femineidad de las mujeres, las completa en un sentido. El hecho de que la coprotagonista no lo logre sugiere el fracaso, la imperfección en su condición de mujer, pues «no tener hijos es un atentado imperdonable a la naturaleza. Es concebido como una mutilación de la mujer»<sup>139</sup>. Por un lado, se le reprocha tal mutilación a la protagonista por parte del servicio médico del hospital, tachándola de presunta criminal. Y por el otro, su pareja viene precisamente a recalcarle su incapacidad con el aborto espontáneo: «Tú no naciste para estar embarazada, ya te avisaron –dijo como señalando al cielo, a dios. Me mandó un beso con la mano y se fue. Cerré la llave del agua del fregadero y me quedé quieta. Lo que me dijo me cayó como balde de agua fría»<sup>140</sup>.

Con lo anterior, la coprotagonista buscará demostrarle a su esposo que se equivoca: «Pensé que claro que no me iba a conformar e iba a buscar todas las formas para que pudiera

---

<sup>136</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 51.

<sup>137</sup> *Ibid.*, p. 45-46.

<sup>138</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>139</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 417.

<sup>140</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 101.

ser madre y le iba a tapar la boca a él y a su dios»<sup>141</sup>. De ahí que posteriormente surja la audaz idea de secuestrar al niño llamado Daniel, que se encontraba con su madre en el parque:

Por eso, ese día que ya estaba muy harta de todo, de Rafael evadiendo a todos, de mi vida tan miserable, de todo pues, se me hizo fácil bajarme en ese parque y sentarme a pensar, necesitaba buenas noticias. Por eso es que me pareció que era demasiada coincidencia que justo ese día, justo cuando yo me sentía así, estuviera ahí Leonel con su madre. Si dios existía, quise creer que sí, me estaba dando una señal, tenía que ser una señal, tenía que ser así<sup>142</sup>.

La llegada de Leonel a su vida reafirma, aunque momentáneamente, su creencia de que todo mejorará:

Creí que Leonel iba a llegar y mejorar todo, pero era nada más tapar el dedo con el sol, lo que está podrido, está podrido, ni modo. Y es que lo que pasa es que siempre quise tener una hija [...] pero luego pensé que Leonel pondría más contento a Rafa, que jugarían fútbol, a las luchitas, cosas de hombres<sup>143</sup>.

La coprotagonista intenta cumplir los mandatos de la maternidad no sólo proveyendo de lo material a Leonel mediante su propio negocio: «Yo, por ejemplo, sí que le chingaba y le chingo: todos los días, todos, enferma o no, haciendo gelatinas, pasteles, paletas. El trabajo nunca falta [...] ¿qué, qué más se necesitaba para formar una familia, para darme lo que yo necesitaba?»<sup>144</sup>. Asimismo, lo proveerá de muestras de afecto:

La iglesia, era el único lugar en donde Leonel, al oír la música del organillo, se ponía contento: lo cargaba entre mis brazos y me abrazaba y me decía ore ore, y aplaudía y me daba besos en la cara. Éramos felices. Por eso creo que de existir dios, habría sabido que estábamos bien<sup>145</sup>.

Sin embargo, el rapto se volverá un punto de inflexión con su esposo pues solo acabará agravando el rechazo y la violencia hacia el niño y la coprotagonista:

---

<sup>141</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 102.

<sup>142</sup> *Ibid.*, p. 144-145.

<sup>143</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>144</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>145</sup> *Ibid.*, p. 152.

¿Te lo robaste, estás pendeja?, me gritó un rato después de que vio que entré a la casa y lo fui a sentar a la mesa y Leonel no se callaba de sus berridos. Entonces Rafa se paró y fue a darme un madrazo en la cabeza. Estás enferma, ¿qué tienes en esa puta cabeza, hija de la chingada?<sup>146</sup>.

Para ella es solo cuestión de tiempo y adaptación: «Pero yo hacía como que todo estaba muy normal. Pensé que tenía que darle tiempo a que nos conociéramos todos, una familia no se hace de la noche a la mañana»<sup>147</sup>. Por el contrario, ante el nuevo integrante de la familia, la coprotagonista no solo será objeto de juicios por parte de su esposo sino también de la madre de este último. Quien solapará el encubrimiento del secreto no sin antes reprocharle al igual que Rafael, su imposibilidad de ser madre, en todo caso una madre completa, aquella capaz de engendrar:

Respiró profundo y dijo que les dijera a todos que el bebé era de mi prima Rosario, la de Morelia, que la hija se fue para Estados Unidos y que pues yo, que no servía para dar hijos, me lo quise quedar. Le dije que sí con la cabeza pero sentí mucho enojo porque la muy cabrona no se quedó con las ganas de decir que yo no servía<sup>148</sup>.

La realidad no será la misma una vez que se dé cuenta de que Leonel padece una discapacidad: «Semanas después nos dijeron que tenía autismo y que a lo mejor por eso no le gustaba casi nada. Fue en ese momento que me arrepentí de querer ser madre»<sup>149</sup>. De esta manera, la condición de Leonel alterará aquellas expectativas que se había creado como madre de un niño, que según ella, llegaría para mejorarlo todo.

A medida que la coprotagonista interactúa con Leonel, el arrepentimiento se hará presente en ella. La madre de Leonel no puede lidiar con los síntomas de dicha condición autista. Lo cierto es que en el afán de ser madre, la coprotagonista idealizó el papel de la misma. Y es en ese sentido que el niño no cuadra con esa imagen prefabricada que se tiene en el imaginario acerca de la maternidad. Un último aspecto a remarcar es el hecho de que la madre de Leonel no se arrepiente de robarse a un niño, sino de robarse a un niño que padece autismo<sup>150</sup>: «De lo único que me arrepentí fue de no haberme dado cuenta de que el niño tenía

---

<sup>146</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 40.

<sup>147</sup> *Ibid.*

<sup>148</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>149</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>150</sup> Brenda MORALES, *op. cit.*, p. 250.

autismo»<sup>151</sup>. De nueva cuenta, parece que la falta recae en ella, en su incapacidad de ser y elegir conforme a los mandamientos sociales de la maternidad.

En el reconocimiento de su error y del dolor infligido hacia Leonel, así como el rechazo y la violencia constante por parte de Rafael, la coprotagonista llega a extraer una moraleja punzante: «Poco a poco empecé a resignarme...al hecho de que yo no iba a ser madre de nadie, que nomás iba a ser la cuidadora de todos los hombres de mi vida»<sup>152</sup>. En todo caso, ni la coprotagonista ni la protagonista logran cumplir con tal rol de madre. Desde el punto de vista de Lagarde<sup>153</sup>, estamos ante dos mujeres cuya existencia se construye maternalmente como la cuidadora de otros, mujeres que en el objetivo de ser madre llegan a ser paradójicamente una madre no normativa, una no madre.

## **b) Mujer – hija**

En la misma línea que la mujer-madre es posible trazar otras figuras bajo la representación de mujer-hija, particularmente en las relaciones de la protagonista y la sobrina Nagore, así como la coprotagonista y su madre. Aunque dichos vínculos se encuentran caracterizados por el conflicto, las figuras de mujer-hija intentan salir de ese círculo de violencia en el que de alguna forma las madres siguen perpetuando con su actuar.

La figura de Nagore es por mucho una de las más intrigantes de la novela y que poco ha sido estudiada. Nagore nace en Barcelona, hija de Xavi y Amara, la hermana de Fran. Una mujer que fue víctima de feminicidio a manos de su esposo, lo cual explica la llegada a la casa de la protagonista y su esposo Fran, quien se empeña en obtener la custodia de la niña: «Sé que Fran hizo todo por que Nagore fuera nuestra, a pesar de que los abuelos quisieron quedársela»<sup>154</sup>.

Tiempo después Nagore se traslada a México con los que ahora serían sus tutores. No obstante, en un nuevo hogar en el que se vive un ambiente de tensión constante con la protagonista: «Nagore, a mi lado, cruzaba sus piernitas y se quedaba muda, como si su voz fuera culpable de algo, como si supiera de antemano que la odiaba. Nagore era el espejo de

---

<sup>151</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 41.

<sup>152</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>153</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 377.

<sup>154</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 30.

mi fealdad»<sup>155</sup>. Como hemos mencionado en líneas anteriores, dicho rechazo se explica por la imposición de la maternidad por parte de Fran, lo que significó el cuidado de Nagore. Pese a ello, Nagore responde con dulzura y amor hacia la figura de madre que busca en la protagonista: «Nagore me tomó de la mano más fuerte. No els facis cas, jo t'estimo, me dijo. ¿Cómo? Que no les hagas caso, yo te quiero»<sup>156</sup>.

El afectuoso comportamiento de Nagore se explica por el entorno familiar en el que vivió antes con sus padres biológicos, al menos así nos lo hace saber la protagonista: «Sé que Nagore creció entre mimos y una educación cariñosa»<sup>157</sup>. Es en esa forma de relacionarse que Nagore establece un lazo con Daniel, el cual resulta un tanto incomprensible como envidiable para la protagonista<sup>158</sup>:

Daniel no podía dormir en las noches si antes Nagore no le cantaba una canción. Yo la vigilaba sentada. Nagore lo hacía bien. Pasaba su mano sobre la carita de Daniel y le acariciaba la ceja y lo obligaba a cerrar los ojos mientras le susurraba la canción<sup>159</sup>.

Tiempo después con la desaparición de Daniel, el odio hacia Nagore se exagera, pues ella culpa a la protagonista de haber descuidado al niño: «¡Sí!, devolvió en grito Nagore. ¡Sí lo vimos, sí lo vimos y tú lo perdiste, tú!, y Fran le tapó la boca y ella empezó a llorar»<sup>160</sup>. De este modo, el vínculo emocional entre ambas empeora hasta volverse en conflicto. La madre la olvida en la escuela: «Nagore salía hasta las dos de la tarde pero no la recogí. Nunca le pregunté cómo es que ese día volvió a casa»<sup>161</sup>. Esquiva sus besos: «Nagore iba a darme un beso de buenas noches cada que el reloj daba las diez y diez y yo me escondía entre las almohadas y le palmeaba la espalda como respuesta»<sup>162</sup>. La insulta: «¡Come, ingrata, come, que piqué la verdura en cuadritos para que parezca que me esmero!»<sup>163</sup>. Y la golpea: «¿Y si nos vamos a Utrera, a la casa blanca de los abuelos?, preguntó Nagore. ¿Irse a Utrera con mi hijo perdido? Le di una bofetada. Lo negué. Yo era incapaz de golpear a una niña»<sup>164</sup>. A pesar

---

<sup>155</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 18.

<sup>156</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>157</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>158</sup> Juan MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 57.

<sup>159</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 35.

<sup>160</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>161</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>162</sup> *Ibid.*, p. 20-21.

<sup>163</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>164</sup> *Ibid.*, p. 23.

de ello y su corta edad es uno de los personajes femeninos más fuertes y maduros de la novela. Ella resiste y parece comprender el dolor de la protagonista:

Nagore se acercaba a la puerta de mi habitación, se quedaba parada hasta que yo le preguntaba qué quería. Nada, decía la mayoría de las veces. Otras, me traía fruta. Come, me decía. A veces se ofrecía a cepillarme el cabello. Aunque pocas veces, llegué a dejar que me peinara porque así la mantenía callada y entretenida. Y aunque le daba la espalda, eso no impedía que de vez en vez me diera besos en el cabello. Quizá un par de ocasiones me besó en la mejilla y yo la toqué agradecida. Incluso hubo momentos, casi imperceptibles, en que parecía que le ponía atención y le preguntaba cómo iba su día y ella soltaba una verborrea de la que no me enteraba. Su voz era un ruido ajeno que no lograba interesarme, pero que aliviaba el profundo silencio en el que se había convertido el laberíntico paso de los días<sup>165</sup>.

Con una protagonista que parece desmoronarse sin su hijo y ahora menos que nunca quiere ocuparse de Nagore, es esta última la figura que cuida a quien se supone que debía cuidarla. La niña se hace cargo de su madre adoptiva con paciencia y ternura, aunque recibe insultos y malos tratos<sup>166</sup>. Con el paso de los años se genera una serie de rencores dado que Nagore ha tenido que padecer la ambivalencia materna de la protagonista. Y una vez llegada la edad adulta, Nagore no dudará en reclamarle esa falta de empatía y su abandono emocional<sup>167</sup>. Como veremos, Nagore se sentirá capaz de enfrentar a la protagonista al grado de decir: «Tú no me quieres aquí y yo no quiero estar aquí, dile a Fran que me deje ir»<sup>168</sup>.

La confrontación desemboca en la agresión física, Nagore y la protagonista son dos mujeres que de alguna manera pelean por su propia supervivencia descargando toda la ira contenida en dicho pleito:

Yo no te quiero, yo no quiero estar aquí, odio este lugar. Ya somos dos, repliqué. [...] Nagore me fulminó con la vista y se preparó para atacar: Tú mataste a Daniel y ni siquiera nos permitiste despedirnos de él; tú eres peor; tú nos dejaste sin él, sin que pudiéramos despedirnos, nos lo arrebataste; tú eres peor. [...] Le respondí con una bofetada para dar por terminada la conversación, pero Nagore ya no era la niña que

---

<sup>165</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 34.

<sup>166</sup> Brenda MORALES, *op. cit.*, p. 241.

<sup>167</sup> Cándida VIVERO, «Violencia inter e intragenérica en *Casas vacías*, de Brenda Navarro», en CUECUECHA, M., SÁENZ, A. (coords.), *Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades*, México, Silla vacía, 2021, p. 101-102.

<sup>168</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 123.



quería cepillarme el cabello, ni tenía los cabellos dorados, ni la picardía infantil en los ojos: era una jovencita de cuerpo mediano que me devolvió la bofetada<sup>169</sup>.

El conflicto termina con Nagore tratando de contener a la protagonista quien explota en llanto, tratando de cuidarla como alguna vez lo hizo de pequeña con ella y con Daniel:

¡Pégame, pégame!, le repetía, hasta que se alejó y pudo ver que yo estaba empapada en llanto y no podía parar y se quitó el cabello de la cara y también me quitó el mío y me limpió las lágrimas y yo seguía llorando [...] pero Nagore me abrazó y puso mi cara entre su pecho y yo la abracé muy fuerte y seguí llorando y ella empezó a acariciarme el cabello y a darme besos en la cabeza [...] Pero Nagore sólo me abrazaba y me hacía: Shhh shhh, como cuando ella dormía a Daniel y lo mecía y lo calmaba y lo dejaba dormido, y yo seguí abrazándola y quise dormir porque yo no quería saber que ella había crecido y se estaba yendo. Nagore se quedó a contenerme y me recostó como pudo y me acomodó en la almohada y cerró mis ojos y siguió acariciándome la cara con el shhh shhh que tantas veces calmó y durmió a Daniel<sup>170</sup>.

Nagore es un personaje que evoluciona y encuentra la resiliencia suficiente en el dolor. Tras el estallido, vuelve una tensa calma hasta su partida, la cual consigue al fin. Nagore se desprende de esa relación tóxica a la que la habían sometido Fran y la protagonista. Como lo menciona la misma Brenda Navarro, Nagore se erige como una hija que se revela hacia su entorno, que decide poner un alto al abuso y va en busca de respuestas de su familia. Ella representa un cuestionamiento profundo de la mujer<sup>171</sup>.

Con esa autodeterminación, Nagore toma la decisión de dejar el hogar y regresar a España con su familia, en particular su familia paterna:

Nagore nos dijo que quería irse a España a ver a su padre y a sus abuelos: A mis abuelos, quiero decir. Especialmente a mis abuelos. ¿A mis padres?, preguntó Fran. Sí, a mis abuelos, pero también a mis otros abuelos. Pero ésta es tu familia. Le dijo él. Sí, pero tengo más familia. Quiero hablar con mi papá<sup>172</sup>.

---

<sup>169</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 123-124.

<sup>170</sup> *Ibid.*, p. 124-125.

<sup>171</sup> Brenda NAVARRO, «Brenda Navarro entrevistada por Fernanda Aragonés», En Luis DE AGUINAGA, Teresa GONZÁLEZ, (coord.), *Este cuerpo podría ser el mío. Escritoras mexicanas del siglo XXI ante la interpelación de la violencia*, México, Universidad de Guadalajara, 2021, p. 105.

<sup>172</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 118.

Nagore se siente capaz de confrontarse a su padre, pese al feminicidio que perpetró a su madre Amara:

¿No te da miedo enfrentar a tu padre?, le pregunté a Nagore días antes de que se fuera. ¿Miedo por qué, de qué, de que me mate?, contestó. Respondí alzando los hombros. Él es quien debe tenerme miedo, dijo. Nunca había conocido a una mujer tan valiente. Me dio por quererla<sup>173</sup>.

El reconocimiento de la fortaleza de Nagore, así como del amor por parte de la protagonista muestra hasta qué punto la evolución de Nagore no solo repercute en sí misma sino en los otros. A través de la protagonista conocemos el proceso de una figura femenina que desde niña ya se trazaba una vida diferente a pesar de las vicisitudes:

Nagore tiene una voz dulce que no le cambió con los años. Como si se aferrara a la bondad a pesar de tener un padre asesino y una madre muerta. Nagore se aferra a que le brillen los ojos a pesar de haber nacido sin ángel. Se aferró a ello aunque estaba destinada a ser una sombra: la sombra de su madre, de su padre, de Fran, de Daniel. Ni siquiera yo podía verla porque se me difuminaba. Se parece a todas las mujeres, aunque ella se empeñe en todo lo contrario<sup>174</sup>.

Sin duda alguna, Nagore es un personaje excepcional pues llega a ser una mujer que rechaza el abuso, la violencia y no duda en enfrentarse cara a cara con los otros. Una representación sin igual de la mujer-hija es en lo que se vuelve Nagore, pues «a pesar de todo, ella seguía viva. Construía un suelo en el que sus pasos eran firmes [...] se reía y hacía bromas y respiraba plena. [...] muy viva, muy presente, segura de que ella pisaba la tierra»<sup>175</sup>.

Ahora bien, una segunda figura clave de la mujer-hija es la que concierne a la coprotagonista por medio de la relación con su madre. Esta, al igual que Nagore, se encuentra en un espacio de abuso y violencia. De ahí que sus acciones también estén orientadas a escapar del abuso, a rechazar la violencia y vivir de otra manera que no sea en la disfunción familiar. Pese a ese esfuerzo, constatamos que la coprotagonista no es capaz de salir de ello, ya que por el contrario, cae en esa espiral de abusos y reproduce el modelo familiar.

---

<sup>173</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 133.

<sup>174</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>175</sup> *Ibid.*, p. 27.

El inicio del relato de la coprotagonista nos hace saber no sólo su relación con Rafael, sino también con su familia: «Yo lo que quería de Rafael era una familia. [...] Pero que si yo sentía que podía vivir sin él, pues yo sí diría que claro que podía vivir sin él, como pude vivir sin mi padre, sin mi hermano, sin mi madre»<sup>176</sup>. Aunque con pocos detalles, la coprotagonista expresa el haber vivido sin las personas que conformarían su familia nuclear, con quienes entablaría una relación de afecto y amor. De ahí que en su deseo de ser madre podamos identificar como epicentro precisamente el criar a un infante distinto a su entorno familiar: «¿qué tiene de malo querer ser madre, qué tiene de malo querer dar amor? Yo quería educar una niña que fuera distinta a mí, a mi madre, a la madre de Rafael, a mis primas»<sup>177</sup>.

Lo anterior se explica en la manera en que esta se ha relacionado con su familia. Una hija que desconfía de sus familiares por las palabras que estos transmiten, en particular su madre:

Nunca confíes ni en tu propia madre. Era la frase que mi mamá nos repetía a mi hermano y a mí cada que podía. Pero si no se puede confiar en la madre, ¿en quién se puede confiar? Y ella decía que en nadie, en nadie se puede confiar, ni aunque te estés muriendo, no creas que alguien vendrá a ayudarte<sup>178</sup>.

La frase parece englobar mucha de la interacción entre ambas. Un entorno en el que la desconfianza es el centro de lo familiar. Aunque la coprotagonista parece adoptar tal posición de igual forma que su madre, no duda en cuestionar esa manera de ser con los otros:

Pero a mí me parecía muy feo pensar que en el mundo no se pudiera confiar; sin embargo, nunca le confíé a nadie nada. ¿Secretos? Tampoco es que tuviera tantos, pero no era de las que andaba contando cómo se sentía, cómo le iba la vida, ¿para qué? Luego se corre el riesgo de que lo que piensas o lo que te duele se use en tu contra<sup>179</sup>.

Como lo menciona, el simple hecho de abrirse hacia los demás, de poder expresar sus sentimientos y emociones trae consigo un riesgo basado en esa desconfianza con la que posteriormente puede ser vulnerada. Pese a vivir en ese ambiente familiar de desconfianza y

---

<sup>176</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 99.

<sup>177</sup> *Ibid.*

<sup>178</sup> *Ibid.*, p. 141.

<sup>179</sup> *Ibid.*

secretos, la coprotagonista se pregunta por la figura ausente de su padre. Siendo una niña conoce la realidad por medio de la confesión de su hermano: «De chiquita, cuando yo preguntaba quién era mi papá, nadie me decía nada, luego, ya más grandecita, como de diez años, empecé a escuchar el rumor de que era mi tío. Y mi hermano una vez me lo confirmó: es mi tío»<sup>180</sup>.

Ante tal hecho doloroso que procesa aun siendo pequeña, la coprotagonista llega a una conclusión contundente: «Debí de ser huérfana, pensé, porque nadie debería de tener padres tan culeros. Pero no me volví loca, loca, porque a veces la verdad se te queda incrustada nomás, y ahí la tienes aunque no sirva para nada»<sup>181</sup>. Aunque en el momento no es capaz de canalizar ese dolor, veremos que tiempo después, ya como una adulta, enfrentará a su madre y a su abuela.

Este hecho de abuso, la hará consciente del rechazo que su madre mantuvo hacia ella durante su infancia:

Nunca estaba cuando se le necesitaba, nunca respondía o actuaba como una esperaba que fuera a actuar. Como cuando me pegó y yo tenía ocho años y acusé a mi hermano de que había roto una taza cuando estábamos lavando los trastes. Mi mamá estaba en la sala pintándose las uñas. Cuando le dije lo que había hecho mi hermano, y me preguntó que qué quería hacer al respecto, me la reviró. [...] Entonces mi mamá se levantó y me dio un chanclozo en el brazo. Empecé a llorar. —¡No ande de pinche chismosa, no ande acusando a la gente, muchacha cabrona...!<sup>182</sup>.

Los constantes conflictos entre la madre y la hija son evidentes incluso en la adultez. Con la llegada de Leonel, la madre de la coprotagonista se entera del rapto. Esta no lo verá con buenos ojos, por lo que tiempo después tomará la decisión de robárselo y darle fin a la prueba del delito. En ese remolino de emociones por parte de la coprotagonista, se convence aún más del odio de su madre. Lo anterior logra confirmarlo de una vez por todas con el recuerdo de su madre que en una ocasión pretendió causarle la muerte:

Eso de llevarse a mi hijo me confirmó que mi mamá no me quería, ya tenía yo sospechas, pero eso me lo había demostrado. [...] Y mientras lloraba me acordaba de cuando mi mamá me quiso ahogar. Ella dice que no pero yo sé que sí, si no estoy

---

<sup>180</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 148.

<sup>181</sup> *Ibid.*

<sup>182</sup> *Ibid.*, p. 149-150.

pendeja. Me acuerdo clarito que puso el agua caliente en la tina y me dijo que me metiera, luego hizo como que jugábamos y en una de esas me resbalé y me caí dentro del agua y ella puso su mano en mi cabeza para que yo no pudiera salir. Yo pataleé y movía mis manos con desesperación, pero ella no dejaba que yo sacara mi cabeza, hasta que por fin la quitó. Yo abrí la boca y tomé aire y me dolió la nariz y ya cuando sentí que estaba a salvo, grité y empecé a llorar, pero ella en vez de decir algo, se puso a reír. ¿Ya vas a llorar? Ni aguantas nada, me dijo. Yo no supe cómo reclamarle, dejé que me enjabonara pero ya con las manos bien puestas en la tina previniéndome por si lo volvía a hacer<sup>183</sup>.

Pese a la ola de recuerdos cada vez más conscientes y la rabia que se agudiza, la coprotagonista se da a la tarea de buscar a su madre por mar y tierra con la esperanza de encontrar a Leonel. En esa búsqueda llega a la casa de su abuela, un espacio inquietante al que lograr llegar con la mayor fuerza de voluntad:

Incluso, a mí que nunca me había gustado ir a la casa de mi abuela, porque ahí vivía mi tío, fui sin reparo, como si nunca me hubieran dado ganas de vomitar cada que sabía que el hermano de mi mamá se podía aparecer, nada, yo me sentía fuerte, capaz de todo con tal de encontrar a mi hijo. Le toqué la puerta y salió la señora, ya vieja, casi sin poder andar y me dijo que no estaba<sup>184</sup>.

Frente a la negativa de su abuela, la coprotagonista se dispone confrontarla no por el robo de Leonel, sino por todo el daño del que, al igual que a su madre, las hace responsables:

La miré con odio. Siempre la odié. No debió de haberse embarazado de mi madre, ni de su hijo. No debió de haber dejado que mi mamá tuviera a su bebés, especialmente a mí. Le iba a insistir que me dejara pasar, pero a lo mejor en el fondo no quería encontrar a mi mamá. Y ya me empecé a alejar<sup>185</sup>.

La respuesta de la abuela no se hace esperar: «Las hijas siempre pagan mal, siempre se lo dije a tu mamá. [...] Una sacrifica su vida por los hijos y siempre pagan mal...»<sup>186</sup>. Tales palabras dan a entender el concepto que se tiene de la figura femenina mujer-hija. La coprotagonista es encasillada bajo esa definición de la hija, que pese a todos los sacrificios de una madre, se rebela y se muestra como una ingrata.

---

<sup>183</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 152-153.

<sup>184</sup> *Ibid.*, p. 150.

<sup>185</sup> *Ibid.*, p. 151.

<sup>186</sup> *Ibid.*

Sin duda alguna, el actuar de la coprotagonista se justifica en el sufrimiento infligido por su madre. De ahí que la rabia sea tal que desea causarle el mal: «Pero también quería que se jodiera mi mamá, pinche criminal de mierda, ¡criminal de mierda!»<sup>187</sup>. Un mal que a su vez yace en la verdad sobre su concepción, ser el resultado de una violación: «Ella y su estúpido hermano que me concibieron, maldita vieja imbécil que se dejó violar, pendejo, hijo de la chingada, el hijo de su puta madre que la violó, maldito sea, ¡maldito sea el cabrón desgraciado que hizo que yo estuviera en este mundo!»<sup>188</sup>.

El desenlace de esta relación llega con el tan esperado encuentro con su madre:

Volví a ir a casa de mi mamá. Quería a mi hijo y ella se lo había llevado. Iba a haber consecuencias, pensé. Cuando llegué a su casa y la vi lavando el patio, tragué en seco, lo primero que pensé fue que estaba lavando evidencia, aunque no sabía bien como de qué. [...] Ella me vio y se puso pálida. [...] Y se quedó esperando que le dijera algo. ¿Dónde está Leonel?<sup>189</sup>.

Ante la pregunta, la madre niega descaradamente el rapto de Leonel. Por lo que lo anterior no hace más que enfurecer a la coprotagonista: «—¿Dónde está Leonel? —le pregunté casi que con voz amenazante. —¿Quién? —Leonel, no te hagas. —¿Quién es Leonel? ¿De qué hablas? [...] Me ignoró»<sup>190</sup>. Consecuentemente, la relación llega al punto de quiebre en el momento en el que los ataques se hacen presentes:

Entonces me fui contra ella: las dos nos resbalamos y nos caímos. Yo me desmoroné justo en su pecho. Quería mordérselo, pero me aventó y caí de nalgas. Se levantó como pudo. Me corrió de su casa. —¡A la chingada, órale, muchacha cabrona, pendeja, a la chingada de aquí! Me tronó los dedos, pero yo me quedé en el suelo. —¡A la chingada, muchacha pendeja, aquí se le acabó la madre, ándele, a chingar a su pinche madre!<sup>191</sup>.

En el calor de los golpes la coprotagonista se convence de que su madre encontró la manera de vengarse no solo de ella, sino también de las tormentosas experiencias que había vivido: «Me hizo como quiso, yo creo que ahí se desquitó de todo, de mi tío que la violó, de

---

<sup>187</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 158.

<sup>188</sup> *Ibid.*

<sup>189</sup> *Ibid.*, p. 155-156.

<sup>190</sup> *Ibid.*, p. 156.

<sup>191</sup> *Ibid.*

que estuviera sola y fea, de que mi hermano se hubiera muerto sin avisar, de todo, porque yo nada más sentía cómo me zarandeaba y me arrastraba»<sup>192</sup>.

Entre una vida de tensión y conflicto, este último hecho viene a corroborar en ambas que su relación está terminada: «A partir de esa última vez que vi a mi mamá»<sup>193</sup>. Como mujer-hija, la coprotagonista no logra entonces salir de ese círculo de violencia. Pese a sus esfuerzos de formar una familiar diferente, no logra su propósito de criar a una hija que no viviera en el abuso y a la cual pudiera proveerle del amor y el afecto que ella nunca tuvo.

De esa hija que quizás en un principio pretendía actuar diferente no queda más que la certeza de que, tras no poder alcanzar el bienestar consigo misma y con Leonel, la única que tiene que «dar explicaciones era mi mamá. Y deseaba que las diera. Pero la realidad es que tampoco deseaba tanto, nada»<sup>194</sup>. Más allá de eso, es posible vislumbrar que en todo caso el único cometido del que podrá disponer la coprotagonista será el dar por concluido a toda una serie de vicisitudes que la han marcado y de las que «si acaso, quería que se acabara la pesadilla»<sup>195</sup>.

---

<sup>192</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 156.

<sup>193</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>194</sup> *Ibid.*

<sup>195</sup> *Ibid.*

## Capítulo II: Modalidades de la violencia en *Casas vacías*

### 1. Un contexto sociohistórico violento

Dos momentos son los que han marcado la historia moderna de México en materia de violencia y desapariciones. Por un lado, el inicio de los años 60 bajo el nombre de la «Guerra sucia» y por el otro, el año 2006 con la «Guerra contra el narcotráfico». La primera se caracteriza por un recurso sistemático de desapariciones forzadas en el marco de una estrategia anti-insurreccionista que primero se desplegó en las regiones rurales del estado de Guerrero y después se extendió a otros territorios. La segunda marca el inicio del aumento exponencial de los casos de desaparición y homicidio tras la puesta en marcha de la estrategia de seguridad pública del gobierno de Felipe Calderón (2006-2012)<sup>196</sup>. El capítulo en cuestión pretende brindar un panorama de lo que aconteció durante esos años y cómo este se relaciona con un presente marcado por la violencia y la desaparición en el territorio mexicano, mismo contexto que desde la ficción *Casas vacías* pretende retratar.

#### a) Guerra sucia y Guerra contra el narcotráfico

Los años 60 dan cuenta del nacimiento de un México cada vez más dividido entre dos mundos, entre dos sistemas económicos y culturales<sup>197</sup>. Bajo la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) en la frontera norte se favorece la implantación de las primeras fábricas de montaje o maquiladoras. Estas empresas se benefician de una mano de obra barata, de ventajas fiscales y permiten reducir en un primer momento la inmigración a los Estados Unidos<sup>198</sup>, en particular aquellos flujos de migración irregulares o de «mojados»<sup>199</sup>.

Al mismo tiempo, tratando de devolverle la legitimidad histórica al partido en poder, el Estado multiplica las distribuciones de tierra (24 millones de hectáreas en seis años) a los

---

<sup>196</sup> Véronica VALLEJO, «Des anciennes aux nouvelles disparitions au Mexique : l'avènement d'une unité générationnelle politique», en Sabina MELENOTTE, *Mexique. Une terre de disparu.e.s*, París, Fondation Maison des sciences de l'homme (FMSH), 2021, p. 33.

<sup>197</sup> Alain MUSSET, *Le Mexique*, París, Presses Universitaires de France, 2017, p. 28.

<sup>198</sup> Néstor PONCE, *Le Mexique. Conflits, Rêves et Miroirs*, Nantes, Editions du Temps, 2009, p. 54.

<sup>199</sup> Según el Diccionario del Español de México (DEM): Persona que se introduce ilegalmente buscando trabajo a los Estados Unidos de América cruzando el río Bravo.



agricultores, sin embargo, la realidad es que en la mayoría de los casos se trataba de extensiones poco productivas (65 % del total) situadas en regiones semiáridas<sup>200</sup>. Lo anterior fue el inicio de una presidencia que en lugar de beneficiar a la población, reavivó toda una ola de movimientos sociales contra el Estado.

Como lo expresa Mendoza «tales movimientos con sus programas y acciones, intentan modificar el orden de cosas establecido, es decir, demandan el cambio social»<sup>201</sup>. Y esto través de diversos sectores: magisteriales, ferrocarrileros, médicos, copreros<sup>202</sup>, campesinos demandantes de tierras, profesores y estudiantes universitarios. En un principio, varios de sus integrantes participaron en movimientos sociales, civiles, incluso pacíficos y legales. No obstante, se enfrentaron a formas duras y autoritarias del poder: el encarcelamiento, la desaparición y la muerte. En consecuencia, los hechos dan cuenta no sólo de la efervescencia social sino también del deseo de llevar la protesta a las calles.

Aunque las zonas rurales como Guerrero fueron el punto de partida de tales movilizaciones, las grandes ciudades como Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey experimentaron a su vez una ola de protestas. Ante ello, el gobierno mexicano se dio a la tarea de actuar no bajo un marco de legalidad sino de violencia. Mendoza recuerda que «a esta manera terrorífica de enfrentar [a los insurgentes] se le conoce como Guerra sucia»<sup>203</sup>.

En ese sentido la Masacre de Atoyac de Álvarez, Guerrero en 1967 se considera como una de las primeras escenas de violencia y represión, puesto que lo que comenzó como una manifestación contra la gestión autoritaria de la directora de una escuela primaria del municipio terminó en una represión por la policía judicial, cuyo resultado fueron muertos y heridos entre los que se cuentan maestros y padres de familia. De esta forma el control social que no funcionó dio paso a formas intolerantes de ejercicio de poder, violentando a quienes desafiaban el orden imperante. Fue así que para muchos de los reprimidos, y otros que vieron de cerca la represión, tomar las armas significó en muchos de los casos la última opción que el poder les dejaba<sup>204</sup>. Lucio Cabañas, una de las figuras simbólicas del movimiento en

---

<sup>200</sup> Alain MUSSET, *op. cit.*, p. 28.

<sup>201</sup> Jorge MENDOZA, «La tortura en el marco de la guerra sucia en México: un ejercicio de memoria colectiva», *Polis*, 7(2), 2011, p. 146. [https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1870-23332011000200006](https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-23332011000200006)

<sup>202</sup> DEM: Persona que se dedica a la obtención y al procesamiento de la copra del coco.

<sup>203</sup> Jorge MENDOZA, *op. cit.*, p. 149.

<sup>204</sup> *Ibid.*, p. 145.

Guerrero en ese entonces, no tuvo más remedio que refugiarse en la sierra y crear un grupo de autodefensa.

Dichos acontecimientos fueron el punto de partida para la creación de una guerrilla rural en el estado de Guerrero, como lo exponen Illades y Santiago esta «detona con un conjunto de demandas sociales insatisfechas y derechos elementales conculcados, la protesta y la represión»<sup>205</sup>. Es así que los grupos toman la decisión de resistir ante la represión a través de la creación de autodefensas y núcleos armados que posteriormente llevarían a cabo una insurrección popular. Y en ofensiva, la Secretaría de la Defensa Nacional no se hace esperar con el aumento de la presencia militar en el estado con alrededor de 50 000 soldados. Siempre con una discreción en los ataques que en el afán reprimir a la guerrilla arrasaron a poblaciones rurales enteras<sup>206</sup>.

En otro punto geográfico, el centro urbano de la Ciudad de México veía también el nacimiento de un movimiento estudiantil encabezado por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Instituto Politécnico Nacional (IPN). Los estudiantes de ambas instituciones expresaban su rechazo al orden imperante, el *status quo* establecido por la presidencia del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Escritoras de la época como Elena Poniatowska comenta que «si en Francia la falta de oportunidades fue el objetivo estudiantil, en México, los factores que detonaron las movilizaciones del 68 fueron la corrupción del poder y el autoritarismo»<sup>207</sup>. Mismo autoritarismo que Brenda Navarro pone de relieve a través de los órganos de gobierno y los servidores públicos en la novela.

El 2 de octubre de 1968 el ejército toma la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, espacio en el que los estudiantes llevaban a cabo su movilización. Hombres vestidos de civil e identificados a partir de un guante o un pañuelo abrieron fuego contra los asistentes. El acontecimiento se convierte en un parteaguas en la vida de los mexicanos o «un point de rupture entre le gouvernement et le peuple. Des centaines des morts et de blessés ouvrent une crise politique sans précédent au sein du PRI et de la société même»<sup>208</sup>.

---

<sup>205</sup> Carlo ILLADES, Teresa SANTIAGO, *Estado de guerra: de la guerra sucia a la narcoguerra*, México, Ediciones Era, 2014, p. 38.

<sup>206</sup> *Ibid.*

<sup>207</sup> Elena PONIATOWSKA, «Matanza en Tlatelolco», *El País*, 2008. [https://elpais.com/diario/2008/04/19/babelia/1208561965\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2008/04/19/babelia/1208561965_850215.html)

<sup>208</sup> Néstor PONCE, *Le Mexique. Conflits, Rêves et Miroirs, op. cit.*, p. 55.

Los años que siguieron no fueron así menos violentos para los movimientos que se produjeron en el país. En 1971, tres años después de la masacre de Tlatelolco, la Universidad de Nuevo León se vio envuelta en una serie de ataques contra su autonomía universitaria. El congreso local pretendió reducir las libertades desde los estatutos institucionales en vigor. Un hecho que no hizo más que incitar a la respuesta social. Los grupos de estudiantes recurrieron a la manifestación, no obstante se vieron fuertemente reprimidos por la policía enviada por el gobernador Eduardo Elizondo (1967-1971). Ante ello, la presidencia de Luis Echeverría (1970-1976) decide anular las medidas establecidas en el congreso local y ordena la renuncia de Elizondo<sup>209</sup>.

La tensión se extendió a la capital del país y en apoyo a los estudiantes de Nuevo León, se realizó una marcha en junio de 1971. Teniendo en cuenta las antiguas represiones, esta nueva protesta reavivaría el movimiento estudiantil mermado desde 1968. Sin embargo, esta huelga tendría de nueva cuenta un resultado atroz como lo explica Doyle en su artículo *The Corpus Christi Massacre*:

It would quickly become a bloodbath. At five in the afternoon, as some 10 000 demonstrators wound their way down the Avenida San Cosme, dozens of young men swarmed out of buses and pick-up trucks and descended upon the crowd. Dressed in civilian clothing, they were armed with wooden poles, chains and truncheons. They attacked the students as scores of police stood idly by and watched. When the fighting stopped hours later, some 25 students lay dead and dozens wounded<sup>210</sup>.

A esta sangrienta escena de la historia mexicana se le conoce como la Matanza del Jueves de Corpus (por la celebración católica) o El Halconazo. Este último, precisamente por la multitud que entró en acción: «Los Halcones». Un grupo paramilitar entrenado y armado por el gobierno con el fin de reprimir los distintos movimientos en la Ciudad de México. El uso de estas agrupaciones consistía no sólo en operar como infiltrados durante en las marchas sino también en mejorar la imagen seriamente dañada por lo sucedido en Tlatelolco<sup>211</sup>. A pesar de que existen numerosos testigos que corroboran las brutales acciones de tal día, ni el

---

<sup>209</sup> Roberto PARTIDA, «El discurso de la Guerra Sucia en su relación con el neoliberalismo en México», *Campos en Ciencias Sociales*, 10(2), 2022, p. 15.

<sup>210</sup> Kate DOYLE, «The Corpus Christi Massacre. Mexico's attack on its Student Movement, June 10, 1971», The National Security Archive, 2003. <https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB91/#article>

<sup>211</sup> Roberto PARTIDA, *op. cit.*, p. 16.

gobierno mexicano ni el expresidente Echeverría han reconocido su participación en el ataque de Corpus Cristi.

La negación de los hechos demuestra que la violencia no solo se traduce en agresiones físicas sino también en verbales. El trato cruel se legitimó de manera «retórica y discursivamente, [pues] mediante el discurso creaban seres incómodos que permitieran justificar la actuación represiva de la policía y el Ejército»<sup>212</sup>. Así el lenguaje permite establecer una realidad en la que el poder le pertenece a las esferas del Estado, quienes desde el discurso hegemónico combatían a comunistas, terroristas, asesinos, contra «el mal» que ponía en peligro el bien de México. Tal práctica se inscribe como otro más de los elementos que caracterizan a la Guerra sucia: un manejo de la situación que reprime y desacredita a los actores sociales, y con el paso del tiempo hace posible la impunidad en los delitos. Recurso al que contribuyó la prensa, televisiva y escrita, al reconocer tales movimientos sociales como ilegítimos<sup>213</sup>. Hecho que desembocó progresivamente en el silencio por parte del gobierno mexicano y en el olvido de algunos sectores de la sociedad.

Pese a la indolencia, otras voces se alzaron en defensa de los derechos humanos, la paz y la democracia. Quizás una de las figuras más emblemáticas fue Rosario Ibarra de Piedra, activista y fundadora de una de las primeras organizaciones de madres, padres y familiares de desaparecidos. El Comité Pro Defensa de Presos, Perseguidos, Desaparecidos y Exiliados Político, también conocido como Comité ¡Eureka!, se crea en 1977 en respuesta a la persecución y detención ilegal de militantes de movimientos políticos armados y sociales durante los sexenios de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría Álvarez<sup>214</sup>. Figuras como la Rosario Ibarra están presentes en *Casas vacías* desde la colectividad, grupos de madres que recorren el país en búsqueda de justicia para sus hijos.

La motivación de Ibarra por crear el comité tiene su origen en un momento que marcaría su vida: la desaparición forzada de su hijo Jesús Piedra Ibarra, un joven activista

---

<sup>212</sup> Jorge MENDOZA, *op. cit.*, p. 161.

<sup>213</sup> *Ibid.*, p. 174.

<sup>214</sup> CÁMARA DE DIPUTADOS, «Rosario Ibarra de Piedra, más de cuatro décadas de activismo incansable en favor de las víctimas de desaparición forzada», 2019. <http://www5.diputados.gob.mx/index.php/esl/Comunicacion/Agencia-de-Noticias/2019/Febrero/10/1390-Rosario-Ibarra-de-Piedra-mas-de-cuatro-decadas-de-activismo-incansable-en-favor-de-las-victimas-de-desaparicion-forzada>

acusado de formar parte del grupo «Liga Comunista 23 de Septiembre»<sup>215</sup>, quien en 1974 fue detenido de manera ilegal en Monterrey por la policía del estado para después ser entregado a las fuerzas castrenses<sup>216</sup>. La lucha de Ibarra se convirtió así en aquella de miles de familias que buscaban a los suyos, y en 1978 bajo la consigna «¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!» realizaron una huelga de hambre frente a la catedral de la Ciudad de México.

Tres días después de la protesta, las mujeres del movimiento conocidas como «las doñas» lograron su cometido, toda vez que el gobierno decidió promulgar la Ley de Amnistía que condujo a la liberación de 1500 presos políticos de la Guerra sucia, el regreso al país de 57 exiliados<sup>217</sup> y la suspensión de más de 2000 órdenes de aprehensión. Dentro de esa ola de represión, la lucha de las doñas también resultó fundamental para que distintos miembros de la guerrilla fueran juzgados propiamente, con base en las leyes y los derechos humanos<sup>218</sup>. Pese a la implementación de leyes como esta, los movimientos sociales en México no desaparecieron, así lo explican Illades y Santiago:

Los golpes a la guerrilla rural, con la muerte de Lucio Cabañas, y a la guerrilla urbana, con la desaparición de Ignacio Salas Obregón, cabeza de la Liga Comunista 23 de Septiembre, ambas en 1974, marcaron el declive de los movimientos armados en México, si bien no su erradicación<sup>219</sup>.

Cincuenta años han transcurrido entre la existencia de estas organizaciones históricas y el presente, no obstante, los comités de familias aún parecen multiplicarse. Esta vez en reacción a la violencia extrema provocada por la Guerra contra el narcotráfico. Un fenómeno que Vallejo define como el continuum de la violencia de Estado y la impunidad<sup>220</sup>, el recuerdo de la Guerra sucia que parece extenderse a la actualidad. El presente se convierte así en el escenario de *Casas vacías*, una imagen del Estado de impunidad para con sus ciudadanos.

---

<sup>215</sup> Fundada en Guadalajara en 1973, la Liga fue una organización guerrillera mexicana de corte marxista-leninista cuya principal finalidad era luchar por los ideales comunistas.

<sup>216</sup> COMISIÓN NACIONAL DE LOS DERECHOS HUMANOS, «Rosario Ibarra de Piedra Pionera en la defensa de los derechos humanos, la paz y la democracia en México. Fundadora del Comité ¡Eureka!», 2019. <https://www.cndh.org.mx/noticia/rosario-ibarra-de-piedra-pionera-en-la-defensa-de-los-derechos-humanos-la-paz-y-la>

<sup>217</sup> Verónica VALLEJO, «Des anciennes aux nouvelles disparitions au Mexique : l'avènement d'une unité générationnelle politique», *op. cit.*, p. 38.

<sup>218</sup> CÁMARA DE DIPUTADOS, *op. cit.*

<sup>219</sup> Carlos ILLADES, Teresa SANTIAGO, *Estado de guerra: de la guerra sucia a la narcoguerra*, *op. cit.*, p. 42.

<sup>220</sup> Verónica VALLEJO, *op. cit.*, p. 35.

Después de poco más de setenta años del PRI en el poder, las elecciones presidenciales del año 2000, como explica Woldenberg, fueron la prueba de que «el cambio de gobierno puede realizarse de manera pacífica, mediante una competencia regulada, sin recurso a la fuerza por parte del perdedor, sin riesgo de involuciones»<sup>221</sup>. Vicente Fox Quesada (2000-2006) candidato por el PAN había sido elegido como el nuevo presidente de México, un hecho que ponía fin a la larga hegemonía del PRI durante el siglo XX.

Incluso con la esperanza de la población por lo que quizá sería una nueva etapa en la historia democrática de México, los años que acontecieron resultaron no ser más que la herencia en tres asuntos de seguridad: el conflicto de Chiapas con el levantamiento del EZLN<sup>222</sup>, el narcotráfico y la creciente inseguridad pública<sup>223</sup>. Estos dos últimos serán sin duda aquellos que según Illades establecerán «parte del clima de impunidad dominante, este estado de guerra [que] también ha provocado el recrudecimiento de la violencia social»<sup>224</sup>.

El control que se mantenía a finales de los años 90, no fue el mismo con la llegada de Fox al poder<sup>225</sup>. En primer lugar, la fuga de prisión de Joaquín Guzmán alias «El Chapo» derivó en toda una nueva organización del Cártel de Sinaloa, posicionándose rápidamente como un poderoso grupo trasnacional. En segundo lugar, el surgimiento de otras organizaciones criminales tales como Los Zetas y La Familia Michoacana agravaron los delitos relacionados con el narcotráfico pero también con el secuestro y la extorsión<sup>226</sup>. Lo anterior fue solo el iceberg del aumento de la violencia, ya que la realidad era que las instituciones encargadas de la seguridad eran apenas efectivas y en consecuencia débiles para luchar contra los nuevos objetivos de los grupos criminales: el control de las plazas de venta y las rutas del tráfico de droga.

---

<sup>221</sup> José WOLDENBERG, *Historia mínima de la transición democrática en México*, México, El Colegio de México, 2012, p. 142.

<sup>222</sup> Ejército Zapatista de Liberación Nacional, grupo armado que se levanta en armas en 1994 en el estado de Chiapas con el objetivo de demandar justicia y reivindicación de los pueblos indígenas de México.

<sup>223</sup> Raúl BENÍTEZ, «La seguridad nacional en la indefinida transición: mitos y realidades del sexenio de Vicente Fox», *Foro Internacional*, XLVIII(1-2), 2008, p. 188.

<sup>224</sup> Carlos ILLADES, Teresa SANTIAGO, *op. cit.*, p. 34.

<sup>225</sup> Luis ASTORGA, «Drogas = Violencia / no igual a Fortalecimiento de las Instituciones», *Foro Internacional: Drogas. Un balance a un siglo de su prohibición*, en Jonathan ROSEN, Roberto ZEPEDA, «La guerra contra el narcotráfico en México: una guerra perdida», *Revista Reflexiones*, 94(1), 2015, p. 158.

<sup>226</sup> Jonathan ROSEN, Roberto ZEPEDA, *op. cit.*

En ese sentido, hacia el final del sexenio de Fox la violencia relacionada con el narcotráfico llegó a ser el problema central de seguridad en México<sup>227</sup>. Felipe Calderón, candidato del PAN designado como presidente en las elecciones de 2006, no dudó en reaccionar a la problemática. Por consiguiente, lanzó una ofensiva que pretendía combatir la violencia y la inseguridad. La lucha contra los cárteles de la droga se convirtió en el principal objetivo de su administración a través de una estrategia de militarización del ejército bajo el apoyo de los Estados Unidos, en ese entonces gobernado por George Bush (2001-2009)<sup>228</sup>. Una iniciativa de cooperación que se fundó en un primer momento con el nombre «Plan México» y posteriormente con el de «Iniciativa Mérida».

Un proyecto de tal magnitud y enfocado a la militarización, tuvo como complejidad el hecho de que no se combatieran problemas internos en el gobierno como por ejemplo el fortalecimiento de la democracia, y la corrupción e impunidad existente en las instituciones de seguridad y el sistema judicial. En efecto, estos eran conflictos relacionados ya que la impunidad en el Estado no sólo provocaba mayor corrupción en las instituciones sino también su debilitamiento. Situación que a nivel de los gobiernos locales resultaba aún más compleja si consideramos que el crimen organizado y los cárteles operaban con mayor facilidad<sup>229</sup>.

En pocos años, México se convirtió en un campo de guerra que afectó no solo a los criminales que trabajaban con los cárteles del narcotráfico, sino a toda la sociedad<sup>230</sup>. Tan solo de 2006 a 2008 los homicidios aumentaron 34 % al pasar de 10 452 a 14 006. Una cifra que resultó aún más alarmante hacia el año 2011 con un total de 27 213 homicidios<sup>231</sup>. Datos como estos no hacen más que confirmar una crisis de seguridad que poco a poco el gobierno fue incapaz de gestionar por la vía de los órganos de justicia. Las protagonistas se enfrentan a esta realidad en la obra, ambas se ven desprovistas de apoyo por parte de los órganos de gobierno que no son capaces de proveerles justicia.

---

<sup>227</sup> Ted GALEN, *The Fire Next Door: Mexico's Drug Violence and the Danger to America*, Estados Unidos, Cato Institute, 2012, p. 307.

<sup>228</sup> Stephen LENDMAN, «Plan Mexico: Plan Colombia Heads for Mexico», *Global Research Center*, 2008. <http://www.globalresearch.ca/plan-mexico-plan-colombia-heads-for-mexico/9084>

<sup>229</sup> Jonathan ROSEN, Roberto ZEPEDA, «La guerra contra el narcotráfico en México: una guerra perdida», *op. cit.*, p. 158.

<sup>230</sup> *Ibid.*

<sup>231</sup> EL UNIVERSAL, «Homicidio a lo largo de los sexenios; con Calderón repuntó, una montaña rusa con Peña y con AMLO, una meseta», *El Universal*, 2022. <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/homicidio-lo-largo-de-los-sexenios-con-calderon-repunto-una-montana-rusa-con-pena-y-con-amlo-una-meseta/>

Una atmósfera de violencia que, al igual que en los años de la Guerra sucia, el Estado perpetuó a través de un discurso hegemónico que atribuía cierta culpabilidad a las víctimas. Nos preguntamos, ¿de qué manera? Mastrogiovanni lo explica desde dos retóricas principales: el azar y la criminalización<sup>232</sup>. Con ello las autoridades afirmaban que las víctimas inocentes se encontraban en el lugar y el momento equivocado. Haciendo de ellas un tipo de «daño colateral» de la lucha emprendida por las fuerzas del orden contra el narcotráfico y el crimen organizado<sup>233</sup>. Bajo el mismo discurso, las víctimas podían oscilar entre la inocencia y la culpabilidad. Llegando a ser común el relacionarlas con el crimen organizado o implicarlas en otras actividades ilícitas.

En seis años de mandato, Calderón defendió el orden como la principal meta política y moral de su gobierno, por encima de otros fines como la paz o la justicia. Su convicción como presidente no fue más que la de ser el legítimo defensor de las familias mexicanas, de sus valores tradicionales frente a los enemigos y los criminales que amenazaban con hacer que la droga llegara a la población. El desorden trágico de su estrategia se acompañó pues de un desprecio continuo a los derechos humanos, a los reclamos de la sociedad y el sufrimiento de las víctimas que fueron reducidas a daños colaterales<sup>234</sup>.

La transición hacia la presidencia de Enrique Peña Nieto (2012-2018) no pudo negar dicha realidad mexicana. Después de doce años el PRI regresaba al poder con la victoria de su candidato, no obstante, esta vez con el compromiso de cambiar la estrategia que se había estado implementado en el combate al narcotráfico. Un enfoque que no solo pretendía la captura de los líderes de los cárteles del narcotráfico, sino que atendía los problemas relegados por las administraciones anteriores: la corrupción y la debilidad de las instituciones públicas<sup>235</sup>.

Aunque la nueva estrategia fue idónea, en la realidad resultaba complejo reformar todo un órgano de seguridad y justicia que durante la mitad del siglo XX e inicios del siglo XXI no conoció otra forma de gestión que una política a la sombra del crimen organizado.

---

<sup>232</sup> Federico MASTROGIOVANNI, *Ni vivants ni morts. La disparition forcée au Mexique comme stratégie de terreur*, París, Métailié, 2017, p. 29.

<sup>233</sup> Chiara CALZOLAI, «Ethnographier la violence d'État : récits et expériences des victimes de la lutte contre le narcotrafic à Ciudad Juárez, Mexique», *Cultures & Conflits*, n°103/104, 2016, p. 42.

<sup>234</sup> Daniel KENT, «Carlos Illades y Teresa Santiago, Estado de guerra. De la guerra sucia a la narcoguerra», *Historia mexicana*, 65(1), 2015, p. 462-463.

<sup>235</sup> Jonathan ROSEN, Roberto ZEPEDA, «La guerra contra el narcotráfico en México: una guerra perdida», *op. cit.*, p. 164.



De esta forma, el nuevo sexenio del PRI en el poder se asemejó a una montaña rusa con subidas y bajadas en el registro de delitos<sup>236</sup>. Y en particular, la región del suroeste con dos estados que durante esos años fueron severamente marcados por la violencia: Michoacán y Guerrero.

Por un lado, Michoacán se vio envuelto en un gran número de asesinatos y desapariciones causados por el control de la Familia Michoacana sobre el cultivo de marihuana y amapola, así como los laboratorios clandestinos para fabricar y transportar drogas sintéticas<sup>237</sup>. Por otro lado, Guerrero con una historia de grupos guerrilleros desde los años 70 fue el escenario de uno de los crímenes que cimbraría al país en septiembre de 2014 con la desaparición de 43 estudiantes de la Escuela Normal de Ayotzinapa a manos de agentes estatales y miembros del crimen organizado<sup>238</sup>. Un hecho que, pese a no ser llevado a la ficción, la autora lo toma de inspiración con otros tantos casos para desarrollar la desaparición en la obra.

La desaparición de los jóvenes normalistas puso el foco en una problemática nacional que el Estado había estado relegando a través de los múltiples mandatos. En ese sentido, la voz ciudadana resurgió en los meses siguientes, un suceso en el que según Melenotte «la reprise des mobilisations sociales a alors fait entrer avec fulgurance la problématique des disparitions dans l'agenda national»<sup>239</sup>. El gobierno de Peña Nieto no podía ya ignorar las cifras de crímenes de violencia, que para el final de su sexenio llegó a la máxima de 157 158 homicidios<sup>240</sup>.

La administración actual del presidente Andrés Manuel López Obrador (2018-2024) no se queda atrás en tales datos. La última estadística publicada en julio de 2022 estableció 109 059 muertes, 36 661 entre 2018 y 2019, 36 773 para el 2020 y 35 625 para el 2021<sup>241</sup>. Pese a que gráficamente se mantiene una meseta en los registros con una disminución del 3.12 %, las cifras continúan siendo alarmantes en materia de seguridad, especialmente para la existencia de un estado de paz en la sociedad.

---

<sup>236</sup> EL UNIVERSAL, «Homicidio a lo largo de los sexenios; con Calderón repuntó, una montaña rusa con Peña y con AMLO, una meseta», *op. cit.*

<sup>237</sup> Jonathan ROSEN, Roberto ZEPEDA, *op. cit.*, p. 165.

<sup>238</sup> Daniel MATA, *op. cit.*

<sup>239</sup> Sabrina MELENOTTE, «Disparaître au Mexique. De la nécropolitique aux mobilisations sociales», *op. cit.*, p. 27.

<sup>240</sup> EL UNIVERSAL, *op. cit.*

<sup>241</sup> *Ibid.*

En atención a lo cual, observamos que lo que inició como una estrategia para combatir al narcotráfico se tornó en un desacierto y lamentablemente en un potencial detonador de la violencia, los homicidios y las desapariciones forzadas que en poco tiempo se extendieron por todo el país. De modo que, si bien México no es un Estado fallido<sup>242</sup>, constatamos que algunas de sus instituciones sí lo son en la medida en que éstas son incapaces de brindar seguridad a sus ciudadanos, protegerlos de la violencia y así garantizar sus derechos a través de órganos gubernamentales imparciales. No podemos negar que quizás un cambio de situación sea posible, sin embargo, no bajo una estrategia que propicie la militarización sino un Estado de derechos humanos y democracia.

### **b) Las desapariciones: un problema de Estado**

A la sombra de los años oscuros de la Guerra sucia y la Guerra contra el narcotráfico, México ha llegado a ser lo que Melenotte denomina una «Tierra de desaparecidos». Las antiguas desapariciones se suman a las nuevas, dado que la violencia que una vez fue perpetrada por el Estado ahora se ejerce de la mano de grupos criminales hasta el punto de convertirse en un hecho masivo<sup>243</sup>. Brenda Navarro elabora el relato de la obra precisamente por medio de esa tierra de desaparecidos en la que un hijo guía el andar de dos madres protagonistas.

Entonces, una distinción entre las antiguas desapariciones y las nuevas desapariciones a partir del perfil de las víctimas y de los autores es posible. Vallejo señala que las desapariciones cometidas durante la Guerra sucia se consideran desapariciones forzadas y con autores identificables: las víctimas son los opositores políticos (guerrilleros, estudiantes u obreros) y los autores son el Estado o las personas que actúan bajo su autorización o apoyo. En cambio, las nuevas desapariciones engloban un espectro más extenso de situaciones: la persona desaparecida no es necesariamente un opositor político, mientras que el autor del crimen no es precisamente el Estado. Podemos mencionar a los narcotraficantes y el crimen

---

<sup>242</sup> Raúl BENÍTEZ, «La crisis de seguridad en México», *Nueva Sociedad*, (220), 2009, p. 174.

<sup>243</sup> Sabina MELENOTTE, «Disparaître au Mexique. De la nécropolitique aux mobilisations sociales», *op. cit.*, p. 29.

organizado como los nuevos actores, y a los ciudadanos ordinarios que no representan amenaza alguna como las nuevas víctimas<sup>244</sup>.

Como lo menciona Mata, aunque el cambio radical sea que tales acciones dejaron de ser exclusivamente encabezadas por el Estado. Ello no implica que carezca de responsabilidad en las deficiencias de las investigaciones, en la falta de recursos o en la voluntad política que de igual manera son un componente clave del fenómeno. Ahora constatamos que las desapariciones no solo están encabezadas por organizaciones fuera de gobierno sino que, en ocasiones, estas logran subordinar a algunas de sus divisiones o se unen a ellas, tal es el caso de las fuerzas policiales o militares<sup>245</sup>.

Entonces, ¿qué significa desaparecer en México bajo condiciones como estas? En primer lugar, conlleva una incertidumbre para las familias y las víctimas pues las motivaciones que antiguamente tenían las desapariciones, ahora parecen responder a una razón aleatoria en la que cualquiera en condiciones de «mala fortuna» puede convertirse en blanco<sup>246</sup>. El hecho de que las circunstancias de desaparición sean más complejas de definir nos habla de una violencia que ya no se dirige hacia un solo sector de la sociedad, sino que ahora acecha a toda la población civil. En especial, a los grupos más vulnerables: pobres, personas indígenas, migrantes y mujeres, al igual que grupos en contra de la corrupción y la desinformación que siguen siendo criminalizados (estudiantes, periodistas, dirigentes sociales y ambientales)<sup>247</sup>.

Cabe recalcar que dicha criminalización nos remite una vez más al discurso hegemónico de Estado, pues éste también funge como un medio para ejercer el poder. En el cual, se responsabiliza a los grupos narcotraficantes de la violencia y pasa por desapercibida la implicación de las fuerzas del orden en tales actos, al mismo tiempo que se atribuye cierta criminalidad a las víctimas de homicidio o desaparición. Lo anterior es evidente en la obra con el fragmento desolador en el que la madre protagonista es cuestionada y hasta cierto punto culpabilizada de la desaparición de su hijo por las instituciones de justicia.

---

<sup>244</sup> Verónica VALLEJO, «Des anciennes aux nouvelles disparitions au Mexique : l'avènement d'une unité générationnelle politique», *op. cit.*, p. 34.

<sup>245</sup> Daniel MATA, «¿Qué significa desaparecer en México?», *Animal Político*, 2019. <https://www.animalpolitico.com/analisis/organizaciones/verdad-justicia-y-reparacion/que-significa-desaparecer-en-mexico>

<sup>246</sup> *Ibid.*

<sup>247</sup> Sabina MELENOTTE, *op. cit.*, p. 29.

Un fenómeno que en la sociedad mexicana, según Vallejo, «se traduit par le sentiment que les personnes assassinées et disparues sont des criminels et méritent ce qui leur arrive»<sup>248</sup>. Bajo tal concepción, la narración permite ocultar la responsabilidad y señalar a un culpable ideal: el crimen organizado y, en algunos casos, las fuerzas del orden que en alianza con los primeros actuarían de manera corrupta. A pesar de que en los últimos años tal narración parece perder credibilidad con el reconocimiento legal de la participación de los agentes de Estado en las desapariciones forzadas, la realidad es que se sigue atribuyendo al carácter criminal cuando se alude a las personas involucradas en los hechos violentos<sup>249</sup>.

A pesar de ello, los registros de desaparecidos no resultan menos desalentadores. Si con la Guerra sucia se gestó la desaparición de 500 a 1 500 personas tan solo en el estado de Guerrero, la Guerra contra el narcotráfico multiplicó las cifras con hasta 90 000 desapariciones entre 2006 y 2021 en todo el territorio nacional<sup>250</sup>. Sin lugar a dudas la naturaleza y las modalidades de la violencia llegan a ser cada vez más crueles, en cierta medida incomprensibles por el hecho de realizar actos tan atroces que atentan contra la vida humana.

Tal es el caso de las Muertes de Ciudad Juárez en el norte del país, período de 1900 a 2000 en el que el feminicidio se apoderó de la ciudad fronteriza. Aunque algunos investigadores identifican tal lapso como un «intermedio» entre la Guerra sucia y la Guerra contra el narcotráfico, la realidad es que no deja de ser un hecho alarmante en cuanto al feminicidio y la desaparición. Entre 400 y 800 mujeres jóvenes migrantes y trabajadoras de las fábricas de maquiladoras comenzaron a ser desaparecidas y asesinadas, siempre con signos de tortura y violencia sexual<sup>251</sup>.

Más allá de ser considerado o no un período intermitente, podemos mencionar que el episodio de feminicidios en Ciudad Juárez introduce en cierto sentido la situación actual por la que transita el Estado mexicano no solo en lo que concierne a la desaparición sino también a la violencia de género como una problemática social. De acuerdo con los datos de la Comisión Nacional de Búsqueda, las mujeres representan el 24.70 % de personas desaparecidas, y si tomamos a las personas menores de 18 años, las niñas y mujeres

---

<sup>248</sup> Verónica VALLEJO, *op. cit.*, p. 35.

<sup>249</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>250</sup> Sabina MELENOTTE, *op. cit.*, p. 29.

<sup>251</sup> Verónica VALLEJO, *op. cit.*, p. 33.

adolescentes representan un 55.30 % de las desaparecidas<sup>252</sup>. Cabría preguntarnos, ¿quiénes son estas mujeres?, ¿cuál es su nombre o su historia?, ¿cómo es la vida para una familia que se quedó suspendida esperando el regreso? La realidad es que detrás de la desaparición de mujeres se ocultan otros tipos de violencia tales como la trata de personas, el secuestro, la violencia sexual y, como lo hemos expresado líneas arriba: el feminicidio. Una vez más la impunidad logra que la violencia de género sea normalizada por la sociedad, un espacio en el que el acceso a la justicia para las mujeres y particularmente para aquellos familiares que las buscan es restringido por barreras de género y estereotipos arraigados<sup>253</sup>. Mismos estereotipos que las protagonistas de la obra evidencian en las relaciones con sus parejas y sus familiares.

Ahora bien, frente a una respuesta ineficaz por parte del Estado, son los comités de familias de las víctimas quienes han jugado un rol importante en la búsqueda de los desaparecidos y el reclamo de justicia y verdad en los hechos. Desde de los años 70, algunos de los primeros comités fundados siguen en activo. Esta vez en un proceso de movilización conjunta entre los colectivos de familias por los desaparecidos de la Guerra sucia y la Guerra contra el narcotráfico. Un movimiento que se caracteriza por el apoyo entre colectivos, y a su vez por la solidaridad de otras personas que, a pesar de no formar parte de los familiares, deciden unirse a la causa desde la convicción personal de contribuir a la justicia y a la paz en el país<sup>254</sup>.

Vallejo explica que el movimiento cuenta con una representación de diversos actores solidarios (defensores de derechos humanos, iglesias, militantes, etc.), personas y colectivos ciudadanos para los cuales la escalada de violencia de los últimos años constituye un elemento desencadenante de la movilización o el compromiso hacia las familias de las víctimas de desaparición. Si bien la acción principal de tales colectivos es la de encontrar a los personas desaparecidas, podemos constatar algunas otras como la apropiación del espacio

---

<sup>252</sup> COMISIÓN NACIONAL DE BÚSQUEDA, «Informe Semestral de Búsqueda e Identificación de Personas», Gobierno de México, 2021, p. 8. <https://www.gob.mx/cnb/es/documentos/informe-semestral-cnb-2021?state=published>

<sup>253</sup> INSTITUTO MEXICANO DE DERECHOS HUMANOS Y DEMOCRACIA, A. C., *Diagnóstico de mujeres desaparecidas*, México, IMDHD, 2021, p. 1.

<sup>254</sup> Verónica VALLEJO, *op. cit.*, p. 36.

público para realizar un trabajo de memoria en el que una vez más los reclamos de justicia y verdad trascienden más allá de las denominadas antiguas y nuevas desapariciones<sup>255</sup>.

La trascendencia del movimiento por los desaparecidos puede explicarse desde una unidad generacional y política que se traduce en una comunidad de acciones en la cual individuos de todas las edades, familiares o no de las víctimas, expresan su apoyo desde la búsqueda o la protesta. Con ello, podemos referirnos a una experiencia colectiva en la que los familiares o aliados comparten una vivencia similar: «toutes ont vécu dans leur propre chair - dans les années 1970, 1980 ou il y a quelques mois - la disparition d'un être cher, et dans la plupart des cas ne savent toujours pas où sont passés leurs proches»<sup>256</sup>. Tal es la vivencia en común que la expresión encuentra su medio a través de iniciativas siempre en favor de los desaparecidos, acciones artísticas y memoriales, manifestaciones y marchas que siguen alzando la voz por aquellos que faltan.

Los comités siguen actuando por los suyos de la mano de movimientos que se han ido multiplicando desde 2011, en particular aquel llevado a cabo por el poeta Javier Sicilia: Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD). El cual tomó forma a partir de la muerte de su hijo Juan Francisco, quien fuera asesinado por personas vinculadas a la delincuencia organizada. Así el MPJD se dio a la tarea de manifestarse en contra de la violencia que proviene tanto de los grupos criminales como de los cuerpos de seguridad del Estado mexicano<sup>257</sup>.

Ante ello, las palabras de Vallejo cobran sentido en torno a lo que se considera la unidad generacional, pues lo que al inicio era una tragedia personal termina por ser un movimiento social que a su vez permite visibilizar, a nivel nacional e internacional, los estragos de la fallida Guerra contra el narcotráfico<sup>258</sup>. Una de esas escenas es la tragedia de los 43 estudiantes en Ayotzinapa, la cual propició la creación en 2015 de una amplia red nacional de apoyo. Tal el caso del Movimiento por Nuestros Desaparecidos en México, que reagrupa más de sesenta grupos de diferentes regiones del país y cuyos esfuerzos se han encaminado a los avances jurídicos en el caso de la Ley General en Materia de Desaparición

---

<sup>255</sup> Verónica VALLEJO, *op. cit.*, p. 36-37.

<sup>256</sup> *Ibid.*

<sup>257</sup> MOVIMIENTO POR LA PAZ CON JUSTICIA Y DIGNIDAD, «Historia». <https://mpjd.mx/historia/>

<sup>258</sup> Verónica VALLEJO, *op. cit.*, p. 37.

Forzada de Personas<sup>259</sup>. Aprobada en noviembre de 2017, la ley reconoce la implicación de agentes del estado en las desapariciones, y en 2018 crea la Comisión Nacional de Búsqueda (CNB) con un grupo de expertos médicos y un sistema de datos de las personas desaparecidas.

A pesar de logros como estos por parte de los comités de familias, el trabajo de las instituciones encargadas de brindar justicia sigue siendo deficiente. Tan solo si tomamos en cuenta los datos de CNB, al día de hoy hay un total de 112 077 personas desaparecidas<sup>260</sup>. Las familias son entonces quienes dedican su tiempo a la transmisión de saberes entre colectivos para realizar búsquedas de norte a sur en México. En su recorrido, exhiben las fotos de sus seres queridos en pancartas que inundan las ciudades y los pueblos con el fin de conmemorar a los suyos, hacer visible la crisis de desaparición. Brenda Navarro transporta al lector a esta realidad de la mano de las madres buscadoras en la novela, madres que se reúnen y velan por el regreso de sus hijos.

Quizás la más emblemática es aquella que toma lugar el día 10 de mayo en la Ciudad de México: la celebración del día de las madres. En 2012, surge la primera Marcha de la Dignidad Nacional Madres Buscando a sus Hijos e Hijas, Verdad y Justicia, creada a partir de los colectivos de familiares, en particular las madres, quienes salieron a las calles con los retratos de sus seres queridos ya que para ellas no hay nada que festejar si sus hijos continúan desaparecidos. Bajo esta misma consigna las madres que no pueden asistir a la marcha en la capital organizan manifestaciones simultáneas en sus propias ciudades. Frente a la ola de desapariciones masivas, la celebración del 10 de mayo ha tomado así una nueva resignificación política, un momento de encuentro entre los comités de familias de diferentes épocas y los cientos de personas que se solidarizan y se unen a la causa<sup>261</sup>.

Es precisamente en estas brigadas que las fronteras cronológicas entre las antiguas y las nuevas desapariciones logran confluir de manera simbólica. La protesta de las madres y familiares marcha al grito de la frase «Vivos se los llevaron, vivos los queremos», un lema pronunciado por Rosario Ibarra y el Comité ¡Eureka!, y que treinta años después continúa

---

<sup>259</sup> CÁMARA DE DIPUTADOS, «Ley General en Materia de Desaparición Forzada de Personas, Desaparición Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de Personas», *Cámara de diputados*, 2017. <https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/ref/lgmddf.htm>

<sup>260</sup> COMISIÓN NACIONAL DE BÚSQUEDA, «Contexto general», *Comisión Nacional de Búsqueda*, 2023. <https://versionpublicarnpdno.segob.gob.mx/Dashboard/ContextoGeneral>

<sup>261</sup> Verónica VALLEJO, *op. cit.*, p. 38.

evocando a la memoria de las víctimas y al reclamo de encontrarlos con vida. Una doble intención que se traduce en conocer la verdadera historia de los hechos y exigir justicia. Pues más allá de que las instituciones encargadas de otorgar justicia responden pocas veces de manera favorable, no podemos negar que la memoria de las personas desaparecidas adquiere vitalidad en cada acción de los colectivos, en cada espacio de encuentro<sup>262</sup>.

En la actualidad, las acciones colectivas entre los distintos comités cobran peso. Tan solo en octubre de 2021 los sobrevivientes y las familias de las personas desaparecidas y asesinadas durante el período de la Guerra sucia, lograron llegar a un acuerdo con el gobierno federal con la creación de la Comisión para el Acceso a la Verdad, el Esclarecimiento Histórico y el Impulso a la Justicia de las Violaciones Graves a los Derechos Humanos Cometidas de 1965 a 1990. Bajo tal marco político, la función de la comisión será la de realizar las acciones necesarias de justicia para el esclarecimiento de la verdad, el impulso a la justicia, la reparación integral y el derecho a la memoria a través de cinco instrumentos compuestos de expertos en dichas áreas<sup>263</sup>.

El 2024 será la fecha en que la comisión tendrá que entregar un informe a la Presidencia de la República, a los familiares y a la sociedad. Todo esto con el fin de conocer la verdad alrededor de los crímenes cometidos por el Estado y así brindar justicia después de años de impunidad<sup>264</sup>. Los avances para resarcir el daño a la sociedad no dejan de ser loables, sin embargo, los mecanismos para combatir la inseguridad siguen vigentes, hasta cierto punto obsoletos si tomamos en cuenta que proceden de los años de Guerra sucia.

Por ello, ahora más que nunca resulta indispensable mirar atrás para evidenciar y, posteriormente, desarticular tales prácticas de represión y violencia. Sin duda, las desapariciones de hoy no se pueden entender sin mirar al pasado, sin reflexionar en torno a lo complejo que ha llegado a ser el fenómeno en México. Los esfuerzos de los comités de familias y las madres buscadoras por mitigar la crueldad son la prueba de ello<sup>265</sup>. Con conocimiento de esta violencia, Brenda Navarro decide trasladarla a la literatura. La desaparición abre un espacio de ficción en el que otras formas de violencia yacen latentes a

---

<sup>262</sup> Verónica VALLEJO, *op. cit.*, p. 41.

<sup>263</sup> Vanesa ROBLES, «La Comisión de la Verdad se reunió con víctimas de la Guerra Sucia», *ITESO*, 2022. [https://iteso.mx/web/general/detalle?group\\_id=29378034](https://iteso.mx/web/general/detalle?group_id=29378034)

<sup>264</sup> *Ibid.*

<sup>265</sup> *Ibid.*



los ojos de la sociedad y en detrimento de las mujeres. *Casas vacías* se torna entonces en una vía para entender el presente en el que resulta imperativo la reconstrucción de una sociedad cuyo fundamento sea una cultura de paz y derechos humanos.

## **2. Las representaciones de la violencia en *Casas vacías***

Con un telón de fondo marcado por la guerra contra el narcotráfico y la violencia misma del Estado, la literatura de Brenda Navarro se abre a la posibilidad de representar desde la ficción las múltiples experiencias en torno a la violencia. De esta manera, la trama enfatiza la existencia de una violencia estructural que facilitaría una serie de violencias sociales que reproducen la impunidad y así mismo legitiman violencias de tipo físico y sexual, junto con otras más sutiles como la violencia psicológica y verbal<sup>266</sup>. Problemáticas que en todo caso no pierden de vista la condición de las mujeres protagonistas como sobrevivientes de la intrincada situación en la que se encuentran.

### **a) Violencias sociales**

Partimos de la concepción que Yves Michaud aporta de la violencia como un término constituido «d'un côté, des faits et des actions, ce que nous appelons couramment des «violences», d'un autre une manière d'être de la force, du sentiment ou d'un élément naturel»<sup>267</sup>. Con base en tales definiciones, el primero se opondría a todo aquello que concierne a la paz y el segundo a la mesura. En ese sentido, podemos afirmar que el término hace referencia tanto a comportamientos como a acciones físicas, cuyo rasgo característico se define por su relación con las normas culturales e históricas. Lo anterior nos parece un punto clave para nuestra investigación si tomamos en cuenta que durante mucho tiempo la violencia en la sociedad, en el seno de la familia y contra las mujeres o hijos era considerada como normal<sup>268</sup>. Sin embargo, al día de hoy no lo es más.

---

<sup>266</sup> Juan MARTÍNEZ, *op. cit.*, p. 43-45.

<sup>267</sup> Yves MICHAUD, *La violence*, París, Presses Universitaires de France, 2012, p. 3.

<sup>268</sup> *Ibid.*, p. 3-4.

Con tales consideraciones, *Casas vacías* evidencia la manera en que la violencia se ejerce en la sociedad, desde la misma comunidad o desde el propio Estado. Este último es tal vez el que gira en torno a la desaparición de Daniel, pues ante el sustracción del menor comprendemos la indiferencia de los órganos y actores gubernamentales hacia lo ocurrido a la familia de la protagonista:

Nos dieron hojas de papel con la fotografía de Daniel, con sus datos y sus rasgos físicos descritos para que los pusiéramos en las paredes de la ciudad. Nos dijeron que pondrían algunos en estaciones del metro y que incluso se coordinarían con otros estados. Nunca lo hicieron. También nos proporcionaron un pase para ir con el psicólogo y nos dieron el número de teléfono al que se podía llamar por si teníamos dudas, Fran llamó un par de veces, nunca funcionó<sup>269</sup>.

El relato hace visible una realidad para miles de ciudadanos víctimas de crímenes como la desaparición. La nula acción del Estado reflejada en la novela puede recordar al concepto de necropolítica acuñado por el historiador Achille Mbembé en tanto que se ejerce una soberanía de la violencia en la cual se decide quién puede vivir y quién puede morir<sup>270</sup>. Partiendo del concepto de «biopoder» desarrollado por Foucault, Mbembé expone en qué medida los cuerpos y las vidas están sujetos a la capacidad de dicho poder soberano<sup>271</sup>. En otras palabras, al ejercicio del derecho a morir.

En relación con el mismo, la protagonista nos hace saber la actitud de las autoridades que, en lugar de mostrar prudencia ante el dolor de los padres, actúan de forma que se revictimiza a las personas que denuncian:

¿Tenía autismo y lo dejó solo?, me inquirió la mujer que me atendía. Anotó eso en señas particulares para el reporte: es autista, para normalizar su desaparición y para conjugarlo con mi estupidez. ¿Qué estaba haciendo? Estábamos en el parque. Ajá, y entonces, ¿alguien se lo llevó? No, no lo sé. ¿No vio a nadie cerca? No, o sí, había muchas personas. ¿Y no vio nada extraño? No. ¿Y el niño, gritó? No, no gritó. ¿Está segura? No. ¿Qué hacía mientras tanto? Porque algo debió de hacer para no estar al lado de su hijo. Sí estaba al lado de mi hijo, pero él jugaba... ¿Con quién? Solo, estaba

---

<sup>269</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 116.

<sup>270</sup> Achille MBEMBÉ, «Nécropolitique», *Raisons politiques*, n°21, 2006, p. 30-31.

<sup>271</sup> Sabina MELENOTTE, «Disparaître au Mexique. De la nécropolitique aux mobilisations sociales», *op. cit.*, p. 23.

solo. Ajá, mmm... ¿Usted lo cuidaba sola, lo quería? ¿Cómo que si lo quería? ¡Era mi hijo! Ajá, mmm... Espere allá<sup>272</sup>.

La protagonista reacciona sorprendida ante los cuestionamientos de la funcionaria, quien ve los asuntos como una cosas de todos los días, ya no le inquieta el dolor ajeno de un familiar que pregunta por su hijo desaparecido. Por lo tanto, la funcionaria minimiza la situación y más allá de brindarle paz y reconforte en la recolección de datos para la búsqueda de Daniel, termina por producirle una sensación de desespero: «Nos dieron indicaciones, pero nunca nos dieron alguna esperanza de que íbamos a encontrarlo»<sup>273</sup>. Lo anterior, es un hecho al que se enfrentan miles de familias mexicanas, quienes pese al dolor y la desesperanza encuentran la fuerza y el coraje para denunciar la desaparición de un ser querido<sup>274</sup>. La justicia se vuelve entonces inalcanzable para las familias, pues los órganos gubernamentales no son capaces de responder a los miles de expedientes que llegan día con día a sus oficinas:

Nunca confiamos en que resolverían el caso de Daniel. Era una batalla perdida, no había preguntas que fuesen respondidas. El hoyo negro de las preguntas, la ausencia de respuestas, la ausencia de la gente que desaparecía y la ausencia de veredictos, sentencias o resoluciones: el pez que se muerde la cola. Varias veces Fran estuvo a punto de agarrarse a golpes con los burócratas que de vez en cuando nos permitían ver el expediente. Un expediente inexistente. ¿Por qué íbamos a ver si algo había avanzado? Porque de vez en cuando, para Fran, era mejor tocar una puerta a quedarse con las manos vacías<sup>275</sup>.

Si la labor de las instituciones gubernamentales permanece insuficiente, en muchos de los casos, son las propias familias quienes encuentran los medios para hacer justicia por su cuenta<sup>276</sup>. *Casas vacías* refleja dicha realidad, pero lo hace a través del apoyo de un conocido, el cual parece poder brindar un poco más de información en cuanto a la gestión de la institución pública: «Vladimir me dejó el número de teléfono del amigo de la familia que había trabajado en la Procuraduría General de la República»<sup>277</sup>. En la búsqueda de otros

---

<sup>272</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 116-117.

<sup>273</sup> *Ibid.*, p. 117.

<sup>274</sup> Luis LÓPEZ, «Dans l'engrenage des institutions : la recherche sans fin d'un disparu», en Sabina MELENOTTE, *Mexique. Une terre de disparu.e.s*, *op. cit.*, p. 113.

<sup>275</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 126.

<sup>276</sup> Sabina MELENOTTE, «Introduction», *op. cit.*, p. 8.

<sup>277</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*

medios, la protagonista llega a conocer a más personas en la misma situación que ella, precisamente madres: «Éste, a su vez, nos dio el número de teléfono de la organización que ayudaba a las madres de desaparecidos. Eran muchas muchas madres con hijos desaparecidos»<sup>278</sup>.

Según los últimos informes de la CNB, en México existen más de 100 000 desaparecidos<sup>279</sup>. Un dato duro pero que corrobora el relato de las desapariciones en la novela, al igual que las organizaciones de madres que buscan a sus hijos:

Fui a la primera reunión en la ciudad. Todas llevaban expedientes gordos, zapatos rotos, mochilas en la espalda, porque varias no sabían dónde iban a dormir. Eran batallones femeninos, y ellas eran combativas. Se habían organizado, estaban recorriendo el país. Contaban el caso de aquella madre que encontró a su hijo después de ocho años de búsqueda, un hijo encarcelado en la frontera. Se esperanzaban, cargaban fotografías de sus hijos como quien carga escapularios y cruces en el cuello<sup>280</sup>.

Como si se tratara de un viacrucis, las madres recorren el país buscando a sus hijos. Las más afortunadas logran encontrarlos por medio de las búsquedas con los colectivos, aunque no es el caso de todas las madres. De cierto modo, la vida de las familias se divide entre la desaparición y la muerte. Una muerte que se prolonga, que no llega y que agrava el dolor de quien sigue en vida buscando por los suyos. La imagen de los desaparecidos se convierte para las autoridades en una hoja de papel cuyo nombre queda resignado así a una doble desaparición:

¿Qué pasa con los expedientes de todas las personas desaparecidas? Con el tiempo se van al archivo. Quedan abiertos, pero hay tantas muertes y tantos casos acumulados que no contienen casos sino papeles, las historias se vuelven celulosa que luego se ha de reciclar, si hay suerte. He sabido, Fran lo sabe, que se han quemado cajas llenas de expedientes, que las oficinas cierran, que los investigadores preguntan a las madres y familiares un usted qué sabe, porque ahí nadie sabe nada. Nunca tuvimos esperanza, hay cosas que se saben de antemano, no por Daniel, sino por ellos, no les importamos, a nadie le importan los demás, habría que decirlo de una vez y para siempre. Que lo sepamos todos y dejemos de jugar a que sí: no le importamos a nadie<sup>281</sup>.

---

<sup>278</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 126-127.

<sup>279</sup> COMISIÓN NACIONAL DE BÚSQUEDA, «Contexto general», *op. cit.*

<sup>280</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 127.

<sup>281</sup> *Ibid.*, p. 134.

La diégesis deja entrever un problema que, según lo explica Richard Leonardo, de tanto producirse ha quedado normalizado en la sociedad mexicana y por tanto pasa desapercibido. La desaparición afecta así a un gran número de personas que parecen, pese a los constantes movimientos, no encontrar ni justicia ni consuelo<sup>282</sup>. Navarro aborda precisamente esto desde un enfoque emocional al hacer referencia a las madres que asumen un rol decisivo ante las instituciones estatales. Madres que pese al sufrimiento toman las riendas de la justicia en lugar de las instituciones, quienes serían en todo caso las encargadas de brindar una respuesta a dichas cuestiones de violencia y desaparición.

En esa misma línea, es posible encontrar otros modos de desaparecer y que dan cuenta de un entorno en el que la violencia social parece ser la norma. Desde el relato inicial de la coprotagonista, conocemos un tanto de dolor que gira en torno a un suceso relacionado con su familiar: «Pero luego pasó lo de mi hermano»<sup>283</sup>, «Yo estaba muy afectada por lo de mi hermano»<sup>284</sup>. Con unas cuantas palabras la coprotagonista nos introduce en lo que posteriormente revelaría como el tema de la desaparición de su hermano:

Luego no llegó en la noche. No nos importó mucho porque así era él, a veces no llegaba. Pero así pasaron tres noches. Entonces me dijo mi mamá que fuera a buscar al Neto para ver qué razón tenía de mi hermano. Pero el Neto se me escondía y ahí, ahí fue cuando me dio miedo todo. Así que al quinto día me fui muy temprano a la parada del camión a esperarlo. Cuando me vio se hizo el loco, caminó más rápido y se subió luego luego al pesero. Pero me eché a correr y alcancé a subirme. Ya iba sentado y volteó la cara a la ventana. Me senté a su lado<sup>285</sup>.

Lo que quizás era un hábito normal del hermano de no llegar a casa, al cabo de unos días se convirtió en una señal de alarma para la familia, en este caso la madre y la hermana. Es así que la coprotagonista se da a la tarea de buscarlo con Neto, amigo y compañero del hermano en la obra de construcción: «-¿Dónde anda mi hermano? –Quién sabe, no ha ido ni a trabajar»<sup>286</sup>. En un primer momento, Neto se muestra sorprendido y desconoce el paradero

---

<sup>282</sup> Richard LEONARDO, *op. cit.*, p. 13.

<sup>283</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 52.

<sup>284</sup> *Ibid.*, p. 54.

<sup>285</sup> *Ibid.*, p. 95.

<sup>286</sup> *Ibid.*

de su amigo. No obstante, una vez que la coprotagonista le insiste en saber lo ocurrido, Neto se rompe en angustia y tristeza:

–No seas ojete, pinche Neto, mi mamá está preocupada, mi hermano es como es, pero no se tarda tanto en llegar a la casa... tú sabes, no te hagas. –No, de veras... –Pero se echó a chillar y yo sentí que ahí mismo me daba diarrea. Ni me dijo nada pero enseguida ya estábamos los dos llorando en el micro. Nos bajamos antes para caminar y que no nos oyeran<sup>287</sup>.

La coprotagonista rompe en llanto igualmente, quizás ante el miedo de descubrir lo que realmente pasó con su hermano. Neto, por su parte, termina por confesar el accidente del amigo al momento de estar trabajando en la construcción:

Que lo emparedaron. Así, que ese día que se fue de la casa le dijeron que le iban a pagar horas extra y el día doble si se quedaba el turno de la noche y pues que se quedó. Que estaban trabajando y que de repente algo se cayó en el hoyo que él y otro compañero estaban cavando y que se fue todo el cemento de la máquina encima de ellos. Que se armó el caos pero que alguien dijo que ya, que era más desmadre sacarlos, que no iban a sobrevivir, que nadie sabía qué hacer y que pasó el tiempo y el cemento empezó a secarse y que luego ya, todos siguieron trabajando como si nada<sup>288</sup>.

No cabe duda que se trata de un accidente laboral, y aun así el hecho de no brindar la ayuda necesaria muestra la indiferencia de los otros ante el dolor y la muerte. La respuesta de la protagonista es, por el contrario, de incredulidad. La realidad parece superarla en su comprensión de los acontecimientos: «Neto, eso no pasa... –le dije, riéndome de nervios. Pero sí pasó»<sup>289</sup>. Por su parte, la madre intenta ir en busca de respuestas con los directivos. No obstante, solo se encontrará con un ambiente de hostilidad e impunidad:

Mi mamá fue varias veces a la obra en construcción, buscó al jefe y luego fue a la dirección de la empresa, pero nadie decía nada, que no, que mi hermano había dejado de ir a trabajar y que si le movíamos más que hasta lo iban a demandar por abandono de trabajo<sup>290</sup>.

---

<sup>287</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 95-96.

<sup>288</sup> *Ibid.*, p. 96.

<sup>289</sup> *Ibid.*

<sup>290</sup> *Ibid.*

Con amenazas y un ejercicio autoritario del poder, el accidente del hermano parece quedar impune como miles de otros casos en México. Aun cuando existen las pruebas suficientes, las personas optan por guardar silencio por temor a las amenazas precisamente y, en el peor de los casos, la muerte: «Pero que el Neto sabía cosas, les dijo mi mamá, pero a la mera hora, hasta el Neto se hizo pendejo, no dijo nada»<sup>291</sup>. El silencio en torno a lo acontecido y la indolencia de los otros hacia el trágico final del hermano podría aproximarse a los cuerpos abyectos que define Judith Butler al no gozar «de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo “invivable” es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos»<sup>292</sup>. La modesta situación económica, en otras palabras, la pobreza en la que vive la familia y, por ende, el hermano los hace ubicarse fuera de la mirada, la aceptación y el reconocimiento social. Las personas son pues desposeídas de oportunidades en la búsqueda de mejorar su calidad de vida<sup>293</sup>.

Brenda Navarro retrata así lo que significa denunciar para muchas personas ante el sistema gubernamental: un abandono, un peligro en el que el silencio se vuelve la única respuesta ante la impunidad y de la cual la sociedad parece ser cómplice. Sin lugar a dudas, la necropolítica que describe Mbembé resuena en ambos casos de violencia social, aquel en el que la vida de un hijo y un hermano queda sometida al poder del Estado.

## **b) Violencias físicas y sexuales**

En su obra *Surveiller et punir* (1975) Michael Foucault expone que el territorio de la microfísica del poder es el cuerpo<sup>294</sup>. Mismo territorio que en los cuerpos de las mujeres, uno de los mecanismos de apropiación y disciplina es la violencia<sup>295</sup>. Al respecto, Marcela Lagarde sostiene que son los hombres quienes tienen derecho y permiso de ejercer la violencia contra las mujeres, mientras que estas deben padecerla con obediencia y

---

<sup>291</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 96.

<sup>292</sup> Judith BUTLER, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales discursivos del sexo*, Barcelona, Paidós, 2002, p. 19-20.

<sup>293</sup> Richard LEONARDO, *op. cit.*, p. 13.

<sup>294</sup> Michel FOUCAULT, *Surveiller et punir*, París, Gallimard, p. 142.

<sup>295</sup> Marcela LAGARDE., *op. cit.*, p. 260.

resignación<sup>296</sup>. En ese sentido, las relaciones entre hombres y mujeres conllevan una enorme carga de agresividad que se manifiesta de distintos modos.

Este es el retrato que *Casas vacías* nos muestra de la vida de las mujeres en matrimonio, un espacio privado en el que la violencia adquiere diversas manifestaciones. Según Marta Torres, la violencia doméstica puede ser física, psicológica, sexual o económica. En lo que respecta a la violencia física, Torres menciona que esta es la forma más evidente del maltrato puesto que casi siempre deja una huella en el cuerpo<sup>297</sup>.

Teniendo en cuenta estas definiciones de violencia, resulta pertinente retomar los análisis que Cándida Vivero realiza de la obra de Brenda Navarro, quien constata la existencia de una división en el tipo de violencia basada en las relaciones de género. Por un lado, la violencia intergenérica, es decir, ejercida de hombres hacia mujeres, o a la inversa. Y por el otro, la violencia intragenérica como aquella que surge desde el mismo género, entre mujeres o entre hombres<sup>298</sup>.

Ahora bien, en lo que respecta a la violencia intergenérica podemos encontrar dos figuras clave: la coprotagonista y Amara, la cuñada de la protagonista. La primera se encuentra inmersa en una espiral de violencia que es ejercida por su pareja Rafael. Lo anterior, se evidencia en las peleas que tiene con él y previo a la llegada de Leonel, este tipo de conductas parece ser una constante en la relación al punto de deteriorarse y llegar al grado de los golpes:

A él le daba por jalarme de los cabellos, le parecía fácil agarrarme los pelos y zarandearme, ponerme enfrente de él con la greña agarrada y patearme, como cuando patean el balón en el aire. Así me pateaba en el estómago y me daba de cachetadas en la cara, en las tetas. Yo podía gritar y lanzar arañazos, pero él siempre ganaba. Esa vez, por ejemplo, me dio un golpe en la cara, yo nada más sentí que me mareaba y que se me caía el cuerpo. Cuando abrí los ojos estaba en el suelo y él tratando de levantarme<sup>299</sup>.

Mediante el uso de analepsis, saltos al pasado en los que la coprotagonista cuenta la manera en que inicia su relación con Rafael, a quien define como un hombre que, pese al

---

<sup>296</sup> Marcela LAGARDE., *op. cit.*, p. 261.

<sup>297</sup> Marta TORRES, *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2004, p. 32.

<sup>298</sup> Cándida VIVERO, *op. cit.*, p. 91.

<sup>299</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 56.



trabajo, transita entre la bebida y el ocio: «Éramos novios, pero al principio casi no nos veíamos porque él trabajaba hasta el sur y ya llegaba tarde a su casa, luego los viernes se iba a chupar con sus amigos y a jugar billar»<sup>300</sup>. Ella por su parte, aparenta aceptarlo para luego reflexionar que de alguna manera no ejercían sus libertades igualmente: «Primero pensaba, pues bueno, pues muy su vida, pero luego ya no me gustaba porque pensaba él sí muy chingón haciendo vida y yo aquí de pendeja encerrada»<sup>301</sup>. El hecho de que la coprotagonista se perciba como «encerrada» podría explicarse en lo que Lagarde define como «cautiverios», aquellas formas de ser mujer en la sociedad y en sus culturas, espacios en los que las mujeres sobreviven en la opresión. Una vivencia que supone sufrimiento, conflictos, contrariedades y dolor<sup>302</sup>. Aunque también existen cautivas felices, ¿es quizás la coprotagonista una de ellas?

En esa misma línea de acciones y ante la primera aparición de Leonel, la pareja no hace más que mostrar su descontento y desenvaina contra ella: «Entonces Rafa se paró y fue a darme un madrazo en la cabeza [...] Rafa se desesperó un chingo, azotó la puerta del cuarto y se encerró»<sup>303</sup>. Pese al abuso de Rafael, la coprotagonista se sigue esforzando no solo para que su familia sea una realidad, sino también para que la violencia física disminuya ahora que hay un niño en casa:

Y ya con Leonel yo traté de no pelear tanto. Es que los gritos y los golpes a Leonel de verdad que lo ponían mal. Era una cosa muy dura de ver porque ¿por qué hay que hacerle pasar por eso a los hijos? Sí seguía molestando a Rafael, porque como que nos agarramos odio, pero, al menos si Leonel estaba despierto, mejor ya ni decir nada. Total, a lo mejor eso es lo que se supone que significa hacer todo por los hijos, dejar de destruirse mutuamente, no sé<sup>304</sup>.

Con los estallidos de violencia, podemos observar que la protagonista se convence de ser un tanto culpable, disculpando en cierto sentido la actitud de su pareja. Sin duda alguna, esta culpabilización forma parte de ese círculo de violencia en el que las mujeres consideran las causantes de los ataques<sup>305</sup>. En consecuencia, la madre de Leonel no solo mantendrá la relación con el hombre violento, sino que también llegará al grado de justificar sus acciones:

---

<sup>300</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 43.

<sup>301</sup> *Ibid.*

<sup>302</sup> Marcela LAGARDE., *op. cit.*, p. 36.

<sup>303</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 40.

<sup>304</sup> *Ibid.*, p. 56.

<sup>305</sup> Cándida VIVERO, *op. cit.*, p. 98.

«Tampoco es que me pegara mucho, porque decía que por cualquier moretoncito ya andaban metiendo a la cárcel a la gente»<sup>306</sup>.

Rafael al darse cuenta de que puede ir preso por las agresiones infligidas a su esposa, desarrolla una técnica para violentarla sin que quede rastro: «Pero una vez descubrió que en las tetas no me quedaban marcas. Entonces le dio por pegarme ahí»<sup>307</sup>. El pegarle en los senos ya no es un hecho casual, sino que se instaura una suerte de protocolo de la violencia en la que Rafael pretende salir impune y burlar a la autoridad<sup>308</sup>.

La violencia alcanza a tal grado de normalización que la coprotagonista afirma que solo es cuestión de «darle tiempo a que nos conociéramos todos, una familia no se hace de la noche a la mañana»<sup>309</sup>. Se convence entonces de que eventualmente no habrá más problemas, que podrá formar una familia y que la violencia disminuirá. Sus palabras lo corroboran: «Ya con Leonel en casa las malas rachas se iban a acabar, porque una aprende a ser madre sobre la marcha»<sup>310</sup>. No obstante, ninguna de las dos situaciones sucede y más allá de cambiar, solo notamos que las agresiones se exacerban, Rafael no oculta su molestia por el robo del menor.

A manera de espejo, la autora parece denunciar otra relación no menos violenta que acontece en España: la de Amara y su esposo Xavi. No obstante, la violencia aparece de forma extrema toda vez que la violencia física ejercida por Xavi termina en el asesinato de Amara, el feminicidio. Una acción que Rita Segato define como «el asesinato de una mujer genérica, de un tipo de mujer, sólo por ser mujer y por pertenecer a este tipo»<sup>311</sup>. En *Casas vacías*, nos percatamos del feminicidio por medio de las palabras de Nagore, la hija de la pareja, quien fuera la única testigo del homicidio:

Xavi mató a Amara en una pelea que había durado cinco años de los doce de matrimonio. Leímos que la jaló de los cabellos, la insultó, la aventó contra la pared. [...] Xavi volvió a aventar a Amara hacia la pared. Amara gritó algo ininteligible. Xavi siguió atacando pero Nagore sólo escuchó ruidos junto al sonido de voces y movimientos bruscos. [...] Amara lanzó un grito agudo que retumbó en los oídos de

---

<sup>306</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 44.

<sup>307</sup> *Ibid.*

<sup>308</sup> Richard LEONARDO, *op. cit.*, p. 11.

<sup>309</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 40.

<sup>310</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>311</sup> Rita SEGATO, *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2018, p. 36.

su hija porque después de eso no volvió a oír nada, al menos por un tiempo. [...] Xavi empezó a llorar<sup>312</sup>.

El relato de los acontecimientos es narrado por Nagore a la policía. Con esa imagen cruda es posible observar el círculo de violencia, cuyo impulso destructor llega al extremo y mediante golpes y aventones termina con la vida de Amara. Al final de su acto, Xavi se derrumba y llora, quizás con la esperanza de pedirle perdón como en muchas otras veces, no obstante, en esta ocasión no habrá lugar para reconciliaciones o promesas de cambio.

Las actos de Xavi dejan entrever la misoginia que yace en el feminicidio, un sentimiento que según Segato es «más próximo al de los cazadores por su trofeo: se parece al desprecio por su vida o a la convicción de que el único valor de esa vida radica en su disponibilidad para la apropiación»<sup>313</sup>. En ese sentido, Xavi ejerce su poder de apropiación desde las normas dominantes, de las cuales Butler afirma que «devenir hombre es ejercer el poder de la vida y la muerte sobre las mujeres»<sup>314</sup>. Dicho poder está en las manos de Xavi, quien no duda en ejecutarlo, en ambos sentidos, sobre la vida y la muerte de Amara.

El silencio se vuelve también cómplice de una vida llena de maltratos y pone en evidencia la falta de solidaridad y redes de apoyo hacia las mujeres que sufren violencia doméstica. En este caso, observamos cómo la situación desemboca en el feminicidio sin que la familia de Xavi o de Amara hagan algo para detenerlo. Ahora que en la familia de Xavi es precisamente la madre quien justifica su falta de acción al mencionar no haber criado a un asesino. Lo anterior cobra sentido en las palabras de Lagarde puesto que en la división genérica de la sociedad y el mundo, la mujer es la encargada de mantener a los sujetos y lo hace con sus cuidados en el ámbito de la maternidad<sup>315</sup>. Es a las mujeres a quienes se les atribuye el cuidado de los hijos en el cumplimiento de su figura de madre.

Por lo tanto, la familia de Xavi se muestra traicionada por el comportamiento del hijo, negando toda relación en sus acciones violentas y por ende catalogadas de feminicidas:

---

<sup>312</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 76.

<sup>313</sup> Rita SEGATO, *op. cit.*, p. 36.

<sup>314</sup> Judith BUTLER en Mariana GONZÁLEZ, «Feminicidios son producto de la violencia y el clima de terror: filósofa Judith Butler», *Universidad de Guadalajara*, 2018. <https://www.udg.mx/es/noticia/feminicidios-son-producto-violencia-clima-terror-filosofa-judith-butler>

<sup>315</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 252.

Xavi fue sentenciado y nadie en su familia opuso resistencia, todos aceptaron la condena. Si bien es cierto que se llegó a hablar de que merecerían ver a Nagore, tampoco pelearon mucho. Se pusieron la medalla de condecoración a los dolientes. Se sumergieron en las sombras que, aunque no estorban, persisten. También eran fantasmas rondando<sup>316</sup>.

En medio del silenciamiento y la falta de empatía por quienes la rodean y la conocen, Amara encuentra la muerte como trágico final, no sin antes resarcir el daño a través de la justicia. Misma problemática, aunque no la misma resolución para los miles de casos de mujeres asesinadas en los que, explica Segato, no hay correlación entre derecho y justicia. Exigencias de justicia que no alcanzan a ser traducidas en el lenguaje del derecho<sup>317</sup>.

En lo que respecta a la violencia física intragenérica, podemos identificar la constante tensión entre la protagonista y su sobrina Nagore, así como por la coprotagonista y su madre. Como hemos señalado en el Capítulo I. Figuras femeninas: entre oposición y paralelos, la protagonista desquita su coraje con Nagore de diferentes maneras, una de ellas es la agresión física. Esta violencia es también consecuencia de la padecida psicológicamente por la protagonista, aunque no la justifica: «¿Y si nos vamos a Utrera, a la casa blanca de los abuelos?, preguntó Nagore. ¿Irse a Utrera con mi hijo perdido? Le di una bofetada. Lo negué. Yo era incapaz de golpear a una niña»<sup>318</sup>.

La carga emocional será durante años el epicentro de momentos tensos entre ambas mujeres. Razón por la cual Nagore, con mayor edad, le reprochará el abuso a la protagonista y en medio de la discusión la golpeará:

Le respondí con una bofetada para dar por terminada la conversación, pero Nagore ya no era la niña que quería cepillarme el cabello, [...] era una jovencita de cuerpo mediano que me devolvió la bofetada. Me ardió la cara e iba a responderle pero ella me detuvo las manos y la mirada. [...] Y Nagore se puso roja y bufó y volvió a darme una bofetada. Intenté levantarme pero no pude, ella aprovechó para echarse encima de mí con jalones de cabello [...] Y Nagore, entre bufadas, intentaba clavar sus uñas en mis brazos. Yo reía y decía ¡pégame, pégame!, y ella me clavaba sus uñas y su odio y yo me dejaba odiar<sup>319</sup>.

---

<sup>316</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 126.

<sup>317</sup> Rita SEGATO, *op. cit.*, p. 81.

<sup>318</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 23.

<sup>319</sup> *Ibid.*, p. 124.

Tras el conflicto, la relación entre las dos se mantendrá en calma hasta la partida de Nagore, quien consigue desprenderse de la violencia física y poner rumbo hacia Madrid. Del mismo modo que Nagore, la relación de la coprotagonista con su madre parece tener altibajos desde la niñez para después desembocar en la ruptura definitiva del vínculo entre ambas. Bajo ese contexto, se dan un par de escenas violentas de las que sabemos en voz de la protagonista y en las cuales se evidencia la falta de cariño que ella siente hacia su madre: «Entonces se me hizo imposible seguir viendo a mi mamá. Yo le agarré mucho odio»<sup>320</sup>. Posteriormente, llegamos a saber del intento de filicidio que la madre estuvo a punto de cometer en la ducha:

Me acordaba de cuando mi mamá me quiso ahogar. [...] Me acuerdo clarito que puso el agua caliente en la tina y me dijo que me metiera, luego hizo como que jugábamos y en una de esas me resbalé y me caí dentro del agua y ella puso su mano en mi cabeza para que yo no pudiera salir. Yo pataleé y movía mis manos con desesperación, pero ella no dejaba que yo sacara mi cabeza, hasta que por fin la quitó. Yo abrí la boca y tomé aire y me dolió la nariz y ya cuando sentí que estaba a salvo, grité y empecé a llorar, pero ella en vez de decir algo, se puso a reír<sup>321</sup>.

La madre de la protagonista representa lo que Lagarde define como el atentado político más grave que puede cometer una mujer en su situación de madre, que es a la vez un suicidio, en este caso, el cercenamiento en acto de su esencial ser maternal<sup>322</sup>. Los motivos de sus acciones podrían explicarse por la violación que sufre la madre de la coprotagonista por parte de su tío, quien reacciona con todo el dolor y la agresividad que esto conlleva. Y es que en la sociedad patriarcal, la ideología dominante de la maternidad no reconoce la agresividad materna, por el contrario la encubre y sólo la distingue cuando sobrepasa ciertos límites. En este caso, el límite es el filicidio. Rompiendo así con la institución, el modo de vida y la definición femenina de las mujeres: buenas por naturaleza, e implícitamente seguras, inofensivas, protectoras y no dañinas para los menores<sup>323</sup>.

Una vez que la coprotagonista cometa el robo de Leonel, será entonces que las cosas empeorarán entre madre e hija y con ello los golpes: «Ella fue más rápida y fue por mí y me

---

<sup>320</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 96.

<sup>321</sup> *Ibid.*, p. 152.

<sup>322</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 661-662.

<sup>323</sup> *Ibid.*, p. 662.

jaló de los cabellos y me arrastró por el piso. Forcejeé tantito [...] yo nada más sentía cómo me zarandeaba y me arrastraba. [...] Me aventó a la entrada de su patio»<sup>324</sup>. La violencia es tal que la coprotagonista sabe que no hay marcha atrás en su relación: «Mi mamá ya no volteó a verme. [...] supe que ya no iba a voltear más»<sup>325</sup>. La madre de Leonel entiende, a su manera, cómo la violencia puede devenir mortal. Su madre no es la que alguna vez creyó, sino que «esa mujer era capaz de todo con tal de no perder su comodidad, incluso sacrificar a un perro, a un hijo, a mí»<sup>326</sup>.

Referente a las violencias sexuales, Torres la define como cualquier acto lascivo en contra de la voluntad de las mujeres, y en general someterla a prácticas que le resultan dolorosas o desagradables<sup>327</sup>. En ese sentido, la idea de violación está presente de manera explícita en la historia de la coprotagonista. Como hemos mencionado antes, la madre de ésta fue violada por su propio hermano. Es decir, la coprotagonista es fruto de una violación incestuosa:

Cuando yo preguntaba quién era mi papá, nadie me decía nada, luego, ya más grandecita, como de diez años, empecé a escuchar el rumor de que era mi tío. Y mi hermano una vez me lo confirmó: es mi tío<sup>328</sup>.

El pasaje de la coprotagonista cobra sentido con las palabras de Torres al mencionar que la violencia sexual en el interior de la familia no sólo se dirige a la esposa, sino también a los menores, particularmente a las niñas. Ahora que en cuanto a los perpetradores, encontramos a los padres, los padrastros, los hermanos mayores o los tíos<sup>329</sup>. El incesto martiriza entonces a la coprotagonista, quien manifiesta rabia e impotencia ante el hecho:

Debí de ser huérfana, pensé, porque nadie debería de tener padres tan culeros. Pero no me volví loca, loca, porque a veces la verdad se te queda incrustada nomás, y ahí la tienes aunque no sirva para nada<sup>330</sup>.

---

<sup>324</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 156.

<sup>325</sup> *Ibid.*, p. 157.

<sup>326</sup> *Ibid.*

<sup>327</sup> Marta TORRES, *op. cit.*, p. 38.

<sup>328</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 148.

<sup>329</sup> Marta TORRES, *op. cit.*, p. 38.

<sup>330</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*

El hecho de que la verdad no se revele nos habla de una situación en la que las víctimas suelen guardar silencio, el cual permanece hasta la adultez y en ocasiones no llega a romperse<sup>331</sup>. De este modo, la situación desencadenará en una relación complicada con su madre, así como en un resentimiento con su abuela, a quien culpa por embarazarse de su madre y de su tío. Afirmando que su abuela nunca debió permitir que su madre tuviera bebés: «La miré con odio. Siempre la odié. No debió de haberse embarazado de mi madre, ni de su hijo. No debió de haber dejado que mi mamá tuviera a su bebés, especialmente a mí»<sup>332</sup>.

La relación llega a ser tan compleja en el entorno familiar dado que los efectos de la violencia sexual en la infancia no desaparecen con el paso de tiempo, por el contrario, estos tienen repercusiones en la vida de las mujeres incluso cuando son adultas y aun cuando el abuso haya sido durante un periodo breve. Si a lo anterior agregamos el estar inmersas en una relación de maltrato constante, las consecuencias pueden ser devastadoras<sup>333</sup>.

En esa línea de violencia sexual, nos parece imperativo analizar la idea de violación que se plantea en torno a la desaparición de Daniel: «Pero también pasa que a los niños los maniatan, violan, descuartizan, esclavizan, los vuelven pornografía»<sup>334</sup>. La protagonista especula acerca del destino de su hijo, considerándolo como un abuso posible para el niño. No obstante, cuando la familia es contactada ante la posibilidad de un cuerpo que corresponde con las características de Daniel, dicho abuso le parece ser más real:

Una vez nos llamaron para decirnos que habían encontrado el cuerpo de un niño que cumplía con las características de Daniel. Me temblaron las manos y los pies, sentí que eso no podía estar pasando. [...] No es Daniel, dijo Fran. ¿Y entonces quién es...? Un niño al que violaron y tenían encerrado para hacer videos pornográficos<sup>335</sup>.

Con el reconocimiento de Fran, se percatan de que el cadáver no es el de Daniel, sino de un niño que fue víctima de violación. En México, cada año 5.4 millones de niños, niñas y adolescentes son abusados sexualmente, haciendo de México el primer lugar en abuso sexual infantil dentro de los países miembros de la OCDE. Brenda Navarro denuncia así una problemática contemporánea en un país en el que sólo el 1 % de los juicios por abuso sexual

---

<sup>331</sup> Marta TORRES, *op. cit.*, p. 38.

<sup>332</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 151.

<sup>333</sup> Marta TORRES, *op. cit.*, p. 39.

<sup>334</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 30.

<sup>335</sup> *Ibid.*, p. 132.

reciben una condena<sup>336</sup>. La ficción es entonces el medio para retratar la realidad de miles de menores y adolescentes que sufren violencia sexual y cuyos derechos son vulnerados.

Un último aspecto de las violencias sexuales que merece nuestro interés, es el que concierne a una práctica un tanto sutil en las relaciones de ambas protagonistas con sus respectivas parejas: el *coitus interruptus*. Según la RAE, dicha práctica se define como un «método anticonceptivo que consiste en la interrupción del coito antes de que culmine»<sup>337</sup>. El relato de ambas mujeres en cuanto a las relaciones sexuales y el uso de dicho método anticonceptivo supone una obligación de la parte de sus parejas, Fran y Rafael.

Por un lado el relato de la protagonista: «Fran no deseaba hijos. O sí, pero no pronto. ¿Para qué? Por eso eyaculaba en mis piernas»<sup>338</sup>, pone de relieve la condescendencia de la mujer ante su pareja Fran, quien no pretendía tener un hijo. Pese a ello, el embarazo sucede y es ahí que se evidencia el modo en que Fran se lo reprocha a la protagonista: «Tú quisiste embarazarte, me decía Fran, aunque luego me besara y me dijera que era broma, que qué risa, pero para mí lo decía todo ahí aunque se desmintiera»<sup>339</sup>.

Por otro lado, la coprotagonista que pese a esforzarse por tener un hijo, sólo recibe la negativa de su pareja. Rafael ejerce así la práctica del *coitus interruptus*, impidiendo que la mujer se embarace: «¿Me vas a hacer a mi hija?, le pregunté y nomás abrió los ojos y sonrió burlón. No me la hizo, cuando estuvo a punto de llegar se salió y me echó todo el semen en la panza»<sup>340</sup>. Por su parte, la coprotagonista acepta la práctica para después mostrarse confundida y un tanto triste por el rechazo de Rafael: «Estaba medio confundida porque como que además me quedé a medias, pero no dije nada porque tenía como tristeza de que no quisiera hacerme a mi hija»<sup>341</sup>.

Esta otra forma de violencia, aunado al contexto de abuso en el que se encuentran ambas mujeres puede apuntar de nueva cuenta a las explicaciones de Torres, ya que las dos

---

<sup>336</sup> SENADO DE LA REPÚBLICA, «Necesario garantizar seguridad social a niñas, niños y adolescentes que hayan sufrido abuso sexual», *Senado de la República*, 2023. <https://comunicacionsocial.senado.gob.mx/informacion/comunicados/4747-necesario-garantizar-seguridad-social-a-ninas-ninos-y-adolescentes-que-hayan-sufrido-abuso-sexual#:~:text=Cada%20a%C3%B1o%205.4%20millones%20de,la%20senadora%20Josefina%20V%C3%A1lquez%20Mota>.

<sup>337</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, «Coitus interruptus», *Real Academia Española*, 2023. <https://dle.rae.es/coitus%20interruptus>

<sup>338</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 24.

<sup>339</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>340</sup> *Ibid.*, p. 45.

<sup>341</sup> *Ibid.*, p. 46.



protagonistas padecen las consecuencias psicológicamente. La primera llegará a rechazar su figura madre de Daniel, y la segunda buscará una salida a su deseo de convertirse en madre, de ahí que tome la decisión de robarse a Leonel.

Teniendo en cuenta las múltiples formas en que se manifiesta la violencia física y sexual, es preciso mencionar que como cualquier abuso este va acompañado de otros más. Hemos destacado ya a la violencia física como aquella que se emplea con mayor frecuencia para imponer algo o someter y dominar a alguien. Sin embargo, no podemos negar que esta va acompañada por la violencia verbal y psicológica. *Casas vacías* plantea asimismo dicha visión de la violencia que yace tanto en las palabras como en las actitudes.

### **c) Violencias verbales y psicológicas**

Al respecto de la violencia, es preciso retomar las palabras de Judith Butler en tanto que la agresión no solo yace en lo físico sino también en el lenguaje. El golpe se acompaña del insulto, de la ofensa verbal que es a su vez un daño en sí mismo<sup>342</sup>. Un daño que se traduce en conductas verbales como insultos, gritos, críticas permanentes, desvalorización y amenazas<sup>343</sup>.

En la práctica, como lo menciona Torres, las diversas modalidades del maltrato suelen presentarse juntas. Y la violencia psicológica acompaña también a las otras variantes, aunque esta última resulta más difícil de definir, identificar y conceptualizar<sup>344</sup>. Pese a la complejidad, autoras como Cervantes, Ramos y Saltijeral nos hablan de la violencia psicológica como conductas no verbales en las que la indiferencia, el rechazo y la intimidación física están presentes<sup>345</sup>.

Ambos tipos de violencia podemos constatarlos en *Casas vacías*. Por un lado, la protagonista y su esposo Fran, que aun cuando éste no golpea a su esposa ni la insulta, sí ejerce violencia psicológica al ignorarla en la toma de decisiones importantes que la afectan a ella directamente:

---

<sup>342</sup> Judith BUTLER, *Lenguaje, poder e identidad*, Madrid, Síntesis, 2004, p. 45.

<sup>343</sup> Consuelo CERVANTES, Luciana RAMOS, María SALTIJERAL, «Frecuencia y dimensiones de la violencia emocional contra la mujer por parte del compañero íntimo», en Marta TORRES, *op. cit.*, p. 317.

<sup>344</sup> Marta TORRES, *op. cit.*, p. 37.

<sup>345</sup> Consuelo CERVANTES, Luciana RAMOS, María SALTIJERAL, *op. cit.*

Subimos al avión con Nagore y Daniel en brazos. Daniel tenía dos meses de nacido. Yo no quería volver a casa. Sé que Fran hizo todo porque Nagore fuera nuestra, a pesar de que los abuelos quisieron quedársela. [...] Subimos al avión y sentí miedo de saber que Nagore iba a estar a mi cargo, no sabía qué hacer con dos niños<sup>346</sup>.

Fran lleva a cabo todo el proceso necesario para adoptar a Nagore y así llevarla a vivir a México. Sin consultar a su esposa, sin pedirle su opinión o, en todo caso, saber si está de acuerdo con la idea, Fran toma entonces la decisión de llevarse a Nagore, apartándola de su padre, sus abuelos y demás familiares para ser educada por la protagonista. Una agresión que pese a ser menos evidente, sigue siendo igual de directa.

Lo anterior se traduce en formas no verbales de violencia y, por lo tanto, en una violencia psicológica en la cual se dispone de las mujeres, se decide sobre sus vidas, se impone la voluntad masculina por encima de los deseos de ellas, actos que implican tomar decisiones por encima del parecer de las mujeres<sup>347</sup>.

Cabe recalcar que la madre de Daniel llega a ser consciente de las acciones que atentan contra su voluntad: «Fran nos impuso el cuidado de Nagore. Yo me volví madre de una niña de seis años»<sup>348</sup>. Por su parte, la protagonista sólo saldrá de esa violencia no dicha para atacar a Fran: «Como frenética fui a levantar la taza de café que él tenía sobre el comedor mientras algo le decía a Nagore, se la aventé esperando una pelea. Pero Fran ya no peleaba y me dejaba atorada entre el llanto y la ira»<sup>349</sup>. Sin embargo, él solo la atajará con su laconismo, silencios todavía más rotundos<sup>350</sup>: «Fran, el estoico, el fuerte, el duro, el relojito exacto, el conmensurable»<sup>351</sup>. Las actitudes de Fran dan cuenta una vez más las dinámicas de violencia psicológica presentes en la relación.

Bajo tales dinámicas Fran somete pues a su esposa y a su sobrina a una convivencia forzada. La protagonista sufrirá la violencia en silencio aunque no sin consecuencias, dado que gran parte de su coraje reprimido lo desquitará con Nagore. Ejemplo de ello son los continuos enfrentamientos entre ambas, los cuales van desde la ofensa verbal: «¿Por qué no

---

<sup>346</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 30.

<sup>347</sup> Cándida VIVERO, *op. cit.*, p. 99.

<sup>348</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 21.

<sup>349</sup> *Ibid.*, p. 28.

<sup>350</sup> Gabriela TREJO, *op. cit.*, p. 87.

<sup>351</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 24.

desapareciste tú?, le dije aquella vez a Nagore»<sup>352</sup>, hasta el abuso psicológico: «No siempre se odia, Nagore, pero estamos muy cerca de ello. Y le dejaba el plato en la mesa y la obligaba a comerse todos los bocados»<sup>353</sup>. En ese contexto de hostilidad, la posibilidad de escapar al sojuzgamiento familiar, a la permanente humillación y a la violencia cotidiana que define Marcela Lagarde, no será posible para la protagonista<sup>354</sup>. Por el contrario, ella misma pasará de ser víctima a victimaria de su sobrina Nagore, reproduciendo una vez más la espiral de violencia y sufrimiento a la que ambas están sujetas.

Por otro lado, la coprotagonista padece asimismo la violencia verbal y psicológica por parte de su pareja Rafael. La ofensas verbales parecen ser una constante en la relación: «Pinche vieja enferma, cabrona, pinche enferma, me decía»<sup>355</sup>, al grado de que la coprotagonista enfrenta a Rafael de la misma manera: «-Pendejo, ni escuchas... -Putas. -Pendejo. -Putas. -Pendejo. Y así nos dijimos muchas veces»<sup>356</sup>. En ese contexto colmado de violencia la coprotagonista es la principal víctima, cuya reacción al intentar responder a las agresiones y manipulaciones solo convierte la relación en algo oscuro y viciado<sup>357</sup>.

Al igual que con la violencia física, las prácticas de violencia verbal se ejercen desde los inicios del noviazgo. Aunque en este caso, ella afirma ser consciente de su elección por Rafael entre los demás pretendientes:

Si yo no había tenido novio antes de Rafael no fue porque yo no quisiera, lo que pasa es que yo veía cómo me echaban el ojo los muchachos por la calle y se me hacían todos bien pendejos. No tenían plática, se ponían nerviosos o eran de esos que andaban detrás de la falda de su mamá. Yo no quería alguien así, yo quería a un novio que me diera orgullo andar en la calle con él, que no fuera como todos, ¿y qué era lo que podía diferenciar a un muchacho de mi colonia de todos los pendejetes? Pues lo cabroncito<sup>358</sup>.

En el argot mexicano el término «cabrón» y su derivación en diminutivo «cabroncito», tal como lo emplea la coprotagonista para identificar a Rafael, hace referencia

---

<sup>352</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 18.

<sup>353</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>354</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 536.

<sup>355</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 41.

<sup>356</sup> *Ibid.*, p. 102.

<sup>357</sup> Rosa MAYORGA, *op. cit.*, p. 4.

<sup>358</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 49.

a una persona experimentada y astuta<sup>359</sup>. ¿Es realmente eso lo que la coprotagonista buscaba de Rafael? Quizás no la violencia, pero sí el poder que según ella le otorgaba el estar con un hombre como él:

Porque también es cierto que ya me habían dicho que era un cabroncito, pero ¿para qué lo voy a negar?, nos gustan los cabrones. Yo no sé si es cierto que sea la tele o lo que sea que nos dice cómo nos tienen que gustar los hombres pero a mí sí me gustaba ver cómo en la calle muy envalentonados y peleoneros y con nosotras como perritos con la lengua afuera, eso me hacía sentir poder. Allá afuera muy cabrón, aquí dentro, muy verga pa' mí, decíamos las amigas y nos reíamos porque sí eran como gatitos mojados cuando querían acostarse con una<sup>360</sup>.

Ahora que, en circunstancias reales, la coprotagonista no es quien mantiene el poder en la relación sino su pareja. En ese sentido, Rafael posee entonces un dominio sobre el cuerpo de la coprotagonista, al punto que decide sobre la reproducción<sup>361</sup>. En el anhelo de la coprotagonista por tener un hijo, Rafael impide no sólo la concepción, sino también un orden en las prácticas sexuales que como hemos mencionado se caracteriza por el *coitus interruptus*: «Otras veces se salía cuando ya estaba a punto de acabar y se venía en mi pecho o en mi pubis»<sup>362</sup>. Frente a esta situación, la coprotagonista sufre en silencio y manifiesta su sentir hacia el rechazo, mencionando que «Lo veía feo. Sentía que me despreciaba»<sup>363</sup>.

La violencia psicológica está tan internalizada en la vida de los personajes que ya no los escandaliza pese al dolor que yace en ella. Rafael, a sabiendas del mayor anhelo de la coprotagonista y pese a no cumplir con éste, amenaza entonces a la mujer con la posibilidad de dañarle los senos y que así ella no pueda lactar: «Se te van a desinflar y ya no te van a servir y yo tenía miedo de que fuera cierto y no pudiera darle pecho a mis bebés. Rafael se reía y no sé cómo pero ya mejor nos encontentábamos»<sup>364</sup>. De este modo, y con el temor que la agresión provoca a la coprotagonista, la violencia asume un perfil psicológico<sup>365</sup>. Rafael es consciente de ello, y aun así su respuesta es la de burlarse como si sus actitudes fueran una simple broma de mal gusto.

---

<sup>359</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, «cabrón», *op. cit.* <https://dle.rae.es/cabr%C3%B3n>

<sup>360</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 47.

<sup>361</sup> Rosa MAYORGA, *op. cit.*, p. 4.

<sup>362</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 91.

<sup>363</sup> *Ibid.*

<sup>364</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>365</sup> Richard LEONARDO, *op. cit.*, p. 11-12.

Posterior a la llegada de Leonel, la reacción de Rafael se vuelve aún más violenta, lo que se puede entender como una supuesta falta de respeto al traer al niño a la casa sin consentimiento. Este gesto entraña de algún modo un ejercicio de poder de la coprotagonista sobre su pareja. Tomemos en cuenta que Rafael no mantiene el hogar, sino la madre de Leonel a partir de la elaboración y venta de postres. Aunado a ello, su pareja siente que su poder se ve limitado con la llegada de Leonel. Razón por la cual se esfuerza más en insultarla y posteriormente en golpearla: «¿Te lo robaste, estás pendeja?, me gritó un rato después de que vio que entré a la casa [...] Estás enferma, ¿qué tienes en esa puta cabeza, hija de la chingada?»<sup>366</sup>.

Como lo expresa el filósofo surcoreano Han Byung el ejercicio de la violencia no hace más que incrementar el poder<sup>367</sup>. De ahí que el objetivo de las acciones de Rafael sobre la coprotagonista sea precisamente la de no ser dominado por ella. Y en lo que concierne a la relación entre ambos, el acto violento se vuelve una práctica común y reiterada en la que la coprotagonista sufre las consecuencias la mayor parte del tiempo<sup>368</sup>.

Las consecuencias sólo se agravarán ya que poco a poco todos los que conviven o están alrededor de la coprotagonista la irán abandonando o se irán distanciando a causa del robo de Leonel. La coprotagonista se hará acreedora al desprecio de su pareja, quien como hemos mencionado ya ejercía violencia sobre ella, así como de su familia y por ende de su mamá, con quien de igual forma había mantenido una relación de tensión durante años. Con ese escenario de violencia psicológica que se traduce en abandono, Brenda Navarro ilustra la vulnerabilidad a la que son expuestas las mujeres. La coprotagonista es una de ellas al ser sometida a la violencia machista y patriarcal, colocándola en un completo estado de indefensión<sup>369</sup>.

Lo anterior logra resonar con las palabras de Rita Segato en tanto que la función central en las prácticas crueles permite el ejercicio de una soberanía, de un control territorial, que se expresa en su capacidad de acción irrestricta sobre los cuerpos<sup>370</sup>. Teniendo en cuenta estas reflexiones, la coprotagonista será entonces quien posea menos recursos afectivos para

---

<sup>366</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 40.

<sup>367</sup> Han BYUNG, *Topología de la violencia*, Barcelona, Herder, 2016, p. 30.

<sup>368</sup> Richard LEONARDO, *op. cit.*, p. 11.

<sup>369</sup> Cándida VIVERO, *op. cit.*, p. 106.

<sup>370</sup> Rita SEGATO, *op. cit.*, p. 56.

poder hacer frente a tal realidad, y por consiguiente será ella la que más padezca la violencia física, sexual, verbal y psicológica.

### Capítulo III: Modalidades de la supervivencia

«Para sobrevivir nos desidentificamos como mujeres», así lo menciona Marcela Lagarde al tratar de desentrañar las múltiples maneras en que las mujeres intervienen en la conformación de las identidades genéricas de mujeres y hombres. En particular, en las formas en que reproducen la opresión<sup>371</sup>. Esta se traduce en los cautiverios, término al que ya nos hemos referido, pues establecen a todas las mujeres como cautivas de su cuerpo-para-otros, procreador o erótico, y de su ser-de-otros, vivido como su necesidad de establecer relaciones de dependencia vital y de sometimiento al poder y a los otros<sup>372</sup>.

En el capítulo anterior, hemos señalado el modo en que las mujeres también forman parte de esa reproducción de la opresión y la violencia. Y pese a ello, las protagonistas que nos presenta Brenda Navarro se esfuerzan por desidentificarse como mujeres, en todo caso, mujeres que viven en cautiverio. Lagarde expone cómo los grados y las formas concretas en que esto ocurre varían de acuerdo con la situación de las mujeres, con los espacios sociales y culturales en los que se desenvuelven, con la mayor o menor cantidad y calidad de bienes reales y simbólicos que poseen y con su capacidad creadora para elaborar su vida y sobrevivir en su cautiverio<sup>373</sup>.

En el sentido que les da la RAE a las palabras de «supervivencia» y por ende a «sobrevivir», la protagonista y la coprotagonista viven entonces con escasos medios o en condiciones adversas<sup>374</sup>. No obstante, y aun cuando ambas padecen la violencia en tales condiciones, no la viven en el mismo grado ni en las mismas formas. Es por ello que la capacidad para elaborar su vida y sobrevivir en la opresión a la que se refiere Lagarde no será igual entre ambas mujeres.

Independientemente, es posible identificar tres fases semejantes por las que sí transita su capacidad de sobrevivir la opresión. En principio, el deseo y el arrepentimiento. Seguido de la culpabilidad. Y finalmente, la soledad. Si tomamos en cuenta a Foucault, el poder implica siempre alguna forma de resistencia<sup>375</sup>. De ahí que para las mujeres, en particular

---

<sup>371</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 19.

<sup>372</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>373</sup> *Ibid.*

<sup>374</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, «sobrevivir», *op. cit.* <https://dle.rae.es/sobrevivir>

<sup>375</sup> Michel FOUCAULT, «El sujeto y el poder», *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 3, 1988, p. 19.

para las protagonistas de *Casas vacías*, las fases mencionadas sean el recurso empleado para resistir.

## **1. El deseo y el arrepentimiento**

Entre la maternidad indeseada de quien pierde a su hijo y la maternidad deseada de quien lo roba, la literatura de Brenda Navarro representa a dicha maternidad como algo nada idílico y sí colmada de prejuicios si consideramos que ambas mujeres creen tener un deseo consciente de hacerlo, pese a que en la realidad este anhelo se caracteriza por un condicionamiento social<sup>376</sup>. Ante tal imposición, ambas protagonistas transitarán entonces del deseo al arrepentimiento, poniendo en jaque a la figura femenina como mujer y madre que se desenvuelve en contextos socialmente ya violentos.

En primer lugar, la protagonista manifiesta una suerte de confusión desde el momento en que cree estar embarazada:

Es que no sé si estoy embarazada, le hice saber a Fran ante su insistente pregunta de si estaba bien. Fran, desconcertado, se volvió un limón exprimido. No lo sabré hasta que regresemos a casa. Me supo ácida su cara, tragué agrio. Puede que no sea nada, le dije disculpándome. Midió su temple cuando apretó los labios para no decir nada<sup>377</sup>.

La reacción de Fran no parece ser la esperada por protagonista, quien pide disculpas por no tener certeza en la gestación, o mejor dicho, por el hecho de que el embarazo sea real y Fran no se muestre de acuerdo. Ahora bien, una vez que la prueba del embarazo se confirma, la respuesta de Fran se vuelve aún más desconcertante: «Me hice los análisis para saber si estaba embarazada. Cuando se lo dije a Fran, me abrazó como si eso fuera lo que tuviera que hacer»<sup>378</sup>. Tomemos en cuenta que anteriormente Fran no se mostraba del todo convencido de tener un hijo, de ahí que una vez que el embarazo es real para la protagonista, ésta se muestra dubitativa por la reacción opuesta del esposo. De inmediato, la protagonista

---

<sup>376</sup> Cándida VIVERO, *op. cit.*, p. 105.

<sup>377</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 71.

<sup>378</sup> *Ibid.*, p. 24.



aparenta dejar de lado su confusión para buscar la confirmación de Fran en cuanto a la decisión y concepción del bebé:

¿Lo quieres, quieres que tengamos este bebé?, pregunté. Sí, dijo que sí. (Respira, respira...). ¿Lo quieres cuidar, me vas a cuidar? Sí, dijo que sí. No importa qué pase, ¿vamos a estar bien, no? Sí, dijo que sí. Dijo (respira) que sí. (Respira, ¡respira, respira, respira!). Dijo que sí. ¿No importa qué pase, vamos a estar bien, no? Sí. No importa qué pase, ¿vamos a estar bien, no? Sí. No importa qué, vamos a estar bien. ¿No? Sí. No importa qué pase, vamos a estar bien. No<sup>379</sup>.

Pese a la aceptación de Fran, las acotaciones de la obra dan cuenta de la manera en que la protagonista se contiene con los constantes «Respira» que se dirige a sí misma. ¿Tal vez el deseo de la pareja nunca fue un deseo compartido? Al respecto de dicho anhelo, Simone de Beauvoir señala que las mujeres no tendrían que ser madres si no querían, no estaban obligadas a quedarse en casa criando a sus hijos, por el contrario, deberían poder elegir su destino y exigir las mismas oportunidades que los hombres<sup>380</sup>. Con ello, y aun cuando la protagonista no está convencida del todo, asume el anhelo por el embarazo como si fuera propio, como si éste fuera su obligación.

A partir de este momento, la protagonista vive su embarazo con un malestar que es cada vez más difícil de conciliar. Entre el dolor físico que yace en la gestación del feto: «Con Daniel en el vientre abultado, con las piernas rozándose piel con piel, porque tenían más grasa que de costumbre»<sup>381</sup>, los efectos alimenticios en su cuerpo: «Tomaba jugo de naranja por la mañana; la mayoría de las veces, mucho antes de que pudiera llegar al esófago, lo vomitaba»<sup>382</sup>, así como con la carga mental por la pérdida del bebé: «Temer a la primera mancha de sangre que se apareció en mis bragas. Fran, voy a perder al bebé. (Oh, premonición). Pero nunca hubo señales de aborto ni mucho menos»<sup>383</sup>, la madre de Daniel empieza a mostrar signos de su arrepentimiento con la flagrante pregunta: «¿Quién se inventó que el embarazo era la mejor época de una mujer?»<sup>384</sup>.

---

<sup>379</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 24.

<sup>380</sup> Simone DE BEAUVOIR, *Le deuxième sexe*, París, Gallimard, 2003, p. 220-221.

<sup>381</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 78.

<sup>382</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>383</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>384</sup> *Ibid.*, p. 73.

En un primer momento, todo gira alrededor de la salud, concordando así con las palabras de Marcela Lagarde: «El estado de salud es condición que define la maternidad de las mujeres durante toda su vida. La nutrición, la ausencia de enfermedades, y el bienestar general del cuerpo son básicos»<sup>385</sup>. Con lo anterior, podemos constatar en qué medida el estado de salud llega a ser crucial en el embarazo de la protagonista y quizás hasta obligatorio como mujer gestante. De ahí que los reproches por parte de los demás familiares no se hagan esperar:

Camina. Sal a caminar. No camines tanto. Apenas y puedes caminar. Daniel crecía lento pero me invadía toda. Constantemente me pasaba las manos sobre la cara, estaba desesperada porque Daniel naciera. ¿Cómo estás?, me preguntaban, y yo decía que muy mal. ¿Embarazo de alto riesgo? Todo embarazo es de alto riesgo, respondía para justificar las dolencias que todos minimizaban<sup>386</sup>.

Tras los constantes comentarios, el cuerpo de la protagonista se afianza entonces como ese cuerpo-para-otros que nos menciona Lagarde. Su cuerpo ya no le pertenece más, ¿o quizás nunca le perteneció? Ahora es de Daniel, de Fran, de su familia: «Camina, sal a caminar, le hará bien al bebé. ¿Y lo que me hace bien a mí? Me daba igual la tristeza de Fran y su familia. Yo luchaba con mi propio infierno, pueril, soso, vano, pero mi infierno. No se puede ser humano si otro organismo te succiona la vitalidad»<sup>387</sup>.

Posterior a esta reflexión la madre de Daniel cae en cuenta de lo que realmente siente a propósito de la maternidad: «Tenía la esperanza de que yo podía hacerme cargo de mí misma y de mi familia. No sé por qué, ni bajo qué manda o perorata social me impuse ese deseo que, a decir verdad, no sentía»<sup>388</sup>. La realidad resulta tal para ella que, en este punto, ese anhelo impuesto se vuelve inconciliable, no es ella quien alguna vez eligió conscientemente dar continuidad a su embarazo, sino que estuvo influenciado o mejor dicho obligado por la sociedad que hace de las mujeres seres para la maternidad. Una sociedad en la que palabras como «Ese día debimos haber abortado»<sup>389</sup> no tienen cavidad.

---

<sup>385</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 250.

<sup>386</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 72-73.

<sup>387</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>388</sup> *Ibid.*, p. 125.

<sup>389</sup> *Ibid.*, p. 24.

Acto seguido, el anhelo que alguna vez guió las acciones de la madre de Daniel ahora toma la forma de un arrepentimiento cada vez más exacerbado. Lo anterior, se traduce en la dificultad que tendrá para ejercer la maternidad con su propio hijo y con su sobrina Nagore, al grado de añorar ser Amara, la cuñada asesinada, y así librarse de toda obligación: «Otras muchas veces deseaba ser Amara, la hermana de Fran, y dejarle la responsabilidad de velar por dos vidas ajenas. Ser yo la malnacida, la malvivida, la mal asesinada»<sup>390</sup>.

Esta actitud hace de esta mujer una madre no normativa como hemos señalado en capítulos anteriores, pues su arrepentimiento está presente al haber aceptado que se le confíe a Nagore, que sea capaz de concebir y parir, y por ende, de ser madre:

¿Y qué eran estos arrepentimientos y esta envidia que me causaba Amara? Ella no tenía que hacerse cargo de la tristeza que dejó cuando no quiso salir de ese cuarto marital antes de que fuera demasiado tarde, ni de Nagore, ni de Daniel... Ella será recordada como víctima, yo como victimaria<sup>391</sup>.

La madre de Daniel no logra desprenderse de esa doble sensación, el vivir con el deseo y el arrepentimiento que le causa su rol de madre. Por lo tanto, el uso que hace del recuerdo de Amara y su trágico final se vuelven una práctica constante para reprocharse su falta de deseo y su cada vez mayor arrepentimiento que no concuerdan, una vez más, con los cometidos de lo que debe ser una madre en la sociedad.

En otro punto de la ciudad, la coprotagonista experimenta a su vez esa doble sensación de deseo y arrepentimiento en su rol de madre. Tomemos en cuenta que la frase inicial da ya cuenta de dicho arrepentimiento: «Mejor no hubiera llegado Leonel a nuestras vidas»<sup>392</sup>. El contraste con el deseo es evidente toda vez que prosigue confesando: «Quería ser madre de los hijos de Rafael»<sup>393</sup>. Progresivamente, la voz del deseo de la coprotagonista se revelará como una maternidad idealizada y constantemente negada, cuyo grito surge como una posibilidad de rescatarse siendo madre<sup>394</sup>.

---

<sup>390</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 22.

<sup>391</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>392</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>393</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>394</sup> Ana GONZÁLEZ, «Monstruos, putas o víctimas. La representación literaria de la mujer criminal en dos autoras mexicanas contemporáneas: Brenda Navarro y Norma Lazo». En Ana GONZÁLEZ, Lucía MELGAR, Lucía RAPHAEL, (Ed), *Pensar la justicia con perspectiva de género*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2023, p. 71.

De este modo, el anhelo, consciente o inconsciente, de la coprotagonista parece ir definiéndose poco a poco a manera de confesionario: «Y es que lo que pasa es que siempre quise tener una hija»<sup>395</sup>. Detrás de esa frase, podemos encontrar todo una serie de razones que explican en qué medida el deseo está influenciado por su entorno social. Entre la familia disfuncional en la que ha crecido y el poco amor que ha recibido, así como con los encuentros con sus tías y primas que devienen madres en pocos años, la coprotagonista se convence entonces de que su mayor anhelo es el de criar a una niña en familia: «Yo lo que quería de Rafael era una familia [...] Yo quería educar una niña que fuera distinta a mí, a mi madre, a la madre de Rafael, a mis primas. Una mujercita distinta que no se dejara de nadie pero que fuera amorosa, ¿por qué eso podía ser malo?»<sup>396</sup>.

El amor, o quizás amar diferente, vivir de otro modo en el que no se ejerza la violencia en el entorno familiar es lo que guía el anhelo de la mujer: «Con lo que no podía vivir era sin ser madre. ¿Que por qué la aferración? Pues porque sí, ¿qué tiene de malo querer ser madre, qué tiene de malo querer dar amor?»<sup>397</sup>. El dolor emocional se acentúa una vez que Rafael se muestra indispuerto a tener hijos, desinteresado cada vez más en la relación, lo cual explica el modo en que el anhelo de la coprotagonista por formar una familia se torna completamente obsesivo. Buscando una salida a un deseo cada vez más ferviente, se puede interpretar que la coprotagonista pierde la cordura toda vez que toma la decisión de robarse a un niño, Daniel precisamente, y así cumplir su sueño que, a su parecer, le permitiría ser feliz, pertenecer a algo.

Con lo anterior, cabría preguntarse ¿por qué Daniel? ¿por qué un niño si su deseo siempre fue el de tener una hija? Tal decisión parece guiarse por una práctica en la que antepone el bienestar de los otros al propio, específicamente, el de Rafael: «Pero luego pensé que Leonel pondría más contento a Rafa, que jugarían futbol, a las luchitas, cosas de hombres»<sup>398</sup>. Asimismo, y teniendo en cuenta el entorno violento en el que la coprotagonista se desenvuelve con Rafael, la maternidad idílica de la que se sabe convencida la ve también como una manera de reducir el abuso que padece en su relación: «Yo pensé que ya con Leonel

---

<sup>395</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 40.

<sup>396</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>397</sup> *Ibid.*

<sup>398</sup> *Ibid.*, p. 40.

en casa las malas rachas se iban a acabar»<sup>399</sup>. Por el contrario, se agrava la relación y por ende la violencia.

A medida que la coprotagonista interactúa con Leonel, el «niño güero pero con gracia, como con ángel, como con estrella, bien bonito»<sup>400</sup>, ese niño que a su parecer llegaría para cambiarlo todo, no hace más que suscitar su arrepentimiento. En pocos días de convivencia con Leonel «nos desesperó su comportamiento. No sabíamos qué le pasaba porque se tiraba al suelo, se pegaba en la cabeza y si queríamos detenerlo soltaba de patadas y manotazos»<sup>401</sup>. El comportamiento peculiar, pero sobre todo persistente de Rafael viene a confirmar «semanas después [cuando les] dijeron que tenía autismo y que a lo mejor por eso no le gustaba casi nada»<sup>402</sup>.

En ese momento, la coprotagonista reconoce su arrepentimiento: «Mejor no hubiera llegado Leonel a nuestras vidas»<sup>403</sup>. Lo que alguna vez fue un deseo ferviente se viene abajo, pues ahora con la condición de Leonel se convence de que «el autismo lo arruinó todo»<sup>404</sup>. A partir de ese momento, se intensificará su arrepentimiento de querer ser madre, llegando en ocasiones a vivirlo como un castigo impuesto de la parte de Rafael «por no haberme hecho una niña»<sup>405</sup>.

Por lo tanto, la maternidad deseada no será lo que ella había soñado. Quizás nunca supo lo que su anhelo realmente significaba, el desgaste que implicaba cuidar a un niño, aún más si es robado y padece autismo. Teniendo en cuenta tales condiciones, la coprotagonista no puede salir de casa y así con ello incapaz de disfrutar de la convivencia con el niño: «Por eso, los primeros días, [...] me daba mucho miedo salir a la calle con Leonel y que alguien fuera de chivato»<sup>406</sup>. De un momento a otro, la coprotagonista se torna temerosa ante el reconocimiento del niño y por ende del robo. Por esa razón, como lo explica Brenda Morales, la vida de la coprotagonista transcurre «entre cuatro paredes, en la casa de los dos patios que ella rentó pensando que sería feliz al lado de su familia»<sup>407</sup>.

---

<sup>399</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 44.

<sup>400</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>401</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>402</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>403</sup> *Ibid.*

<sup>404</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>405</sup> *Ibid.*, p. 46.

<sup>406</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>407</sup> Brenda MORALES, *op. cit.*, p. 250.

En ese sentido, *Casas vacías* supone también una reflexión en cuanto a los trabajos de cuidados y la maternidad definidos desde el mercado y el sistema capitalista. La realidad no es idílica, pues «lo que se vende como empoderamiento de las mujeres parece sumisión»<sup>408</sup>. Por tanto, las palabras de Morales pueden recordar a las de Lagarde en el sentido de que las protagonistas de la novela están más cerca de vivir en un cautiverio que en la realización del anhelo.

Convertidas en madres de un mismo hijo, Daniel y Leonel, la vida de las dos mujeres coincide sin que la madre de Daniel sepa de la existencia de la madre de Leonel. Las protagonistas transitan entonces por un deseo en el que la posibilidad y la responsabilidad de ser madre es el eje conductor. Ambas se confrontarán con los obsoletos mandatos sociales de la maternidad, «asediadas por el discurso que les exige conductas que sobrepasan sus capacidades, que las convierte en seres de sufrimiento y arrepentimiento»<sup>409</sup>. Con ello, Brenda Navarro parece denunciar precisamente la desesperación que sufren las mujeres en sociedad, y hasta qué punto adoptan conductas extremas para intentar cambiar la situación de opresión y violencia a la que están sujetas.

## **2. La culpabilidad**

A la desesperación por un deseo que las hace convertirse en seres de arrepentimiento, es preciso incorporar un sentimiento de culpabilidad en el que yace el fracaso como madres. O en todo caso, como madresposa. La vivencia de su condición de mujer de acuerdo a las normas de ser – para y de – otros, siempre ligado a su deber en la reproducción y en la maternidad. Aunque a su manera, la madre de Daniel y la madre de Leonel, quedarán unidas por las decepcionantes experiencias en torno al mismo hijo. Un niño autista al que nunca lograron entender y del que se saben culpables por no haber sido la madre que su hijo necesitaba.

---

<sup>408</sup> Brenda MORALES, *op. cit.*, p. 253.

<sup>409</sup> Richard LEONARDO, *op. cit.*, p. 19.

Como lo menciona Gabriela Trejo «exponer su fracaso como madres de Daniel y Leonel, habría significado aceptar que el niño nunca fue el hijo que desearon»<sup>410</sup>. La culpabilidad llega entonces para fustigar su conciencia a través del verdadero sentimiento que tenían por su hijo. La confesión de que quizás su peor error no fue perderlo sino desear tenerlo, lo cual implicaría contravenir el canon de la maternidad. En otras palabras, dos protagonistas que con sus acciones llegan a ser consideradas malas madres, dos mujeres que ejercen así una maternidad no normativa.

En primer lugar, la protagonista en su esfuerzo por cumplir con el deber-ser y el deber-hacer de la mujer-madre, se percata de que fracasa en su cometido y por lo tanto se culpabiliza al no haber podido desempeñar su rol de manera idónea: «Si alguien fue culpable de lo que pasó después fui yo, porque decidí ignorar ese pensamiento que pudo salvarnos a todos. Lo ignoré, lo ignoré. Otra pudo haber sido nuestra historia»<sup>411</sup>.

Al pensar que su actuar pudo haber sido diferente, la culpabilidad parece carcomer a la madre de Daniel. Con ello, la voz interna actúa bajo un efecto destructivo que crítica y somete a la protagonista al dolor, llegando a convencerse de que: «No merezco respirar. Respiro. Mi condena es respirar»<sup>412</sup>.

A tal culpa se le añade la que yace en el adulterio cometido por la protagonista, quien al momento de perder de vista a Daniel revisaba los mensajes de texto de Vladimir, su amante, en cuyo mensaje le hacía saber que ponía fin a su relación con ella:

Si yo no hubiera decidido estar con Vladimir, yo sería todavía la promesa de una mujer que se construye. No tendría familia, no tendría dolor, pero el amor no se esfuma, el desamor no se elige, aunque al decir esto parezca que me estoy exculpando<sup>413</sup>.

La protagonista no muestra la mínima compasión hacia sí misma. Y pese a que es consciente de su dolor no es capaz de absolverse de la culpa de sus acciones. En esas condiciones de dureza, la culpabilidad también se hará presente de manera física una vez que

---

<sup>410</sup> Gabriela TREJO, *op. cit.*, p. 86.

<sup>411</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 72.

<sup>412</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>413</sup> *Ibid.*, p. 27.

sus familiares se den cuenta de las secuelas en las rutinas diarias y los hábitos alimenticios de la madre de Daniel:

¿Adónde va Daniel todas las mañanas en las que yo me quedo tirada en la cama, esperando que el tiempo no pase y él no sea el niño desaparecido? ¿Adónde va y a quién mira? ¿Hay alguien a quien le diga madre? [...] Nagore se acercaba a la puerta de mi habitación, se quedaba parada hasta que yo le preguntaba qué quería. Nada, decía la mayoría de las veces. Otras, me traía fruta. Come, me decía<sup>414</sup>.

El desgaste mental es tan intenso que la dolencia hace su aparición, la culpabilidad se escapa de la mente y según Judith Butler «se manifiesta entonces como dolor que se difunde por la superficie corporal y puede aparecer como enfermedad física»<sup>415</sup>. Bajo ese estado de sufrimiento, la figura de su sobrina Nagore intenta cuidar de la protagonista. Por el contrario, tal atención sólo abona a la culpabilidad que ya siente por la pérdida de Daniel. Nagore es una niña que nunca pudo comprender, que no logró cuidar como lo hace ella. De ahí que se acentúe el agobio con el reconocimiento del fracaso como madre de ambos niños. Cabría no perder de vista que, como hemos mencionado anteriormente, la protagonista nunca deseó realmente ser madre, sino que se convenció de ello a través de la imposición de su pareja Fran. Ese mandato que se les exige a todas las mujeres en sociedad, estén en pareja o no.

A este aspecto, se le añade también la culpabilización social e institucional que experimenta la protagonista en la procuraduría al denunciar la desaparición de Daniel:

¿Tenía autismo y lo dejó solo?, me inquirió la mujer que me atendía. Anotó eso en señas particulares para el reporte: es autista, para normalizar su desaparición y para conjugarlo con mi estupidez. [...] ¿Qué hacía mientras tanto? Porque algo debió de hacer para no estar al lado de su hijo. Sí estaba al lado de mi hijo, pero él jugaba. [...] ¿Usted lo cuidaba sola, lo quería? ¿Cómo que si lo quería? ¡Era mi hijo! Ajá, mmm... Espere allá<sup>416</sup>.

El tono de las preguntas de la servidora pública no hace más que culpar a la madre de Daniel, un niño autista al que su madre no supo cuidar mientras jugaba en el parque. Bajo ese contexto las palabras de Judith Butler son precisas dado que se sitúa a la protagonista

---

<sup>414</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 34.

<sup>415</sup> Judith BUTLER, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales discursivos del sexo*, *op. cit.*, p. 104.

<sup>416</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 116-117.



como «sujeto antes de los hechos para poder asignarle culpa y responsabilidad con respecto a los efectos dolorosos de una cierta acción»<sup>417</sup>. La protagonista no encuentra así el apoyo en los órganos de gobierno, aunque sí lo hace con los colectivos de madres buscadoras. Mujeres con las que se reunirá en una ocasión:

¿Qué pasó con tu hijo?, preguntó una, y yo, que sentía que mi descuido en el parque era una estupidez y una negligencia frente a ellas que enarbolaban sus historias como las más tristes, dije que no quería hablar. Ya hablarás, me dijo una, y yo asentí con la cabeza, pero no hablé, incluso cuando nos reunimos en un salón prestado de un edificio viejo en el centro de la ciudad, procuré sentarme hasta atrás para perderme entre las cabezas y las discusiones. Me fui apenas pude<sup>418</sup>.

Pese a la empatía de las mujeres, la protagonista no se siente capaz de expresar su dolor, no cree estar al mismo nivel que ellas. La verdadera razón de su descuido no la hace una mujer digna, sino todo lo contrario, una mala madre en comparación con la labor de estas mujeres: «¿Qué iba a decir yo? ¿Perdí a mi hijo autista por pensar en un hombre? Qué insignificante me sentí. Por eso no volví»<sup>419</sup>.

Aunque dicho descuido sí le será señalado por Nagore y Fran. Ambos le reprocharán, a su manera, la distracción como un factor en la desaparición de Daniel:

Si un día te vas a atrever a decirme en voz alta que yo soy la única culpable de todo lo que pasa, deberá ser pronto, le dije a Fran. [...] Y un día lo hizo: Pudiste ser más cuidadosa, me dijo. (Piqueteo, piqueteo intenso en el hígado)<sup>420</sup>.

Como si la herida fuera causada por la misma arma, las palabras de Nagore parecen producirle el mismo efecto que las palabras de Fran, un sufrimiento emocional y físico que no le es posible contener:

Nagore me fulminó con la vista y se preparó para atacar: Tú mataste a Daniel y ni siquiera nos permitiste despedirnos de él; tú eres peor; tú nos dejaste sin él, sin que pudiéramos despedirnos, nos lo arrebataste; tú eres peor. Sentí que la punzada en el hígado se me reactivaba. (Respira, respira, respira, respira)<sup>421</sup>.

---

<sup>417</sup> Judith BUTLER, *Lenguaje, poder e identidad*, op. cit., p. 82.

<sup>418</sup> Brenda NAVARRO, op. cit., p. 127.

<sup>419</sup> *Ibid.*

<sup>420</sup> *Ibid.*, p. 34-35.

<sup>421</sup> *Ibid.*, p. 123.

Esta carga emocional tendrá sus consecuencias una vez que sea consciente del destino de muchos niños desaparecidos. Ya que con el informe de la procuraduría sobre un niño violado, cuyas características quizás correspondían con las señas personales de Daniel, la culpabilidad de la protagonista será mayor, resultándole inimaginable que por su culpa su hijo pudo haber sufrido tal destino: «Pero también pasa que a los niños los maniatan, violan, descuartizan, esclavizan, los vuelven pornografía. Pero también pasa que es posible que Daniel esté tirado en la basura, pudriéndose, oliendo mal, con cucarachas encima, con gusanos comiéndoselo»<sup>422</sup>.

Por todo ello, las reflexiones de la protagonista la llevarán a aceptar su culpabilidad en la desaparición de Daniel, considerándose como una mala madre, una madre no normativa que no supo cuidar de su hijo. En su aceptación, escindirá tal sentimiento contra su esposo Fran y su hija Nagore: «Cuando estaba aquí nunca lo vieron. [...] Yo tampoco. Eso era lo que más dolía, que, en el fondo, los tres sabíamos que mi descuido era el descuido de los tres, pero que era más fácil echarme a mí la culpa»<sup>423</sup>. La violencia que se ha ejercido en un entorno familiar disfuncional ha sido tal que la protagonista llega a reconocer su falta, no sin antes sopesar esta situación de la que otros también han sido partícipes.

En otro punto de la ciudad, el relato de la madre de Leonel estará guiada asimismo por el sentimiento de culpabilidad que yace en su incapacidad de cumplir con el rol de madre que el niño necesitaba. Desde el primer momento en que la coprotagonista se roba a Leonel, ésta se da cuenta de que no logra comprender del todo al niño:

Yo me quedé con Leonel en la sala. Y le dije Leonel, Leonel, ¿qué tienes? Pero Leonel nomás se metía la mano a la boca y se le escurrían los mocos y las lágrimas por su carita hasta que después de un ratote se quedó dormido<sup>424</sup>.

Su pareja Rafael, por su parte, tampoco parece comprender la razones de la protagonista por robarse a un niño que no era el suyo: «Antes de irse me dio golpecitos en la

---

<sup>422</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 30.

<sup>423</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>424</sup> *Ibid.*, p. 41.

sien. No piensas, no piensas, me dijo»<sup>425</sup>. Un niño cuyos comportamientos le resultaban aún más raros y chocantes, evitando así el estar en casa:

El retardado no deja estar en paz. –El retardado es tu hijo, cabrón. –¡No, es tuyo y te chingas! Y me dejaba con la palabra en la boca y se iba y yo nomás me quedaba con el coraje en el estómago<sup>426</sup>.

A pesar de las condiciones, la coprotagonista intentará cumplir cabalmente con los mandatos de la maternidad, de ahí su esfuerzo tanto por suministrar lo material a Leonel como por proveerle de cierto afecto: «Ese día Leonel se durmió temprano. Lo acosté en la cunita que le había comprado y me quedé mirándolo mucho tiempo. Leonel era un bebé bien bonito»<sup>427</sup>.

Sin embargo, la madre de Leonel sólo le proveerá de amor parcialmente, ya que los continuos arranques de carácter del niño la harán cargar con otra culpa más, la de haberse robado al niño equivocado, a un niño autista que no se alinea con la vida familiar ideal que alguna vez se planteó:

Estuve enojada con él [Rafael] varios días, pero luego con el tiempo descubrí que eso mismo le hacía yo a Leonel. Piensa, escuincle de mierda, piensa... Pero Leonel se mecía de un lado a otro de la silla y si lo molestaba mucho, se ponía a pegarse contra la pared para que lo dejara en paz. Piensa, escuincle de mierda, ¡piensa!, y le daba golpecitos en la sien<sup>428</sup>.

Es preciso recalcar que incluso en su versión de madre culpable, la coprotagonista no pierde de vista su responsabilidad como una idea que ella se propuso y que por ende eligió, no obstante, tal vez no con plena consciencia de lo que significaba cumplir su deseo maternal:

Porque si en el fondo lo que yo quería era una familia, estaba dispuesta a poner de mi parte, decir que por mí no quedó. Órale, ya te metiste en la bronca, ora te responsabilizas, como decía él. Y trataba de que la casa fuera un hogar, por eso, aunque con el miedo de que las cosas se fueran a complicar<sup>429</sup>.

---

<sup>425</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 42.

<sup>426</sup> *Ibid.*, p. 60.

<sup>427</sup> *Ibid.*, p. 53.

<sup>428</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>429</sup> *Ibid.*, p. 57.

Con lo anterior, podemos mencionar que el miedo al fracaso como madre siempre está presente en el relato de ambas mujeres. Y al igual que la protagonista, la madre de Leonel es capaz de aceptar cierta responsabilidad en su actuar. Sin embargo, y teniendo en cuenta el grado de violencia del que ha sido blanco en su entorno familiar, ella se exime de cierta culpabilidad al confesarse con las palabras: «Yo soy la víctima, ¡mi vida es una puta mierda como para que crean que yo soy la mala!»<sup>430</sup>.

En ese sentido, la madre de Leonel considera que más allá del delito que cometió con el rapto del niño, su culpabilidad recae en el hecho de no saber cumplir con su rol de madre. Una mujer que elige con prudencia y amor, algo que ella no ha sido capaz de realizar: «O eso, o es que no sé escoger a los hombres de mi vida. Porque escoger a los hombres de mi vida implicaba muchas cosas, entre ellas no faltarnos al respeto»<sup>431</sup>. Por lo tanto, la culpabilidad de la protagonista no será más que la de resignarse a una vida en la que no ha podido obtener un poco de felicidad, sufriendo la presión social por ser una mujer respetable, pero sobre todo «al hecho de que yo no iba a ser madre de nadie, que nomás iba a ser la cuidadora de todos los hombres de mi vida»<sup>432</sup>.

Las dos mujeres protagonistas se vinculan así por el cuidado de un mismo niño autista que entrañará toda una culpabilidad social, institucional, familiar y, por consiguiente, hacia sí mismas. Como lo hemos apuntado en líneas anteriores, contravenir el canon de la maternidad conlleva exponer su fracaso como madres de un niño idealizado que, tal vez, nunca estuvo entre sus anhelos. De ahí que aceptar lo anterior no les sea posible, o en todo caso verbalizarlo. Ambas cargan con la propia imagen de una mala madre. La primera, quien descuidó a su hijo por estar pensando en su antiguo amante y la segunda, quien llegó a robárselo e infligirle maltrato. Al igual que ellas, Daniel/Leonel es una víctima de sus acciones. No obstante, en su imaginario él es «como un pequeño cuerpo que se pudre en alguna fosa clandestina por culpa suya»<sup>433</sup>. Las protagonistas, por su parte, son presas de dicha condena autoimpuesta, la vivencia de la culpabilidad en soledad, cargar con la verdad sobre Daniel/Leonel y de la cual no son capaces de liberarse.

---

<sup>430</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 159.

<sup>431</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>432</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>433</sup> Gabriela TREJO, *op. cit.*, p. 87.

### 3. La soledad

En dos extremos de una misma ciudad, ambas mujeres sufren ante la adversidad. El descuido de Daniel y el robo de Leonel, culmina en la desaparición por completo del niño, quien es separado al fin de las manos de su secuestradora. Las circunstancias que rodean a ambas protagonistas las han llevado a entrelazarse con sentimientos dolorosos, pero que les han permitido a hacer frente a la opresión, a sobrevivir a las distintas modalidades de la violencia y desenvolverse en la sociedad en su intento de madre. Lo anterior, sin embargo, no las exenta de hallarse en un constante estado de confusión, habitadas de incógnitas en su cabeza que poco a poco las destruye y las orilla a la soledad.

En ese sentido, *Casas vacías* rompe con la idea de explicitar los secretos que guarda una madre, la manera en que el silencio se vive en el aislamiento. Por ello, Brenda Navarro no duda en abordar la maternidad desde una perspectiva no idealizada, poniendo sobre la mesa el deseo, el miedo, el arrepentimiento, el dolor y el hartazgo que conduce, en muchas ocasiones, a la soledad de las mujeres. Las protagonistas nos muestran los entresijos de la violencia, experiencias maternas que se sostienen, como veremos, en otra forma de supervivencia como lo es la soledad.

En un primer momento, ninguna de las dos protagonistas parece encontrarse en soledad pues ambas afirman estar en compañía de sus familiares. Sin embargo, sí podemos constatar un sentimiento de soledad, de abandono ante su rol de madre en un entorno que no hace más que oprimirla. Por un lado, la protagonista expresa este sentimiento con la compañía de su hijo Daniel: «Estaba sola, sin lazos cercanos que pudieran amarrarme a la seguridad de poder equivocarme. Daniel me causaba una incomodidad con la que no podía lidiar»<sup>434</sup>. Pese a tener una familia, la protagonista no cree tener los vínculos afectivos para poder hacer frente a los sentimientos por los que está pasando. No se siente libre de expresar lo que la maternidad con Daniel le suscita, de ahí su sentimiento de soledad.

Los sentimientos de la protagonista se pueden entender con las palabras de Lagarde en tanto que «las vivencias de soledad conyugal son demoledoras para algunas de ellas, por su contenido de fracaso, abandono, desamor y desamparo»<sup>435</sup>. Por ello, la madre de Daniel se

---

<sup>434</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 80.

<sup>435</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 703.

ve abandonada por su pareja aun cuando él está presente. Ni siquiera Nagore, quien parece empatizar con ella al sentirse abandonada por la muerte de su madre y el encarcelamiento de su padre, es capaz de brindarle un poco de reconforte:

Nagore me tomaba la mano, supongo que se aferraba a mí por miedo a quedarse sola. Tienes que aprender a cuidarte, le dije. Sí, yo no voy a ser como mi mamá, yo voy a vivir. Se llenaron sus delgados labios de verdad<sup>436</sup>.

El miedo a la soledad es tal para las mujeres de la obra que incluso desde pequeñas cargan con este sentimiento. Como mujeres están hechas para ser, y algunas han sido seres, de y para los otros. El problema consiste no sólo en perder al *otro*, sino a la parte de ellas mismas que sólo pueden ser con el *otro*, y la que es el otro<sup>437</sup>. Por lo tanto, el diálogo entre la protagonista y Nagore es relevante por los significados que yacen en sus palabras. Así determinamos que la mujer debe aprender a cuidarse por sí sola, sin embargo, ¿cuidarse de quién? ¿o de qué? Quizás de la opresión, de la violencia que sofoca a las mujeres. La prueba está, tanto para la protagonista como para Nagore, en el feminicidio de su madre Amara a manos de su padre Xavi, un hombre que, según los preceptos sociales del patriarcado, estaba para «cuidarla».

Una vez que la desaparición de Daniel es un hecho real, también lo será la materialización de la soledad que vive la protagonista. Pese al sentimiento de soledad que ya experimentaba, ahora la soledad de no tener a su hijo y menos aún a su familia, la madre de Daniel no encontrará un mínimo de consolación para salir de ese estado: «Quizá algún día me dé paz y quizá esa paz no venga con la muerte, porque ¿cómo morir si Daniel te exige seguir viva por si alguna vez regresa? ¿Y quién regresa sino el que nunca se ha ido?»<sup>438</sup>.

Sin los vínculos afectivos para hacer frente a la soledad, la protagonista vive y sobrevive en el dolor esperando que en algún momento éste llegue a su fin. Tal estado puede entender en las palabras de Marcela Lagarde al afirmar que

Es la locura de la soledad social, de no ser útil, necesaria, indispensable. Es la locura del abandono y del desamor a quien nunca abandonó y cuyo amor prendado es medida

---

<sup>436</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 82.

<sup>437</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 703.

<sup>438</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 136.

de su dependencia vital. La ausencia de los otros es la muerte de una parte central de sí misma, que abarca casi la totalidad de su ser mujer<sup>439</sup>.

El punto de inflexión de la madre de Daniel se presenta una vez que Nagore decide partir hacia España y así librarse de los años de violencia que vivió con la que en cierto modo fue su madre adoptiva en México:

Siempre vas a ser mi mamá, me aseguró Nagore antes de irse. Casi nunca me nombraste mamá, manifesté mientras sonreía apretando los labios para no parecer contenta ni que aquella frase sonara a reproche. ¿Cómo te decía Daniel?, preguntó. No lo sé, nunca supo pronunciar mi nombre, dije mordiéndome la lengua para no rogarle que se quedara. (Respira, respira, respira). Luego se fue, y Fran y yo nos vaciamos por completo: dos contenedores viejos que han sido deshabitados para siempre<sup>440</sup>.

El desenlace del relato de la protagonista encuentra sentido en el vacío con el que se queda en ella, y por añadidura con Fran. De quien se pregunta «si un día se quebrará, si entrará al cuarto, si tirará los muros de cosas amontonadas que tengo alrededor y llorará conmigo. ¿Lloraremos un día a nuestro hijo o guardaremos las lágrimas como síntoma de negación?»<sup>441</sup>. Aun con su compañía, la madre de Daniel vive en soledad, pues su pareja deviene al igual que ella un ser inerte, incapaz de relacionarse con los otros desde el afecto y el amor. Si algo es seguro, es que la soledad no acabará con ella, por el contrario, sólo le permitirá sobrevivir. La protagonista sobrevivirá a la adversidad que, en un sentido metafórico, la hará encontrarse entre la vida y la muerte por la que también transita su hijo Daniel en la desaparición. «¿Por qué los llaman desaparecidos y no se atreven a llamarlos muertos?»<sup>442</sup>, se pregunta la protagonista para después responderse con una frase fulminante: «Porque los muertos somos los que los buscamos, ellos siempre, siempre seguirán vivos»<sup>443</sup>.

Por otro lado, el sentimiento de soledad en el relato de la coprotagonista no se presenta, en un principio, pese a llevar una relación disfuncional con Rafael. Lo anterior será

---

<sup>439</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 714.

<sup>440</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 137.

<sup>441</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>442</sup> *Ibid.*

<sup>443</sup> *Ibid.*

diferente, una vez que su pareja la abandone frente al aborto espontáneo que tuvo. De este modo la coprotagonista se percata de la ausencia de Rafael y su falta de apoyo en la relación:

Por eso cuando me desperté en casa de mi mamá y me dijo que Rafael le había dicho que nos echara la mano, que él no podía cuidarme porque el trabajo, sentí muy feo, porque hay momentos clave en los que estás o no estás y era obvio que él no estaba<sup>444</sup>.

Tras el aborto, la coprotagonista no sólo debe lidiar con la pérdida del feto, sino también con la indiferencia de Rafael, quien decide llevarla a casa de su madre precisamente para evitar cuidar de ella. Por ello, su relación con el Rafael cambiará, aunque no con el poder. Marcela Lagarde lo define como cambiar su dependencia vital, porque las mujeres son capaces de mantenerse, y de manera autónoma mantener a sus hijos y reproducirlos sin paternidad y de vivir sin conyugalidad. Independientemente, se enfrentan a la soledad y la carencia del hombre<sup>445</sup>. Por lo tanto, su pareja Rafael existe en la ausencia, en la negación, no como superación de la dependencia conyugal sino como carencia.

A partir de este momento, y bajo un estado tan vulnerable, el sentimiento de soledad será flagrante en la coprotagonista, el cual vendrá a intensificarse con el consecuente robo de Leonel y lo que le conlleva el cuidado de un hijo:

Después de que llegó Leonel, todo fue duro, de buenas a primeras comencé a quedarme sola. Primero fue Rafael, luego mis primas y mis tías. [...] ¿En qué te estarás metiendo?, me decían y yo les contestaba ¿en qué te estás metiendo tú, acaso es que te pedí ayuda? Y decían que ni hablar, que traía puñal, pero que cuidadito, que podía cortarme sola. Pero yo les chasqueaba la boca, porque justo sola era que estaba<sup>446</sup>.

La coprotagonista se encuentra desamparada, sin el apoyo de sus familiares, de su pareja y por lo tanto tiene que lidiar por sí sola con Leonel. A propósito, cabría pensar en las palabras de Gabriela Trejo sobre tal situación, ya que expone en qué medida las «experiencias materno-filiales [...] se sostienen en la soledad, el agobio y la decepción antes y después del doble robo de [Leonel]»<sup>447</sup>. Es así que en su intento por manejar su situación, la madre de

---

<sup>444</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 92.

<sup>445</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 459.

<sup>446</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 143.

<sup>447</sup> Gabriela TREJO, *op. cit.*, p. 85.



Leonel no lo logra. Por lo que toma conciencia de que «las cosas no fueron para mejor, yo me sentía más sola que cuando no estaba Leonel. [...] Y veía cómo todos andaban en las posadas y Leonel balbuceando no sé qué y yo sola, siempre sola»<sup>448</sup>.

Aun en la soledad, la madre de Leonel sobrevivirá a tales condiciones de aislamiento mediante un bucle de sufrimiento. Como veremos, el dolor se agudiza una vez que su madre toma la decisión de apartarla de Leonel y así ponerle fin a la prueba del delito cometido por la coprotagonista:

Y llorar no valió de nada porque el dolor no paraba. No se va, el único que se fue, fue Leonel, y lo último que hice fue darle un beso mientras estaba dormido. No me despedí, no sabe que lo besé y que lo quería. Leonel no sabe nada, no imagina todo el amor que yo le daba, ni lo mucho que importaba en mi vida. Leonel desapareció. Leonel desapareció<sup>449</sup>.

En su intento de buscar a Leonel y recuperarlo por todos los medios posibles, la coprotagonista comprende que no puede hablar con nadie de ello pues implicaría confesar su delito. Así, la madre de Leonel se va quedando sin posibilidades de actuar «porque yo estaba sola y sentía que ya no podía hablar»<sup>450</sup>. La coprotagonista enmudece entonces para librarse de la verdad sobre el doble crimen de Leonel. De ahí que su único consuelo para el miedo y el dolor sea repetirse «que yo no tenía nada, que yo no tenía un niño, que yo estaba sola, que yo no tenía nada que ocultar. Si alguien tenía que dar explicaciones era mi mamá. Y deseaba que las diera»<sup>451</sup>.

Será la coprotagonista de la mano de la pérdida y la desaparición que experimenta lo que pondrá de manifiesto los hondos vacíos que subyacen en tales vivencias. Convertirse en madre de Leonel y fracasar en su cometido, la llevará entonces a verse inmersa en un completo estado de soledad hasta perder su identidad como mujer. El fragmento más notable es quizás aquel en el que la coprotagonista acude a la delegación a confesar el rapto de Leonel:

---

<sup>448</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 44 y 60

<sup>449</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>450</sup> *Ibid.*, p. 142.

<sup>451</sup> *Ibid.*, p. 157.

–Su nombre, señora... –me dijo, señalando la libreta con la mirada. Ya no volteé a mirar. Lo esquivé casi empujándolo y seguí avanzando hacia la salida mientras lloraba como la loca desquiciada que siempre fui. –Yo no tengo nombre... –le dije, pero ya no sé si me alcanzó a escuchar, porque seguí caminando hasta que desaparecí de su vista, como si yo fuera una más, y logré perderme entre la gente<sup>452</sup>.

Al respecto, Rosa Mayorga explica cómo la coprotagonista «solo balbucea, sin posibilidad de que el lenguaje pueda articular sus deseos. La denuncia queda atragantada ante el miedo a ser descubierta. La desaparición de Leonel la paraliza y confunde»<sup>453</sup>. Al igual que Leonel la coprotagonista desaparece, pierde su propio nombre para después perderse a sí misma entre la gente. Una metáfora contundente con la que Brenda Navarro destaca la manera que las mujeres pierden su identidad, relegándola a aquella que les exige ser una con la maternidad.

Sin duda alguna, el contexto que aporta *Casas vacías* se vuelve clave para descifrar el devenir de ambas madres protagonistas con el mismo hijo, Daniel y Leonel. En ese devenir, la soledad en la que finalmente se ven inmersas las mujeres puede interpretarse como parte de una serie de efectos de una política de vacío que es ejercida, simbólicamente, hacia las mujeres. Por lo tanto, tal relato construido desde la ficción y sus vínculos con la realidad revelan una intersección estética interesante: la experiencia materna y el entorno social violento como ejes de un discurso literario de carácter crítico.

Basta con prestar atención a la manera en que se interroga con cautela las grietas del fracaso y el dolor al que están sujetos los cuerpos vulnerados de las mujeres. En ese sentido, la soledad de las protagonistas es infinita con el abandono de la familia y en particular del padre, un abandono histórico en las narrativas latinoamericanas de la cual la literatura contemporánea mexicana no es la excepción.

Ambas mujeres perderán entonces la cordura, terminando en la profunda soledad que es representada por la metáfora que Brenda Navarro atribuye al título de la obra: *Casas vacías*. «Porque eso era lo que había que hacer: ser las casas vacías para albergar la vida o la muerte, pero al fin y al cabo, vacías»<sup>454</sup>, nos dice la protagonista en alguna de sus líneas. La casa es su espacio vital exclusivo, mismo espacio que tradicionalmente ha sido atribuido a la

---

<sup>452</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 161.

<sup>453</sup> Rosa MAYORGA, *op. cit.*, p. 14.

<sup>454</sup> Brenda NAVARRO, *op. cit.*, p. 82.

madre en la literatura y la cultura latinoamericana. Siempre «separado del espacio público y marcado como “femenino”» afirma Ana González<sup>455</sup>.

Las mujeres representan la casa, son la casa donde viven, pero también son la casa en sentido simbólico para Marcela Lagarde. Ese sitio de partida y arribo, un lugar privado para el recogimiento personal y las satisfacciones vitales. Así para las mujeres protagonistas la casa es un lugar de trabajo, de la realización plena, del amor, de la enfermedad, del cuidado de los demás, de la soledad, de su reclusión y de la muerte<sup>456</sup>.

Dicho espacio se convierte así en el centro mismo de la novela de Brenda Navarro. La casa es el lugar de la maternidad, del mandato social y de la tradición de la cual las mujeres deben ser custodias por excelencia. No obstante, el título rompe con tal idealización, porque las casas vacías son el espejo de la maternidad ausente, la maternidad robada, la maternidad vivida en soledad. La casa se ha vaciado, se ha roto y con ello su tradicional significado cultural.

---

<sup>455</sup> Ana GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 72.

<sup>456</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 330.

## Conclusiones

A través de esta investigación hemos puesto en evidencia la manera en que la violencia constituye el eje central de la obra de Brenda Navarro. Una novela que, como muchas otras escritas por una nueva generación de mujeres, trata el tema de la violencia brutal desde una estética que da forma a universos distintos, con mujeres protagonistas que rompen con la barrera del desencanto. México es el escenario de ese lugar extremadamente violento, las distintas formas de representación tanto en el espacio público como en el espacio privado, de lo doméstico y lo familiar, son la prueba de ello. Desde las autoridades del estado hasta las personas ordinarias, la diégesis de *Casas vacías* parece sugerir que la violencia está en todas partes, proviene de todos lados.

Bajo ese contexto, los personajes de la novela, en particular las protagonistas, se representan como mujeres en entornos fragmentados y por ende violentos. Por ello, el relato de ambas subraya constantemente su relación con la maternidad y la forma en que ésta es vivida desde la violencia y sus múltiples modalidades: social, física y sexual, así como verbal y psicológica. Hemos expuesto la manera en que dicha violencia es el efecto de una causa más profunda y enraizada en el deber-ser y el deber-hacer impuesto a las mujeres por el sistema patriarcal. Ya que si bien las mujeres comparten la misma condición genérica, difieren con respecto a sus situaciones de vida y los grados de opresión a los que están sujetas.

Lo anterior, es claro en las vivencias de la madre de Daniel y la madre de Leonel. Pues aun cuando ambas viven bajo la opresión, no sobreviven a la violencia de la misma manera. Demostrando así que la situación de las mujeres podrá variar de acuerdo con los espacios sociales y culturales en que se desenvuelven, con la mayor o menor cantidad y calidad de bienes reales y simbólicos que poseen, así como con la capacidad de elaborar su vida y sobrevivir en los cautiverios de los que habla Marcela Lagarde<sup>457</sup>.

En ese sentido, hemos observado cómo las protagonistas padecen la violencia social desde las instituciones de gobierno y el ambiente de impunidad. La violencia física y sexual con los golpes y agresiones sexuales contra su voluntad por parte de sus parejas. Asimismo, la violencia verbal y psicológica mediante los insultos, el rechazo y la indiferencia que, pese a no dejar marcas, sigue siendo un daño en sí mismo pues atenta contra el bienestar emocional

---

<sup>457</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 41.

de las mujeres. Las protagonistas son conscientes de algunas de las múltiples formas de violencia, sin embargo, no lo son del daño en su totalidad y de las consecuencias en su ser y actuar.

Teniendo en cuenta lo anterior, identificamos cómo las protagonistas pasan de ser víctimas a victimarias debido a que reproducen los esquemas y las estructuras violentas que han padecido y aprendido en el entorno familiar como mujer-madre y como mujer-hija. Por lo cual, no serán ellas los únicos personajes que soporten la violencia. Lo hemos constatado en la protagonista con su hijo Daniel y su sobrina Nagore, y en la coprotagonista con su hijo Leonel. A través de su actuar, las dos mujeres perpetúan la opresión y la violencia del sistema patriarcal al que han estado sometidas. Por lo que sin el apoyo y la inteligencia emocional, las protagonistas no saben relacionarse con sus seres queridos de otra manera que no sea la violencia. Un bucle en el que se encuentran sin solución ni escapatoria.

En esa coyuntura, las protagonistas optarán por vivir en la adversidad, sobreviviendo a los mandatos establecidos por la sociedad y que se representan a través de sus parejas. La madre de Daniel y la madre de Leonel buscarán entonces desidentificarse como mujeres, o en todo caso, con esa figura de la mujer en la que se delimita la madresposa. Hemos demostrado que, pese a no cumplir su cometido por completo, las protagonistas se resistirán a tal identidad, haciendo de ellas seres de sufrimiento por los que transita el deseo y el arrepentimiento de la maternidad, la culpabilidad en el fracaso maternal para después culminar en la soledad, sin red de apoyo alguna, y en la pérdida de su identidad. Ambas vivirán en la ambivalencia de ser madres no normativas o, desde un lente machista, malas madres.

Con ello, podemos constatar en qué medida la representación de la mujer en la novela se erige como una figura femenina de supervivencia. No como aquella mujer que vive plenamente la maternidad, sino lo que Lagarde define como una situación intermedia entre la casita feliz y la mujer sin instituciones adecuadas, mujeres que se quedan solas y hacen un verdadero doble esfuerzo para sobrevivir en las complejas contradicciones, en las dificultades y los conflictos, y desde luego en la violencia<sup>458</sup>.

Es cierto que Brenda Navarro no deja de lado esta forma cruda de retratar a la violencia, aunque también lo hace con la consciencia de que existen otras repercusiones no

---

<sup>458</sup> Marcela LAGARDE, *op. cit.*, p. 702.

sólo a nivel físico, sino también social y psicológico. Más allá de ofrecer un final en el que todo parece mejorar, la obra muestra el deterioro en tanto que ninguna de las protagonistas logra escapar de esa espiral de violencia de la que son parte o, en todo caso, dejar de reproducirla.

Por esta razón, *Casas vacías* es el título y la obra en sí. El retrato de lo que sucede en el seno de las familias en las que no existe la mínima esperanza de cambio, de fin a una vida sin sentido. Las protagonistas vienen así a recordar el dolor que viven miles de mujeres que no pueden salir de la violencia, casas vacías que se llenan de desasosiego, de desesperanza y de soledad. Al igual que la más reciente generación de escritoras mexicanas, Brenda Navarro está en búsqueda constante de su propia voz, de nuevas y diversas formas de abordar las problemáticas actuales. Por ello, *Casas vacías* puede definirse con las palabras de la profesora Marie-Agnès Palaisi<sup>459</sup>, pues Brenda Navarro logra pensar cómo la escritura y la literatura pueden ser una manera de capacitación del cuerpo para contestar a la violencia.

---

<sup>459</sup> Marie-Agnès PALAISI, «Cos, Violència i Política: Filosofia i Literatura», *YouTube*, 2020, 31'36''. <https://www.youtube.com/watch?v=sIwQJ9447bw>

## Bibliografía

### **Bibliografía activa y crítica:**

AGUILAR, A. (2020). Brenda Navarro: “Quería hablar de ese México vacío de mujeres”. *El País*. [https://elpais.com/cultura/2020/01/31/actualidad/1580500520\\_077595.html](https://elpais.com/cultura/2020/01/31/actualidad/1580500520_077595.html)

AGUILAR, Y. (2022). Brenda Navarro: una voz en la literatura que visibiliza a escritoras. *El Universal*. <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/brenda-navarro-escritura-pesar-de-la-desesperanza/>

ANDRADE, S. (2022). *Casas vacías* de Brenda Navarro. *Redoma*, vol. 1, núm. 4, 95-96

ELÍAS, F. (2020). Todos los caminos de la maternidad llevan a la culpa: Análisis de la novela *Casas Vacías* de Brenda Navarro. *Desde Mujeres*. <https://desdemujeres.mx/2020/11/10/todos-los-caminos-de-la-maternidad-llevan-a-la-culpa-analisis-de-la-novela-casas-vacias-de-brenda-navarro/>

EL UNIVERSAL. (2018). Brenda Navarro da rostro a las personas desaparecidas. *El Universal*. <https://www.eluniversal.com.mx/estados/brenda-da-rostro-las-personas-desaparecidas/>

EL UNIVERSAL. (2021). Brenda Navarro expondrá sobre el "nuevo boom femenino" en España. *El Universal*. <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/brenda-navarro-expondra-sobre-el-nuevo-boom-femenino-en-espana/>

GARCÍA, R. (2022). La vida y la muerte en la concepción humana: Casas llenas y vacías. *Humanitas*, vol. 2, núm. 3, 215-221.

GONZÁLEZ, A. (2023). Monstruos, putas o víctimas. La representación literaria de la mujer criminal en dos autoras mexicanas contemporáneas: Brenda Navarro y Norma Lazo. En GONZÁLEZ, A., MELGAR, L., RAPHAEL, L. (Ed). *Pensar la justicia con perspectiva de género*. Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México.

LEONARDO, R. (2022). La madre no normativa en *Los ingravidos*, de Valeria Luiselli; *La perra*, de Pilar Quintana y *Casas vacías*, de Brenda Navarro. *América sin Nombre*, 27, 70-86.

LEONARDO, R. (2022). Maternidad no normativa, violencia y desapariciones en *Casas vacías* de Brenda Navarro. *Desde el Sur*, vol. 14, núm. 3, 1-21.

MADRID, C. (2020). Entrevista a Brenda Navarro: “México es un perfecto ejemplo de un Estado feminicida. *Letras Libres*. <https://letraslibres.com/literatura/entrevista-a-brenda-navarro-mexico-es-un-perfecto-ejemplo-de-un-estado-feminicida/>

MARTÍNEZ, J. (2021). Desaparición y otras formas de violencia en tres autoras mexicanas: Diana del Ángel, Sara Uribe y Brenda Navarro. En DE AGUINAGA, V., Teresa

GONZÁLEZ, T. (coord.). *Este cuerpo podría ser el mío. Escritoras mexicanas del siglo XXI ante la interpelación de la violencia*. México: Universidad de Guadalajara.

MAYORGA, R. (2022). Maternidades robadas y suplantadas en *Casas vacías*, de Brenda Navarro, *iMex Revista*, vol. 2, 1-16.

MORALES, B. (2021). Maternidades y violencia contra las mujeres: reflexiones a partir de *Casas vacías*, de Brenda Navarro. En EUDAVE, C., MARTÍNEZ, J., (coords.). *Imaginar el pasado, reconstruir futuros. Literatura mexicana del siglo XXI: entre nuevas textualidades y la reivindicación de tradiciones*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

NAVARRO, B. (2019). *Casas vacías*. Madrid: Sexto Piso.

NAVARRO, B. (2021). Brenda Navarro entrevistada por Fernanda Aragonés en *Elle*. En DE AGUINAGA, V., Teresa GONZÁLEZ, T., (coord.). *Este cuerpo podría ser el mío. Escritoras mexicanas del siglo XXI ante la interpelación de la violencia*. México: Universidad de Guadalajara.

PÉREZ, M. (2021). Verdades y maternidades. *Letras Libres*. <https://letraslibres.com/libros/verdades-y-maternidades/>

PRADO, C. (2020). Brenda Navarro: una primera novela deslumbrante. *El País*. [https://elpais.com/cultura/2020/01/30/babelia/1580392002\\_823868.html](https://elpais.com/cultura/2020/01/30/babelia/1580392002_823868.html)

REA, D. (2018). ¿Por qué debemos seguir escribiendo sobre el dolor? *Pie de página*. <https://piedepagina.mx/por-que-debemos-seguir-escribiendo-sobre-el-dolor/>

TREJO, G. (2022). El silencio en Antígona González de Sara Uribe y *Casas vacías* de Brenda Navarro. *Acápate. Revista de literatura, teoría y crítica*, núm. 1, 76-94.

VIVERO, C. (2021). Violencia inter e intragenérica en *Casas vacías*, de Brenda Navarro. En CUECUECHA, M., SÁENZ, A. (coords.). *Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades*. México: Silla vacía.

ZAPATA, I. (2018). Modos de desaparecer. *Letras Libres*. <https://letraslibres.com/revista/modos-de-desaparecer/>



## **Bibliografía general:**

AGENCIA LITERARIA CARMEN BALCELLS. (s.f). Brenda Lozano. *Agencia Literaria Carmen Balcells*. <https://www.agenciabalcells.com/autores/autor/brenda-lozano/#autor-bio>

ASTORGA, L. (2012). Drogas = Violencia / no igual a Fortalecimiento de las Instituciones. Foro Internacional: Drogas. Un balance a un siglo de su prohibición. En ROSEN, D., ZEPEDA, R. (2015). La guerra contra el narcotráfico en México: una guerra perdida. *Reflexiones*, 94(1), 153-168.

BENÍTEZ, R. (2009). La crisis de seguridad en México. *Nueva Sociedad*, (220), 173-189.

BENÍTEZ, R. (2008). La seguridad nacional en la indefinida transición: mitos y realidades del sexenio de Vicente Fox. *Foro Internacional*, XLVIII(1-2), 184-208.

BOURDIEU, P. (1998). *La domination masculine*. Francia: Seuil.

BUTLER, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales discursivos del sexo*. Barcelona: Paidós.

BUTLER, J. (2004). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.

BUTLER, J. (2018). En GONZÁLEZ, M. Femicidios son producto de la violencia y el clima de terror: filósofa Judith Butler. *Universidad de Guadalajara*. <https://www.udg.mx/es/noticia/femicidios-son-producto-violencia-clima-terror-filosofa-judith-butler>

BYUNG, H. (2016). *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder.

CALZOLAIO, C. (2016). Ethnographier la violence d'État : récits et expériences des victimes de la lutte contre le narcotrafic à Ciudad Juárez, Mexique. *Cultures & Conflits*, n°103/104, 35-61.

CÁMARA DE DIPUTADOS. (2017). Ley General en Materia de Desaparición Forzada de Personas. Desaparición Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de Personas. *Cámara de Diputados*. <https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/ref/lgmddf.htm>

CÁMARA DE DIPUTADOS. (2019). Rosario Ibarra de Piedra, más de cuatro décadas de activismo incansable en favor de las víctimas de desaparición forzada. *Cámara de Diputados*. <http://www5.diputados.gob.mx/index.php/esl/Comunicacion/Agencia-de-Noticias/2019/Febrero/10/1390-Rosario-Ibarra-de-Piedra-mas-de-cuatro-decadas-de-activismo-incansable-en-favor-de-las-victimas-de-desaparicion-forzada>

CARPENTER, T. (2012). *The Fire Next Door: Mexico's Drug Violence and the Danger to America*. Estados Unidos: Cato Institute.

CASTELLANOS, R. (1964). La novela mexicana contemporánea y su valor testimonial. *Hispania*, vol. 47, No. 2, 223-230.

CASTILLO, N. (2004). La identidad femenina dentro de la novela mexicana. Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, vol. IV, 91-100.

CERVANTES, C., RAMOS, L., SALTIJERAL, M. (2004). Frecuencia y dimensiones de la violencia emocional contra la mujer por parte del compañero íntimo. En TORRES, M. *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales*. Ciudad de México: El Colegio de México.

COLEGIO DE MÉXICO. (2006). *Historia general de México*. México: El Colegio de México.

COMISIÓN NACIONAL DE BÚSQUEDA. (2023). Contexto general. *Comisión Nacional de Búsqueda*. <https://versionpublicarnpdno.segob.gob.mx/Dashboard/ContextoGeneral>

COMISIÓN NACIONAL DE BÚSQUEDA. (2021). Informe Semestral de Búsqueda e Identificación de Personas Desaparecidas. *Gobierno de México*. <https://www.gob.mx/cnb/es/documentos/informe-semesteral-cnb-2021?state=published>

COMISIÓN NACIONAL DE LOS DERECHOS HUMANOS. (2019). Rosario Ibarra de Piedra Pionera en la defensa de los derechos humanos, la paz y la democracia en México. Fundadora del Comité ¡Eureka! *Comisión Nacional de los Derechos Humanos*. <https://www.cndh.org.mx/noticia/rosario-ibarra-de-piedra-pionera-en-la-defensa-de-los-derechos-humanos-la-paz-y-la>

CORTÁZAR, J. (1984). La literatura latinoamericana de Nuestro Tiempo. En CORTÁZAR, J. *Los años de alumbadas culturales*. Barcelona: Muchnik Editores.

COSÍO, D. (1998). *Historia general de México*. México: El Colegio de México.

DE BEAUVOIR, S. (2003). *Le deuxième sexe*. París: Gallimard.

DÍAZ, P. (2020). Ni vivos ni muertos: El viaje de las madres buscadoras de Sonora. *The Conversation*. <https://theconversation.com/ni-vivos-ni-muertos-el-viaje-de-las-madres-buscadoras-de-sonora-129603>

DICCIONARIO DEL ESPAÑOL EN MÉXICO. (2023). Coprero. *Diccionario del Español en México*. <https://dem.colmex.mx/Ver/coprero>

DICCIONARIO DEL ESPAÑOL EN MÉXICO. (2023). Mojado. *Diccionario del Español en México*. <https://dem.colmex.mx/Ver/mojado>

DOYLE, K. (2003). The Corpus Christi Massacre. Mexico's attack on its Student Movement, June 10, 1971. *The National Security Archive*.  
<https://nsarchive2.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB91/#article>

EL UNIVERSAL. (2022). Homicidio a lo largo de los sexenios; con Calderón repuntó, una montaña rusa con Peña y con AMLO, una meseta. *El Universal*.  
<https://www.eluniversal.com.mx/nacion/homicidio-lo-largo-de-los-sexenios-con-calderon-repunto-una-montana-rusa-con-pena-y-con-amlo-una-meseta/>

FREIXAS, L. (2000). *Literatura y mujeres: escritoras, público y crítica en la España actual*. Barcelona: Destino.

FOUCAULT, M. (1975). *Surveiller et punir*. Paris: Gallimard.

FOUCAULT, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 50, núm. 3, 3-20.

GENETTE, G. (1972). *Figures III*. Paris: Éditions du Seuil.

GONZÁLEZ, C. (1949). *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*. México: Editorial Porrúa.

ILLADES, C., SANTIAGO, T. (2014). *Estado de guerra. De la guerra sucia a la narcoguerra*. México: Era.

INSTITUTO MEXICANO DE DERECHOS HUMANOS Y DEMOCRACIA, A.C. (2022). Diagnóstico de mujeres desaparecidas. Septiembre 2022. *IMDHD*.  
[https://www.imdhd.org/wp-content/uploads/2022/11/IMDHD-Diagnostico\\_Nov2022.pdf](https://www.imdhd.org/wp-content/uploads/2022/11/IMDHD-Diagnostico_Nov2022.pdf)

KAJA NEGRA. (2019). Libros. *Kaja Negra*. <https://kajanegra.com/libros/>

KENT, D. (2015). Carlos Illades y Teresa Santiago, Estado de guerra. De la guerra sucia a la narcoguerra. *Historia mexicana*, 65(1), 458-466.

KOHUT, K. (1995). *Literatura mexicana hoy: Del 68 al ocaso de la revolución*. Madrid: Iberoamericana.

LAGARDE, M. (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

LENDMAN, S. (2008). Plan Mexico: Plan Colombia Heads for Mexico. *Global Research*.  
<https://www.globalresearch.ca/plan-mexico-plan-colombia-heads-for-mexico/9084>

LÓPEZ, A. (1990). Dos tendencias en la evolución de la narrativa contemporánea escrita por mujeres. En LÓPEZ, A., MALAGAMBA, A., URRUTIA, L. (coord.) *Mujer y literatura mexicana y chicana: Culturas en contacto 2*. México: El Colegio de la Frontera Norte y El Colegio de México.

LÓPEZ, L. (2021). Dans l'engrenage des institutions : la recherche sans fin d'un disparu. En MELENOTTE, S. (dir.). *Mexique: Une terre de disparu.e.s.* Paris: Fondation Maison des sciences de l'homme (FMSH).

MASTROGIOVANNI, F. (2017). *Ni vivants ni morts. La disparition forcée au Mexique comme stratégie de terreur* (F. Gaudry, Trad.). Paris: Métailié.

MATA, D. (2019). ¿Qué significa desaparecer en México? *Animal Político*. <https://www.animalpolitico.com/analisis/organizaciones/verdad-justicia-y-reparacion/que-significa-desaparecer-en-mexico>

MBEMBÉ, A. (2006). Nécropolitique. *Raisons politiques*, n°21, 29-60.

MELENOTTE, S. (dir.). (2021). *Mexique: Une terre de disparu.e.s.* Paris: Fondation Maison des sciences de l'homme (FMSH).

MELENOTTE, S. (2021). Disparaître au Mexique. De la nécropolitique aux mobilisations sociales. En MELENOTTE, S. (dir.). *Mexique: Une terre de disparu.e.s.* Paris: Fondation Maison des sciences de l'homme (FMSH).

MENDOZA, J. (2011). La tortura en el marco de la guerra sucia en México: un ejercicio de memoria colectiva. *Polis*, 7(2), 139-179.

MICHAUD, Y. (2012). *La violence*. Paris: Presses Universitaires de France.

MOVIMIENTO POR LA PAZ CON JUSTICIA Y DIGNIDAD. (2023). Historia. *Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad*. <https://mpjd.mx/historia/>

MUSSET, A. (2017). *Le Mexique*. Paris: Presses Universitaires de France.

PALAISSI, M. [Estudis de Dones, Gènere i Queer]. (2020). *Cos, Violència i Política: Filosofia i Literatura*. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=sIwQJ9447bw>

PARTIDA, R. (2022). El discurso de la Guerra Sucia en su relación con el neoliberalismo en México. *Campos en Ciencias Sociales*, 10(2), 1-20.

PEREIRA, A., ALBARRÁN, C., ROSARIO, A., TORNERO, A. (2018). Literatura del 68. *Enciclopedia de la literatura en México*. <http://www.elem.mx/estgrp/datos/36>

PEREIRA, A., ALBARRÁN, C., ROSARIO, A., TORNERO, A. (2018). Literatura escrita por mujeres. *Enciclopedia de la literatura en México*. <http://www.elem.mx/estgrp/datos/94c>

PRESSACCO, C. (2019). *La violence dans la littérature mexicaine actuelle. Approche littéraire, lexicologique et traductologique* [Thèse de doctorat, Université de Reims].

PONCE, N. (2009). *Le Mexique. Conflits, Rêves et Miroirs*. Nantes: Editions du Temps.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (2023). Cabrón. *Real Academia Española*. <https://dle.rae.es/cabr%C3%B3n>

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (2023). Coitus interruptus. *Real Academia Española*. <https://dle.rae.es/coitus%20interruptus>

ROBLES, V. (2022). La Comisión de la Verdad se reunió con víctimas de la Guerra Sucia. *ITESO*. [https://iteso.mx/web/general/detalle?group\\_id=29378034](https://iteso.mx/web/general/detalle?group_id=29378034)

ROSEN, D., ZEPEDA, R. (2015). La guerra contra el narcotráfico en México: una guerra perdida. *Reflexiones*, 94(1), 153-168.

SANGUINO, J. (2022). Las escritoras mexicanas que deberías conocer este 8M. *El País*. <https://elpais.com/mexico/2022-03-08/las-escritoras-mexicanas-que-deberias-conocer-este-8m.html>

SEGATO, R. (2018). *La guerra contra las mujeres*. Argentina: Prometeo Libros.

SEGATO, R. (2018). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*. Buenos Aires: Tinta Limón.

SENADO DE LA REPÚBLICA. (2023). Necesario garantizar seguridad social a niñas, niños y adolescentes que hayan sufrido abuso sexual. *Senado de la República*. <https://comunicacionsocial.senado.gob.mx/informacion/comunicados/4747-necesario-garantizar-seguridad-social-a-ninas-ninos-y-adolescentes-que-hayan-sufrido-abuso-sexual#:~:text=Cada%20a%C3%B1o%205.4%20millones%20de,la%20senadora%20Josefina%20V%C3%A1zquez%20Mota>.

SEXTO PISO. (2019). Brenda Navarro. *Sexto Piso*. <https://www.sextopiso.es/esp/autor/385/brenda-navarro>

TORRES, M. (2004). *Violencia contra las mujeres en contextos urbanos y rurales*. Ciudad de México: El Colegio de México.

VALLEJO, V. (2021). Des anciennes aux nouvelles disparitions au Mexique : l'avènement d'une unité générationnelle politique. En MELENOTTE, S. (dir.). *Mexique: Une terre de disparu.e.s*. Paris: Fondation Maison des sciences de l'homme (FMSH).

VARGAS, M., SOTELO, K. (2020). Escritoras mexicanas: feminismo y reivindicación en la literatura. *Corriente Alterna*. <https://corrientealterna.unam.mx/genero/escritoras-mexicanas-feminismo-y-reivindicacion-en-la-literatura/>

WOLDENBERG, J. (2012). *Historia mínima de la transición democrática en México*. México: El Colegio de México.